

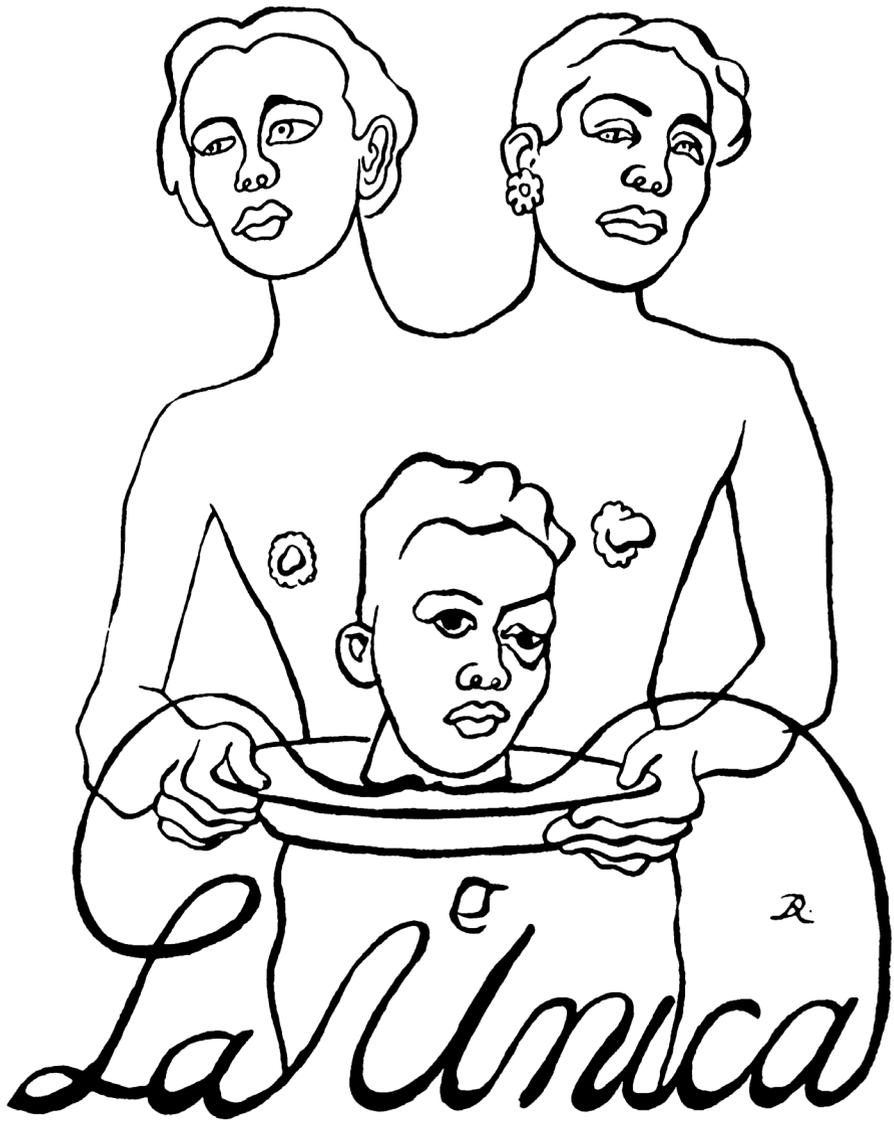


GUADALUPE MARÍN

LA ÚNICA

INTRODUCCIÓN

ANA CLARA MURO



Portada de la primera edición ©Diego Rivera

COLECCIÓN VINDICTAS

NOVELA Y MEMORIA

GUADALUPE MARÍN

LA ÚNICA

INTRODUCCIÓN
ANA CLARA MURO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2020

La única

Primera edición: 1938, Editorial Jalisco

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Marín, Guadalupe, 1895-1981, autor. | Muro, Anaclara, prologuista.

Título: La única / Guadalupe Marín ; introducción, Anaclara Muro.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2020. | Serie: Vindictas.

Identificadores: LIBRUNAM 2086579 | ISBN 978-607-30-3569-9.

Clasificación: LCC PQ7297.M273.U5 2020 | DDC 860—dc23

Portada de la primera edición que se reproduce en página 3:

D.R. © 2020 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Khalo. Av. 5 de Mayo No. 2, Col. Centro, Alcaldía Cuauhtémoc C.P. 06000, Ciudad de México.

“REPRODUCCIÓN AUTORIZADA POR EL INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES Y LITERATURA, 2020”

Primera edición colección Vindictas: 2 de octubre de 2020

D.R. © 2020 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-3569-9

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

EL ÍMPETU QUE ES TODA ELLA

Hojeaba libros con frustración. Buscaba material para la tesis. Había cambiado ya dos veces de tema. Los textos de las mujeres que me interesaban no aparecían por ningún lado, estaban escondidos, incompletos y dañados. ¿Por qué a nadie le preocupó guardar estos documentos? ¿Por qué otros sí fueron conservados y estos no? ¿Qué no tienen estos que sí tienen aquellos?

Me sentía inconforme porque no bastaba con saber que esas mujeres existieron. Debería interesarnos qué hicieron, qué escribieron, cómo, por qué, cuáles fueron las dificultades que enfrentaron, cómo fueron recibidas sus obras. A veces, esto es una labor imposible. Escuché algunas opiniones fáciles, como que los textos no habían sobrevivido porque no eran buenos o porque las mujeres que los escribieron no tuvieron formación. Parece redundante decir que los textos de las mujeres han sido desechados, ignorados y despreciados, pero hay que preguntarse cuáles fueron las circunstancias que no permitieron a los textos ser conocidos, difundidos y valorados.

Tenemos que aprender a ignorar a la voz burlona que insiste en que si los textos no pasaron a la Historia con mayúscula, es porque no eran lo suficientemente buenos. Estas formas de pensamiento simulan estar ancladas a la realidad, a la lógica. Pero la lógica y la realidad no siempre están relacionadas ni siempre son lo que parecen. La realidad es que las circunstancias son distintas para cada persona y para cada texto. Las razones que hacen que una obra sea leída, apreciada y conservada responden a una multiplicidad de factores. La colección *Vindictas* es sumamente valiosa porque nos abre los ojos a textos completamente olvidados y les otorga una nueva oportunidad de ser leídos y apreciados.

Luego de mucho hurgar entre libros y archivos, me encontré con el tomo de crítica literaria de las obras completas de José Juan Tablada, quien, además de poemas, escribió numerosos artículos periodísticos. Como muchas, tengo la obsesión de contar cuántas mujeres y cuántos hombres aparecen en

las listas, en cualquier lista. Este ejercicio a menudo suele ser agotador y deprimente. En el libro de Tablada solo había un par de textos que hablaban de libros escritos por mujeres. Ahí estaba “Libro de doña Lupe Marín”,¹ donde Tablada reseñó la novela *La única*.

Lo primero que se suele saber de Guadalupe Marín es que estuvo casada con dos conocidas figuras de la cultura mexicana posrevolucionaria: Diego Rivera y Jorge Cuesta. La biografía de Marín parece girar en torno a ellos; pero, incluso en ese sentido, está borroneada de la historia, porque se divorció de ambos y ella no es una figura principal en sus biografías. Sin embargo, también fue un personaje importante, no solo porque posó para muchos de los artistas reconocidos y se convirtió en un referente de la vida cultural entre los intelectuales de la época. Marín publicó dos novelas absolutamente novedosas para la literatura mexicana: *La única* en 1938 y *Un día patrio* en 1941. Su obra fue condenada al silencio, en gran parte por el resentimiento de los familiares y amigos de Jorge Cuesta, a quien deja muy mal parado como personaje de ficción, puesto que expone la relación violenta y decepcionante que vivieron.

El artículo de Tablada comienza explicando que, para desventura de los lectores, se acababa de encontrar a la autora en la Central de Publicaciones, a quien conocía porque había sido esposa de Rivera; dice que ella misma le dio el libro y le pidió, casi le exigió, que escribiera sobre él pues nadie más se había atrevido. Tablada asegura que es un libro “repugnante, indiscreto y deletéreo”, reflejado completamente en su autora, de quien insinúa que es “virago o marimacho”, además de subrayar que era una chismosa “de inagotable verborrea” que “pudo darse un barniz de cultura, pero tan leve”. Sobre la novela dice muy poco; habla de Marín, la compara con las artesanías que coleccionaba Diego Rivera, como “la infidelidad, la indiscreción de los botellones de Guadalajara”. De ahí viene su crítica literaria: describe la trama de la novela como “un chiquihuite de ropa sucia por su contenido y por su forma burda y mal tramada”. ¿Quién no se engancha con una descripción así?

¹ José Juan Tablada. “111. Libro de Doña Lupe Marín” en *Obras Completas V. Crítica Literaria*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas Universidad Autónoma de México, 1994, pp. 525-527.

Esos comentarios provocaron que me obsesionara con encontrarla, pero parecía imposible. Había pocos ejemplares a la venta, incomprables, y algunos en bibliotecas lejanas. Finalmente, di con la copia conservada en la Biblioteca Nacional. La portada era intrigante: la cabeza de Jorge Cuesta sobre una bandeja sostenida por una mujer bicéfala, imposible no pensar en Judith, imposible no pensar en la novela desde la autorreferencialidad. El dibujo fue trazado por Diego Rivera. ¿Qué relación habría tenido con sus dos maridos? Apenas uno de los chismes: se supone que una de las cabezas es el retrato de la misma Marín, la otra, el retrato de su hermana. Una de las muchas cosas que niegan los defensores de Cuesta, es que él tuvo un romance con ella mientras Marín estaba internada en un psiquiátrico porque ningún doctor lograba descubrir de qué estaba enferma y creyeron que estaba loca.

La novela me pareció divertidísima, ágil, coloquial y ocurrente; además, es un libro con el que puedo sentirme identificada. Y no es que apele a un sistema de valores literarios donde lo simple es mejor que lo complicado o lo fácil que lo difícil. No es ni de una forma ni de otra, porque cada obra se lee distinto y nadie puede establecer un sistema de valores literarios absoluto. En este caso, la novela tiene su encanto en lo cotidiano, en las pláticas y razonamientos sobre lo que observa y siente la protagonista, Marcela, quien defiende constantemente su libertad. Resulta bastante complejo establecer la relación entre características y valores literarios. Es necesario hacer hincapié en esto, porque la obra que se presenta en esta edición ha sido continuamente descalificada por mala, sin derecho de réplica. Se ha dicho de ella muy poco, y todo, o casi todo, consiste en que el texto no es bueno, que Guadalupe Marín no era escritora, que su libro lo pagó ella misma y que eso no vale como literatura. Punto.

Es obvio que existen criterios que cambian conforme pasa el tiempo y la misma obra puede ser valorada por razones totalmente distintas. Por ejemplo, uno de los criterios que se discutía en los tiempos en que Guadalupe Marín convivía con Jorge Cuesta, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, era si la literatura que merecía lugar y reconocimiento debía ser viril, y lo que hacía a una literatura viril tenía que ver con lo patriótico. De esta forma, los Contemporáneos —que son algunos de los autores de esa época que más leemos

ahora— quedaban fuera de la llamada “buena literatura”, no todos estaban de acuerdo, claro, y eso influyó en que los criterios cambiaran. Ahora esa discusión no podría, ni siquiera, tener lugar.

Uno de los criterios con que se descalificaba la escritura de Marín, era la falta de formación que se reflejaba, por ejemplo, cuando escribía de manera incorrecta palabras en otros idiomas, como inglés y francés, un criterio, por principio de cuentas, superficial. En cambio, desde la actualidad resulta muy interesante cómo la protagonista manifiesta su personalidad a través del lenguaje. Marín no había estudiado arte ni literatura, lo que sabía porque lo había aprendido de oídas y porque se interesó en aprenderlo, no era una elegida ni tenía reservado un destino sublime. Marín se volvió una infiltrada en la élite posrevolucionaria y se codeó con algunos de los artistas más respetados, sin embargo demostró en sus novelas que no los idealizaba ni buscaba su aprobación, sino que buscó construirse su propia manera de expresarse y gestionar su vida. Marín, como el personaje de Marcela, sobrevivió a una terrible enfermedad y a dos matrimonios, decidió viajar, equivocarse, intentar de nuevo y hacer lo que le daba la gana. Su obra es valiosa para la literatura mexicana porque nos presenta una perspectiva inédita.

La única no es una autobiografía, pero sí está basada en la experiencia de la autora, lo que le permite hacer un retrato de la vida cultural de los años veinte desde la mirada femenina. Marcela, la protagonista, descubre las flaquezas de las ambiciones artísticas y lo ruin de las envidias e intrigas que se tramaban entre la élite cultural. Así, nos introduce en la visión de una mujer que se adentra en los grupos de intelectuales y artistas de las primeras décadas del siglo xx. Su perspectiva es parte de la construcción narrativa, nunca logra pertenecer pero los observa muy de cerca. Marcela es un personaje imperfecto que se abre paso en el mundo equivocándose y ofendiendo, es objeto de burlas por despreciar la autoridad de los médicos, pronunciar “subrealistas” en vez de surrealistas, hacer una pregunta cuando tiene curiosidad o porque escribe discursos. No concede ante los modales de élite, ni se apega a las buenas costumbres de la época, al contrario, todo le genera curiosidad y nunca da por sentado que las cosas son como

son. Está convencida de que se puede cambiar de opinión en cualquier momento, porque nadie tiene la verdad absoluta.

A pesar de ser una novela de estructura caótica, el hilo conductor es la búsqueda de Marcela. Ella no está segura de qué es lo que quiere, pero sabe que no es feliz y que solo tiene una vida. Por fortuna, es lo suficientemente curiosa y crítica como para explorar, preguntar y experimentar, le interesa conocer gente nueva, lugares nuevos, libros nuevos. A lo largo de la trama, Marcela aprende a conocerse a sí misma y a descubrir qué es lo que quiere hacer, aunque, para esto tiene que dejar a dos esposos y encargar a su hijo, quedar en ridículo o perder amigos. Su escritura es el resultado de este proceso. Justamente una pregunta que circula en la novela es si la protagonista es escritora.

En el libro titulado *Dos veces única*, dedicado a la biografía de Marín, Elena Poniatowska dice que la novela *La única* fue escrita en un arranque de ira hacia Jorge Cuesta. Y no puedo dejar de preguntarme quién logra hacer algo así: escribir un libro completo solamente con esa motivación. También me cuestiono si esto le negaría la calidad de escritora. Es verdad que el primer impulso puede estar generado por la ira, pero la realidad es que, aunque Jorge Cuesta aparece en el libro, no es el centro, tampoco Diego Rivera; el centro es ella, su enfermedad, su viaje, sus conversaciones, deseos y frustraciones.

Ella decidió formarse, leer y escribir porque así lo deseaba, porque la inquietud que la llevó a acercarse en primera instancia a los círculos intelectuales de escritores y artistas, era en realidad un interés propio. Su obra es el fruto de un proceso personal de creación y conocimiento. Si Guadalupe Marín se sentó a escribir dos novelas completas, cada una con un universo propio que se expresa a través de un trabajo del lenguaje; entonces, podemos decir, sin ningún reparo, que era una escritora. Si buscó publicar estos libros y que fueran leídos, quiere decir que pensaba en sus obras dentro del diálogo de la cultura y la literatura mexicana, dejarla fuera sería una torpeza. ¿Quién más podría narrar desde su perspectiva?

Tablada criticó con desprecio a Marín, pero escribió sobre ella y eso me permitió encontrarla, lo cual nos hace pensar en la importancia que tiene nombrar, en cómo se escribe la historia y cómo seleccionamos las obras que importan y deben ser leídas. Aunque se burló y describió como

defectos lo que ahora podríamos ver como cualidades, la nombró y ahora podemos recuperarla. “El ímpetu que es toda ella” (así fue como la introdujo) le causaba incomodidad, esta sensación es el mayor acierto de la novela. Marcela es incómoda porque para complacer a todo el mundo tendría que negarse a sí misma, renunciar a todo lo que disfrutaba y aprender a ser otra persona. Ella se rehúsa a hacerlo, en cambio, decide experimentar, disfrutar y construirse su propia personalidad en la vida real y por medio de la escritura.

ANA CLARA MURO

LA ÚNICA

Nota editorial

Para esta nueva edición de *La única* quisimos dar al texto el cuidado editorial del que en su momento careció. Se corrigieron erratas y puntuación, actualizamos algunos usos arcaicos de la sintaxis y la escritura de términos, respetando en todo momento el estilo de la autora, el tono de la narración y las características propias de la prosa. Queremos que el texto reciba la lectura atenta y placentera que merece.

PRIMERA PARTE

La mañana en que descubrió el misterio era lunes. Fue un día que señaló en su vida un camino distinto y una mañana en que la duda le salió para siempre de la mente.

Era una mañana de desencanto, como son todas en las que se despierta sin ninguna esperanza, hasta el momento en que el misterio fue descubierto.

¿Qué podía esperar después de tres años de preocupaciones constantes y sin haber llegado a ninguna conclusión? ¿Cómo podría tener ilusión para seguir viviendo, si no podía explicarse cómo había vivido lo pasado? La duda constante le quitó el gusto por la vida y el deseo de hacer algo. Pensaba que todo debía tener una razón de ser, buena o mala, justa o injusta, pero consciente, precisa. ¡La peor enfermedad es la duda!, se le oía exclamar con frecuencia.

Tenía un año separada de su segundo marido, y dos en que solo una idea la obsesionaba.

¿Por qué me sentí obligada a separarme de ese hombre?, se preguntaba. ¿Cómo pude aceptar la separación, sin antes ver claro el motivo?

Hubo, en verdad, una razón aparente; pero no fue ese el quid de la cuestión. También judicialmente esa razón era nula. El silencio en la vida matrimonial de uno de los cónyuges nunca es motivo suficiente para que se falle en un juicio de divorcio; al menos ningún código civil lo señala como tal. El acta de parte del demandante tendría que decir: amor propio herido porque la parte contraria no me dirige la palabra, y los jueces soltarían la carcajada, decía cuando íntimamente comentaba el caso. Solo con la amistad de un juez pudo presentarse la demanda en forma conveniente para lograr el fallo inmediato y la libertad absoluta de las partes. Porque las razones que generalmente se presentan en este caso no existieron. Jamás le advirtió ella ninguna infidelidad. Sabía muy bien que de su trabajo se iba a su casa y de su casa a su trabajo. Tampoco tuvo alguna enfermedad que le hubiera cambiado al grado de que no hablaba con nadie para nada; en los últimos meses que vivieron juntos, así lo hacía. La sola explicación que a veces se daba Marcela, pero que

no llegó a confirmar, era que él hubiera vuelto a caer en ciertas pasiones malas de las que ya le había hablado.

Su primera pasión, que mucho tiempo fomentó secretamente, se le despertó, siendo aún muy joven, por su hermana menor. Hasta que un día, desesperado, resolvió introducirse en su alcoba. La chica, al ver que su hermano, como loco, trataba de poseerla, gritó furiosamente pidiendo protección a sus padres. Ellos, al enterarse de lo ocurrido, decidieron enviarlo a la capital a que terminara sus estudios y le asignaron una modesta pensión.

Transcurrió algún tiempo durante el cual su fracaso y su situación económica lo obligaron a vivir dentro de una absoluta abstinencia; después, al recordar lo de su hermana, llegó a encontrarlo morboso y perverso. Pero ni su naturaleza ni su educación le ayudaron a realizar el ideal que por mucho tiempo, y como reacción a lo pasado, cultivó para alejarse de los amores prohibidos.

Poco tiempo después, sin darse cuenta de cómo había sucedido, se sorprendió al sentirse enamorado de su íntimo amigo. Un amigo que, por su parte, lo estimulaba a ello. Le hablaba del homosexualismo como del ideal perfecto; de que solo los hombres superiores podían entenderlo. “Solo a los escogidos nos toca la suerte de conocerlo y vivirlo”, le decía ese amigo, que era un poeta joven, inteligente, y muy experimentado en tales cuestiones. Andrés, aunque no lo parecía, era un muchacho provinciano e ingenuo, sin ningún carácter y fácil de convencer; pero para ser sinceros, hay que decir que Lorenzo no trataba de abusar de su ingenuidad; quería sí, que ingresara al “gremio” por tener un adicto más; él no era su tipo.

Esta fue la vida “amorosa” de Andrés hasta el momento de conocer a Marcela, y fue a raíz de esto, precisamente, que se conocieron.

Ella estaba casada con un hombre famoso, al que su fama no le dejaba tiempo ni para hablarle. Llegó de su pueblo siendo muy joven y completamente inculta. Nacida de familia humilde, tenía la ingenuidad de su clase; característica de las provincias mexicanas. Fue atractiva novedad para Gonzalo del Monte, recién llegado entonces del extranjero; ofrecíale un gran contraste con las mujeres que había conocido. Dijo sentirse enamorado y acabó por proponerle matrimonio. Como buena provinciana, tuvo a honra el ofrecimiento de aquel hombre tan famoso, y gustosa lo aceptó.

Él era alto, gordo, de manos pequeñas y ojos soñadores; tenía expresión de niño y renegaba en la intimidad de su aspecto de hombre bonachón, el cual le parecía fuera de modo y desmerecedor de su opulento cuerpo. Era un tipo que merecía ser el personaje principal de una novela; pero ahora vamos a verlo solo ligeramente, para que los lectores se den cuenta de las circunstancias en que se encontraba Marcela cuando conoció a Andrés.

Aprovechaba el efecto que su complicada vida producía en la provinciana que tenía a su lado, y con frecuencia tomaba actitudes extrañas. Solía disfrazarse de facineroso, envolvía su enorme cuerpo y se embozaba hasta la nariz con un sarape colorado como los que usan los bandidos mexicanos en las novelas. Se inclinaba el sombrero hasta juntarlo con el sarape y dejaba solo una pequeña hendidura para ver. Por el bozal del sarape sacaba su enorme pistola y se iba por las calles asustando a las gentes con amenazas. Marcela, desesperada, se adelantaba para advertir a las personas que solo era una broma. Otras veces el hombre se sentía tigre y rugía, aullaba y gruñía tratando de imitarlos lo mejor posible. Marcela fingía estar muy alegre y se reía fuertemente para que los vecinos pensarán que aquello era un juego. También con frecuencia se sentía el Rey Salomón, y quería obtener los favores de cuanta mujer se le acercaba, les declaraba su amor, les ofrecía joyas u otros objetos con que creía halagarlas. A consecuencia de esto, muchas veces llegó a quedar en la miseria, sin que para él tuviera importancia, con tal de conseguir a la mujer deseada. Cuando le daba por sentirse enamorado romántico, era lo más divertido: se atacaba aparatosamente, echaba espuma por la boca, ponía los ojos en blanco y dizque perdía el conocimiento por dos o tres horas. Por la frecuencia con que lo hacía, llegó a fingir tan bién los “ataques”, que se hicieron famosos; muchas personas creían en ellos. Además, era su casa un constante entrar y salir de gentes diferentes que iban a verlo y le llevaban diversos objetos; algunas personas iban a tratar asuntos importantes, otras, en cambio, solo querían charlar con él. Andrés era de estos últimos. De vez en cuando se reunía con un grupo de jóvenes amigos literatos para ir a visitarlo. Gonzalo vivió muchos años en París y bastante le habían servido. Cualquier clase de gente y de cualquier edad, encontraba placer en conversar con él. Sin embargo, sus muchas ocupaciones le obligaban a veces a salir de su casa y de-

jaba que Marcela atendiera a las visitas. Después, con frecuencia, los amigos iban solo por verla a ella.

Hacía seis años que vivían juntos, y uno en que era raro el día en que se veían. Crecía su fama, y al mismo tiempo sus ocupaciones. Esto la tenía a ella cansada y desesperada.

Andrés empezó a ir casi todos los días, y la encontraba sola. Una noche, cuando llegó, Marcela lloraba sin consuelo; Gonzalo la había golpeado, furioso, por no haber encontrado unos papeles. Muy apenado de verla llorar, Andrés dijo:

—¿Por qué soporta usted esto? ¿No le gustaría vivir con un hombre que, aunque no fuera famoso, la respetara y amara?

—No sé —contestó Marcela con visible tristeza—. A pesar de que Gonzalo no me quiere, ni me respeta, siento que me moriría si me separara de él. Me le he entregado a tal grado, que todo lo que él hace es como si yo lo hiciera; no puedo hacer nada si él no me dice que lo haga. Lo que él hace es lo que más me gusta, y si no le gusta lo que hago pienso que tiene razón, que lo hice mal, y vuelvo a hacerlo como él quiere que lo haga.

Andrés, con la cabeza baja, la escuchó y luego dijo:

—Si algún día se cansa usted de vivir así, quiere vivir su propia vida y se resuelve a dejarlo, búsqume; me encontrará íntegro para ayudarla. Esperaré con paciencia el tiempo que sea necesario; estoy dispuesto a casarme con usted. Trabajaré para poder darle lo que necesite y juntos iremos a todas partes. Será para mí, antes que mi esposa, mi camarada, y se convencerá de que no todos los hombres somos iguales... Todavía algunos sabemos amar y respetar a la mujer y no vemos en ella un mueble.

Marcela siguió llorando; pero lo que le había dicho Andrés la dejó pensativa.

Otro día, enojado por cosas sin importancia, Gonzalo la golpeó delante de una visita. Era una amiga de la niñez, afiliada al partido comunista, que como había hecho dos viajes a Rusia, dejaba “lelas” a las mujeres mexicanas hablándoles de la vida de allá, y de los derechos de las mujeres rusas. Cuando vio que Gonzalo golpeaba a Marcela, indignada salió en su defensa, con lo que él se puso más enojado. Tomando a las dos por el cuello, hizo además de arrojarlas de la casa. La comunista se acercó a Marcela diciéndole al oído:

—Somos unas imbéciles si nos dejamos de este monstruo. Detenlo tú, mientras voy a traer la mano del metate para que lo matemos.

En medio del llanto, Marcela soltó una carcajada, y se acercó a Gonzalo para contarle lo que la amiga acababa de sugerir.

Gonzalo riéndose también, exclamó:

—¡Ah que usted tan inocente! ¿Qué no ve que reñimos así, porque nos queremos? En eso nos parecemos a los gatos.

—Prefiero que no me quieras —gritó Marcela con violencia—. Más me gustaría que me trataras de otra manera, aunque no me quisieras. Me parece horrible como me quieres.

El tiempo siguió pasando así, y el hogar le parecía un infierno. Cuando no estaba golpeada, estaba sola o asustada. Muchas veces Gonzalo se divertía jugando a la “voladora” con dos enormes pistolas cargadas, y ella sentía vértigo del miedo; llegó un momento en que se estremecía solo de oír su voz o sus pasos. Entonces él se quejaba con sus amistades de no ser comprendido por ella, y en ocasiones no regresaba a su casa en todo el día, tomando de pretexto su desdén. También hacía viajes frecuentes y largos. Marcela pensaba que tal vez una mujer era la causa del abandono y los enojos en que vivían, y no tardó mucho en comprobarlo. Supo que su marido compartía una bella mujer italiana con su líder comunista cubano. Desgraciadamente, en esos días la juventud comunista cubana perdió a su mejor líder. Por orden del entonces presidente de Cuba fue asesinado una noche que iba del brazo de la camarada compartida. Cayó al suelo acribillado por las balas que cobardemente le dispararon por la espalda. Inmediatamente los amigos de la italiana trataron de liberarla del escándalo, principalmente Gonzalo, que era el más interesado en ella; pero por ningún medio pudieron evitarlo. La prensa habló mucho del asunto, hubo periódicos que aseguraron que la italiana era cómplice del asesino. La policía registró minuciosamente su casa, pero no encontraron ninguna prueba que la relacionara con el crimen; en cambio, sí un sinnúmero de cartas amorosas de diferentes hombres, motivo suficiente para que le aplicaran el 33: la acusaron de clandestina y de haber defraudado al erario.

La injusticia y la partida de ella entristecieron a Gonzalo, se sentía abatido en sumo grado. Quiso irse tras ella, pero no pudo. Mil contratiempos se

lo impidieron. Entonces empezó a excursionar por el campo; hacía grandes recorridos a caballo para disipar su pena.

Un día salió por la mañana muy temprano, y tres horas más tarde llegaron unos individuos con él sobre los hombros; lo habían recogido del fondo de una zanja.

Marcela se alarmó mucho cuando lo vio, pero pronto se convenció de que nada grave le había pasado, a pesar de que Gonzalo no abría los ojos y se fingía muerto. El médico, después de examinarlo, como preventivo contra la conmoción cerebral, ordenó una bolsa de hielo. Cuando ella se la puso se dio cuenta de que no era necesaria.

Periodistas, fotógrafos, personajes políticos y artistas, invadieron la casa momentos después de que supieron lo acontecido. El enfermo se sentía grave y hasta llegó a asegurar que tenía meningitis. Marcela no se alarmaba, no le creía; siempre lo había considerado farsante y exagerado, y esta vez se daba perfecta cuenta de que no tenía nada. Vivían en el barrio más viejo de la ciudad; en una casa colonial grande y vieja, con cuartos enormes que se comunicaban entre sí, y con salida a un gran patio que había en el centro, con mace-tas al alrededor. Sus muebles eran también estilo colonial, y casi siempre las puertas que daban al patio estaban cerradas y con los pasadores puestos; no así las que unían los cuartos por dentro. La casa era de dos pisos y ellos ocupaban el alto. En uno de los ángulos del patio, estaba la escalera que conducía a la calle. En época de posadas se hacían allí grandes fiestas; la casa se prestaba para ello y resultaban muy atractivas. Se rompían piñatas, se quemaban luces diferentes y adornaban la casa con faroles de papel plisado de distintos colores que tenían velas dentro. Lo más agradable eran las guías de ocochal y las ramas de trébol y Santa María que colgaban del techo hacia las paredes y esparcían un suave olor. La fama de hombre extravagante y desalmado que tenía Gonzalo daba lugar a que después de cada fiesta la gente hiciera comentarios candentes. Naturalmente esos comentarios eran de personas que no habían asistido a la fiesta. Aseguraban que en una de ellas se habían comido niños crudos y roto las piñatas a balazos.

Muchas veces, por cansancio, Marcela llegó a ver los escándalos y las pantomimas de Gonzalo con indiferencia; pero esta vez no fue así. Celosa de la

italiana, le atribuía lo desagradable que acontecía en su casa, y al saber que lo había tirado el caballo, pensó que había sido a causa de la preocupación que sentía por ella. Además comprendía que Gonzalo se quejaba fingidamente y, molesta por eso, se lo manifestó en un momento en que se quedaron solos:

—Es pura farsa lo que tú haces. Estoy segura de que no tienes nada y te quejas nomás por hacerte el interesante; a mí ya no me las pegas, anda qué-jate con otra que te lo crea.

Gonzalo, enfurecido, saltó de la cama para coger un grueso bastón de Apizaco que en esos días usaba y se fue corriendo tras ella por toda la casa. Quiso Marcela salir por la primera puerta que encontró, pero estaba cerrada; hizo en todas el mismo intento, pero las encontró igual, hasta que por fin la última, la de junto a la escalera, estaba abierta. Se precipitó por ella y empezaba a bajar, cuando encontró a varias personas que iban a informarse de la salud del “paciente”. Ella los entretuvo con discreción, dando tiempo a que él regresara sin que lo vieran; y cuando los visitantes llegaron junto a la cama, él se quejaba lastimosamente, fingiendo morir, ponía los ojos en blanco. Después, la hizo responsable de sus males ante las visitas, asegurando que era una bruja.

Las querellas constantes y la muerte de la que Gonzalo se sentía tan cerca, le demostraron que solo era una neurastenia aguda producida por el desagrado de vivir a su lado. Resolvió separarse de él y casarse con Andrés. Pero por desgracia en esos días Andrés no tenía trabajo y sus padres le habían suprimido la modesta pensión; vivía en la mayor de las miserias.

Entre dos o tres amigos pagaron los gastos matrimoniales, y después los recién casados acordaron que ella seguiría viviendo en la casa de Gonzalo mientras Andrés conseguía trabajo; lo que fue fácil arreglar, gracias a las ideas avanzadas de Gonzalo, quien se prestó amablemente a ello.

Pasaron varios meses, hasta que un día Andrés le llevó la noticia de que lo habían contratado para un trabajo en una hacienda que estaba a trescientos kilómetros de la capital. Se adelantó unos días y preparó un alojamiento adecuado para empezar a vivir juntos.

Ella estaba contenta y llena de ilusiones, porque si dejaba la comodidad material y las ventajas que le daba vivir con un hombre célebre, era para encontrar lo que no tenía y que tanto ambicionaba: la tranquilidad espiritual y

el amor. Se arpesuró a arreglar sus cosas y salió para la hacienda el día que recibió la noticia de que ya podía ir a reunírsele.

A las cuatro de la mañana llegó el tren a la estación. No encontrando a nadie que hubiera ido a esperarla, se fue caminando sobre la yerba húmeda y en medio de una absoluta oscuridad. A poco de andar, vio una luz y se dirigió hacia ella; era la linterna de uno de los veladores de la hacienda. Se acercó a él, le preguntó:

—¿Conoce usted a Andrés González?

—Cómo no, vive a unos cincuenta metros de aquí; ha de estar durmiendo.

Se dirigió hacia la casa y después de llamar varias veces, el mismo Andrés respondió:

—Qué pena me da no haberte ido a recibir a la estación —dijo mientras abría—. Anoche me puse a leer, y sin darme cuenta me dormí una o dos horas antes de que tú llegaras. Además, yo te esperaba desde ayer; pensé que tal vez ya habías encontrado otro hombre y por eso no tenías deseos de venir a reunirme conmigo.

Estaba vestido, con una pijama índigo de pequeños puntos blancos, una bata estilo japonés color vino de crepé marroquín, forrada de burato verde limón y ceñía su cintura con una ancha banda hecha de la misma tela. Olía a lavándula, su loción favorita, y tenía sobre su buró dos libros de sus autores predilectos y dos cajetillas de cigarros vacías. En la parte baja del buró había un cenicero lleno de colillas. Marcela se acercó con curiosidad a ver los libros que supuso el motivo de su desvelo y razón por la que no fue a recibirla y leyó: Andre Gide, *Los monederos falsos* y Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*, y sin contestar a lo que le había dicho, fue a sentarse sobre la cama. Él lo evitó. Quitó unas ropas de sobre la silla y se la ofreció.

Si alguien la hubiera observado en ese momento la habría notado más pálida de lo que era su color natural y su pulso debilitado por la decepción. Le pareció extraño que fuera verdad lo que había visto y oído, no lo comprendió sino hasta mucho tiempo después. Estaba convencida del derecho que sentía el hombre sobre la mujer desde el momento en que dependía de él económicamente, y la idea le produjo molestia: desde ese día era su mujer y tenía que preocuparse por ella. Mientras fue la mujer de Gonzalo, ella lo sintió enamo-

rado, y enamorado sin celos; pero desde el instante en que la supo suya, vio que empezaba a decepcionarlo. Se le presentó como su mujer y no sabía qué hacer con ella. Lo que más le pareció que lo había contrariado era el haberlo despertado cuando apenas empezaba a dormirse.

Un mes después de su llegada empezó a notarlo displicente y preocupado. Veía que de día en día comía menos y que al menor ruido que advertía por las noches fuera de la casa saltaba de la cama y salía a ver lo que pasaba. Unas veces eran los tlacuaches que abundaban en esa región y que iban a comerse las gallinas; otras veces el velador que andaba inspeccionando el lugar, o simplemente algún gato; pero él no se tranquilizaba ni después de haber visto lo que era.

La casa donde vivían estaba rodeada de un jardín silvestre en el que los plátanos dominaban y daban sombra al corredor. Era pequeña y al estilo de las de los obreros de California: dos cuartos tan pequeños que solo podía ponerse una cama en cada uno, aunque estas fueran angostas. Eso los obligaba a dormir separados, y ella pensaba que tal vez esa era una de las razones por las que él tenía desconfianza. Al frente, a unos cincuenta metros, se encontraban las calderas en donde se fabricaba el ron, que era la especialidad de la hacienda, y al lado derecho, a la misma distancia más o menos, había otros dos cuartos más pequeños, uno servía de gallinero y el otro de carbonera.

A pesar de que Marcela veía que Andrés parecía un loco y que estaba pálido como un muerto por el insomnio, no se preocupaba. Pero un día, Andrés se sentó en los pies de su cama, esperando a que despertara; y cuando ella abrió los ojos, se la quedó viendo fijamente, la tomó por los hombros y la sacudió con fuerza diciendo:

—Tú me engañas vilmente, tú eres la amante de Gabriel y ya tengo las pruebas; pruebas indiscutibles y de las que no quiero explicación, están confirmadas.

Creía que en la carbonera y en el gallinero era donde se veían, y estaba seguro de sus sospechas porque encontró un petate en el gallinero y unos papeles en la carbonera. Los papeles no decían nada, pero sus celos eran tales, que aún en ellos creía encontrar indicios de adulterio. En otra ocasión le advirtió que llevaba hojas secas adheridas en la parte baja de la bata, que suponía era

la que usaba para acudir a las citas amorosas. Encontraba, además, que su mujer dormía poco y, sobre todo, la veía por las mañanas salir muy contenta cuando iba al mercado, la hora que coincidía con la salida del turno de Gabriel. Esas fueron las pruebas que le dio y de las que no quiso explicación.

Realmente Marcela dormía poco; pero ella lo atribuía a un polvito fino que constantemente llegaba de las calderas que no la dejaba respirar con libertad.

—Este polvo me intoxica —decía con frecuencia—. Por eso me da tanto gusto salir en las mañanas cuando voy al mercado; es el único momento en que respiro aire puro y que tengo el placer de recibir el aire fresco sobre la cara.

Se lo decía, no por darle explicaciones, no quería entrar en ellas, no quería defenderse de una culpa que no tenía y esperaba paciente a que él tomara una determinación. Sin que él se lo dijera, sentía que entre ellos todo había acabado. La ofendía el hecho de que la hubiera considerado capaz de una infidelidad, y si no tomó una resolución definitiva, fue en parte por evitar prejuicios y en parte por agotamiento.

Unos días después de que los dos habían guardado silencio y durante los cuales Andrés estuvo esperando una explicación detallada y una disculpa; al ver que no le daba ni una ni otra, se fue indignando más y más. Ya solo se paseaba dentro de la casa de uno a otro lado, sin llegar a tener sosiego; la veía, con los ojos enrojecidos y parecía como si la quisiera pulverizar. De pronto, desesperado, le gritó:

—Esto ya llegó al fin; te vas de aquí ahora mismo; hoy mismo y no mañana, no quiero volverte a ver; no soporto verte un día más.

El problema para Marcela era difícil; ¿Cómo se justificaba ante su familia y con sus amistades, de un fracaso tan violento? ¿Con qué dinero se iba y con qué iba a comer cuando llegara y mientras encontrara trabajo? Con lo débil que estaba por la vida que había llevado antes, se le hacía imposible; pero la cosa no tenía remedio. Empezó a arreglar su maleta, decidida a regresar a la capital. Después que hubo terminado, se le acercó temerosa y le dijo:

—Me voy, sí; pero antes quiero pedirle unos cuantos pesos a Gabriel, que es la única persona que conozco aquí.

Gabriel era hijo de uno de los dueños de la hacienda y la única persona con quien habían hecho amistad. Era un joven de modales desenvueltos, alto,

fuerte, moreno, con grandes ojos negros de mirada apacible y que vestía con lujo y desparpajo. Todas las tardes, a la hora en que cargaban los carros con mercancía, acostumbraba llevar los tercios de uno a otro lado sobre la espalda solo por hacer ejercicio. Montaba a caballo y practicaba todos los deportes posibles en el lugar. Decía que había que hacer gimnasia todos los días para que el cuerpo no se marchitara y las ideas no se atrofiaran. Cuando Andrés hablaba de él con Marcela lo calificaba de imbécil. Tenía pocos meses de llegado de Nueva York, con muchas de las costumbres americanas y pocos de los prejuicios mexicanos. Desde su niñez lo internaron en un colegio de los Estados Unidos, y más tarde hizo allí la carrera de ingeniero que acababa de terminar. Para él no tenía importancia que Marcela fuera divorciada, a pesar del escándalo que provocaba entre las gentes de la hacienda cuando lo veían hablar con ella. Los visitaba con frecuencia y a veces paseaba con ellos. Esto fue lo que despertó en ella una gran simpatía y en Andrés unos grandes celos; sobre todo, cuando le platicaba que lo había visto a la salida del trabajo y que habían charlado un poco. Marcela no encontraba mal en eso y se lo decía inocentemente, sin darse cuenta del daño que le hacía. Y así, impensadamente, fue como le dijo lo del dinero, que tuvo el efecto de una puñalada. Los resultados fueron funestos. Se enloqueció más. Sacó precipitadamente el revolver que tenía guardado en el buró y salió corriendo en busca de Gabriel. Quiso ella detenerlo, pero él, sin atenderla, siguió su camino. Las gentes de la hacienda, enterados de lo acontecido, evitaron el encuentro. Pero cuando el padre de Gabriel lo vio, dijo:

—No quiero gente escandalosa aquí. Salga inmediatamente con su familia de esta hacienda. Que le liquiden en el escritorio.

Esa tarde Marcela esperaba a los padres de Andrés; les había teleografiado por la mañana para comunicarles la enfermedad de su hijo. Así interpretaba ella sus actos.

La tarde estaba gris y fría; llovía copiosamente a la hora de la llegada del tren. Los padres llegaron, y antes de entrar a saludarla hablaron largamente con Andrés, que los había estado esperando en el jardín. Después, al verla, el padre exclamó:

—Usted no debe irse y dejar a mi hijo en este estado; compadézcalo, es un irresponsable, está trastornado por la debilidad que le ha ocasionado el exceso de trabajo, de usted depende la vida de él y no permitiré que lo abandone. Véngase con nosotros a nuestra casa, allí vivirá como de la familia, nada le faltará, la veremos como una hija.

La madre también se le acercó para suplicarle, y humildemente Andrés le pidió perdón. Marcela, conmovida, aceptó; no sin dejar de sentirse triste y decepcionada.

Una hora más tarde, oscurecido por completo, llegaban a su pueblo; quedaba a solo treinta kilómetros de la hacienda. Los familiares y Marcela se sentaron a charlar un poco en el corredor mientras la cena estaba lista. Andrés, nervioso, se paseaba de un lado a otro sin hablar con nadie. Cuando iban a pasar al comedor se acercó discretamente a ella y la invitó a descansar. Momentos después estaban solos.

Esa noche, Marcela volvió a creer en el amor. Vio amanecer con el placer que pocas veces se experimenta después de no haber dormido en toda la noche, pero sintió que recuperaba mucho tiempo de vida perdida. Esas noches, que uno quisiera que fueran eternas, y no dormir para que no cambie el sentido de ellas; en las que amanece y no quiere uno admitir que sea otro día, que haya que ocuparse de otras cosas propias de las horas. Esas noches no llegan a diez en la vida de uno, y ya tres pueden dejar un recuerdo consolador; serían peligrosas si fueran frecuentes, y prolongadas podrían ser la muerte. Así fue esa noche.

Las mañanas, el sol, la luz, el aire y el baño arrojan a los mortales de la vida de misterio y morbosidad, para ponerlos de nuevo en la vida real, en el trabajo, en lo que hay que hacer, en lo que se debe hacer; lo que no es placer, sino obligación. Entonces entra el desacuerdo entre el hombre y la mujer, se acaba la felicidad y entra con violencia la realidad; parece mentira lo que apenas acaba de pasar. Cuando el hombre se siente diferente y resulta ser superior, y la mujer, debilitada, cree no valer nada, el dinero que él aporta, nunca es igual a lo que ella hace; no se puede comparar. Parir, coser, cocinar o simplemente gobernar y cuidar la casa y la familia no significa lo mismo; la comida, que es la vida, vale menos que el efectivo. Por eso el hombre está tan seguro de su

superioridad y se siente solo con el peso del hogar; por eso busca después la recompensa y el desquite. Esto es lo que Marcela pensaba, desde el primer día que vivió con él, y lo confirmaba al verlo constantemente enfadado. Ya no tenía interés ni atractivo para él como cuando era la esposa de Gonzalo. Ahora la encontraba mal vestida, inculta, sin adoradores con quien competir, por quien excitarse con los celos. Se avergonzaba de que lo vieran con ella y prefería quedarse en su casa, leyendo, a salir en su compañía.

Marcela le propuso que se fueran a la capital para ver si con el movimiento de la ciudad se le quitaba la neurastenia, pero la madre de Andrés le dijo que todo era inútil; de la falta de salud y el mal humor de su hijo, solo ella era la responsable. Creía a pie juntillas, que lo había embrujado.

La señora era muy supersticiosa, muchas gentes del pueblo solían ir a consultarle sobre algún enfermo porque la encontraban caritativa y sabía muchos remedios. Creía en el mal de ojo y estaba segura de que su hijo era víctima de ese mal. Decía que la tifoidea se curaba poniendo debajo de la cama del enfermo una cazuela con una iguana muerta a machetazos. Que los enfermos de pulmonía sanarían en dos días si se les ponía a té de cucaracha, que las grandes eran las mejores para el caso y que con tres solamente que se echaran al empezar a hervir el agua eran suficientes, pero solo debían hervir cinco minutos. Aseguraba que para sanar del hígado había que poner una penca de nopal junto al brasero y a medida que la penca se secaba, el hígado se reducía y el enfermo sanaba.

El padre era diferente, orgulloso y poco comunicativo. Tenía un gran entusiasmo por los inventos modernos, y se había gastado casi toda su fortuna en experimentarlos. Escogía los más difíciles y grandiosos, y aunque siempre fracasaba, no perdía la esperanza de triunfar en alguno. Detestaba las inversiones en pequeño; solo en cuestiones domésticas las admitía. Una plancha eléctrica, por ejemplo, era un gasto inútil; lo mismo un filtro, aun sabiendo de la existencia de mil animalitos que salían a diario por las llaves de agua. ¿Las toallas? No eran necesarias, ni las servilletas, por eso en su casa se carecía de lo indispensable. Pero en honor a la verdad, hay que decir que vivía con la seguridad de obtener un triunfo en grande, y que sus experimentos, que no le habían dado resultado, algún día se lo darían.

Una vez, quiso llevar pulque fresco a la capital del estado. Cargó de magueyes varios carros de un tren, que por mala suerte no fueron enganchados inmediatamente. El litro resultó a peso y no pudo venderse. En otra ocasión gastó varios miles de pesos en abrir un camino hasta una de sus haciendas. El camino solo duró abierto mes y medio porque llegó el tiempo de aguas, pero en cambio, decía él, había servido para un día de campo delicioso en el que conocieron la hacienda personas que nunca la habían visto. Por mucho tiempo se habló de sus riquezas y desde entonces, los personajes principales del pueblo se quitaban el sombrero para saludarlo. Ahora emprendía una nueva industria, pero no deseaba hacerlo solo, quería que Andrés le ayudara por lo menos a instalarla. Por esta causa Marcela tuvo que irse sola a la ciudad y no juntos como lo habían acordado. Quería inaugurar su fábrica en fecha próxima. Tenía comprada la maquinaria y los materiales necesarios que eran la última palabra. Se proponía producir telas raras y tapetes originales de dibujo y calidad, que llamarían la atención de los extranjeros y de todos cuantos los vieran. Sus productos serían los mejores de la República, y en unos cuantos meses se venderían como pan caliente. Al menos así lo decía él.

Al despedirse de Marcela, le aseguró que en ocho días estaría todo listo y que su hijo iría en seguida a reunírsele. Pero pasó un mes y casi iban a ser dos sin que Andrés llegara ni le dijera nada. Marcela, desesperada, le escribió una carta con quejas y súplicas en las que al final le decía:

“Vente como sea; si tienes que robar, roba, si tienes que matar, mata; pero ven pronto para que pases conmigo tu cumpleaños. No puedo esperar más, estoy completamente desolada. No seas ingrato.”

La madre de Andrés, que fue quien abrió la carta, le contestó:

“Nuera querida: a tu edad ya deben estar calmados los hervores de la sangre; cálmate y espera con paciencia; mi hijo está ocupado con su padre y no puede irse solo por tu capricho. Se irá, cuando se desocupe, debes resignarte. Tu suegra: Refugio.”

La señora no quería a Marcela, pero decía que para la mutua tranquilidad había que usar una táctica fina. Celosa de ella, constantemente le quería hacer ver lo ingrato que son los hijos, que por irse con otras mujeres abandonan a sus madres. Un día, llorando, sacó de su armario una caja de filigrana de plata antigua para enseñarle lo que guardaba:

—¡Mira! —exclamó, el primer diente que mudó mi hijo, qué lindo es... como una perla. ¿Y su pelo? Rubio como hilos de oro... fíjate bien —Marcela solo vio un mechón pajizo atado con un listón azul—. Y aquí, en este pañuelo de seda natural bordado a mano —siguió diciendo la señora— guardo su ombliguito —y entornando los ojos al cielo y suspirando, añadió—: pocas madres han querido a sus hijos como yo al mío, y para que ahora se vaya de mi lado. ¡Qué desgraciada soy! —acabando de decir esto, sacó de su bolsillo un pañuelo y se enjugó las lágrimas.

En la capital, la vida para Marcela siguió siendo igual: Andrés pasaba horas enteras absorto en sus pensamientos y se molestaba cuando le hablaba. Ella le decía que tal vez se molestaba porque lo distraía de la contemplación de algunos paraísos, pero él no le contestaba. La mayor parte del tiempo fingía escribir algo. Marcela se convenció de que solo era un pretexto para justificar su actitud. En los papeles que después registró cautelosamente, no encontró más que unos cuantos renglones borronados e incoherentes. Pero un día, para su sorpresa, él le mostró dos sonetos incomprensibles; eran el fruto de un año de trabajo y de su absoluto mutismo. El primero tenía como título: “A la única” y el segundo estaba dedicado a su íntimo amigo Lorenzo. Marcela enrojeció al leer la segunda dedicatoria. Se sintió defraudada por creer que eso ya se había acabado. Andrés, sin darle tiempo de que hablara, se adelantó y le mostró el primero y le dijo:

—Este me lo inspiraste tú.

Ella no lo escuchó. Pensaba en el segundo, que la torturaba. Nunca creyó que Andrés sería un Shakespeare o un Dostoiewski, y aunque admitía que algún día podría llegar a ser un buen periodista, no dejaba de humillarla que atribuyera a la “literatura” el motivo del desdén con que la trataba. Este era su otro pensamiento cuando llegaba a quitársele la idea de que pudiera ser otro amor el motivo de su actitud. Con esas ideas, su vida era una constante duda.

Al día siguiente no solo le molestaba el soneto dedicado a Lorenzo, también el primero le parecía sospechoso. “A la única”... si aquí, en la realidad, teniéndome tan cerca, no me hace el menor caso —pensaba—. ¿Estará dedicado a su hermana menor?

Pasados algunos días se acercó a Andrés y le dijo quedadamente:

—¿Por qué prefieres escribir en los periódicos, en lugar de conservar a una mujer que te quiere tanto? ¿Cómo puedes despreciar a una mujer así, sabiendo que con poco que hicieras por ella, la harías feliz?

Andrés no contestó. Solo dejó que se le escapara una sonrisa irónica que la ofendió todavía más.

Ella sabía que lo que acababa de decirle era mentira. En el fondo de su alma le tenía un profundo rencor. Le hablaba así por ver si le confesaba que amaba a otra persona, y para convencerlo de que no fuera a abandonarla. Seguía dominada por los prejuicios y sentía pánico de pensar que fuera a dejarla. Sabía también que después de él su vida tomaría un camino difícil. En pocas palabras, se estaba jugando la última carta. Pasaba largos ratos, divagando y sin atreverse a nada, día y noche, sin dormir, preocupada y sin decidirse. También la retenía la idea de que pudiera ser un genio incomprendido el que estaba a su lado, que tal vez por eso era así de extraño. Pero sobre todo era el pánico a la soledad. La humillaba vivir así, pero los prejuicios no la dejaban. Estaba sumamente delgada y día a día tenía el semblante más demacrado, no sentía apetito y solo de vez en cuando aceptaba una taza de té, después de que Andrés le insistiera mucho.

—No digiero nada —decía—. Aún me sabe la boca a la manzana que me comí hace ocho días.

Andrés le proponía que fuera a visitar a algunas amigas y que pasara para distraerse. Marcela no concebía hacer algo sin él, y tampoco lo deseaba. Su vida seguía girando solo alrededor de él, a pesar de saber que esto era lo que la agotaba.

Poco tiempo después, complicados con un embarazo, se le presentaron extraños síntomas de enfermedad. No comía, no dormía, se desvanecía constantemente y empezó a tener miedo de salir a la calle. Decía que se quemaba, que se ahogaba, que tenía frío y que no podía respirar, que le pesaban los brazos y las piernas, que sentía la lengua grande y molestias en los ojos. ¡Mírenme la lengua!, decía, no me cabe en la boca.

Llamaron a los mejores especialistas. Hasta hubo algunos que se enteraron de ese extraño caso y ofrecieron sus servicios de forma espontánea. Aseguraban ser los que diagnosticarían el mal.

Cuando se sentía arder le ponían el termómetro y marcaba 36.7° o 36.8° , por consiguiente los médicos decían: es pura cuestión nerviosa. Mientras tanto, ella seguía sin comer y sin dormir. Decía que hasta un vaso de agua la intoxicaba. Los médicos soltaban la carcajada al oír esto. “Es completamente imposible. Ningún libro de medicina habla de alguna enfermedad con estos síntomas.” Después de que se le pasaba la crisis de calor, que así llamaremos a lo que los médicos no quisieron llamar fiebre, Marcela decía que sentía un frío atroz.

—¡Me hielo! —gritaba—, ¡me muero de frío!

Uno de los médicos pensó que tal vez pudiera ser una anemia perniciosa y ordenó que le hicieran análisis de la sangre. El resultado fue desconcertante: tenía más glóbulos rojos que un atleta. Otro de los que espontáneamente fueron a verla aseguró que eran trastornos del vago, por falta de calcio y le puso dos inyecciones con resultados fatales. Después, al observar los análisis que no había querido ver antes, por tener la seguridad de lo que había dicho, encontró que su sangre tenía exceso de calcio. Marcela babeaba sin cesar por la sobreexcitación de las glándulas salivales. El médico no volvió.

Todos y cada uno de los que la veían, fueron fracasando. La enferma, lejos de mejorar, empeoraba. Las pulsaciones le cambiaban de 40 a 120 por minuto y la temperatura de 35° a 36.8° . Las medicinas le hacían efectos contrarios a los que anunciaban los médicos, y ninguno le creía lo que decía sentir. Un reputado especialista en cuestiones de mujer opinó que tan solo eran los trastornos del embarazo, que le pasarían inmediatamente después de que naciera el niño. Pero el chico nació y ella no mejoró lo más mínimo. Después llamaron a otros médicos con resultados semejantes. Pero el más famoso, el más sabio, al que los familiares le tenían más fe, afirmó:

—Está loca y no le hagan caso. Llévenla a un hospital, para que se eviten molestias.

Marcela al oír esa opinión se desesperó y lloró. Sudaba copiosamente por la angustia, tratando de convencerlos de que sí estaba enferma. Pero sus demostraciones la perdieron todavía más.

—¿Cómo puedo fingir estar enferma, si es tan maravilloso estar sana? —les decía—. Les juro por Dios que sí estoy enferma y que no estoy loca. Preferiría ser una vendedora del mercado o pedir limosna a estar enferma... Así no vale

una nada. Hagan algo por mí; no quiero morirme. Tengan compasión de mí; no puedo renunciar a la vida... quiero vivir, yo no tengo la culpa de no querer morir... Nací con un tanto por ciento de animalidad, que aún no está saciado. Mi espíritu reclama vivir, hasta sentir que se ha purificado... Si ahora muero sentiré que va a morir un perro. Haz algo por mí —le dijo a Andrés mientras le tiraba del saco—. Te juro que te serviré de rodillas el resto de mi vida y que no te molestaré para nada si me ayudas ahora. Si quieres, no me vuelvas a ver, si quieres viviré contigo toda mi vida y haré tan solo lo que tú digas, pero ayúdame a vivir... ¡No quiero morirme!... ¡Ten compasión de mí!

Andrés le quitó la mano con que ella lo tenía cogido del saco, dio media vuelta y salió, pero en seguida regresó a decirle:

—Pídeme dinero, todo el que quieras; pídemelos médicos que desees, pero de mi vida, nada. No puedo ocuparme más de ti, estoy asqueado de tu farsa.

Marcela, sin contestar, encogió su cuerpo tímidamente bajo las cobijas, se cubrió la cara y se volteó del lado de la pared. Pero luego, reaccionó excitada y exclamó:

—No tengo miedo a la muerte. Pero sí mucho amor a la vida. ¡No quiero morirme!... No me importa que después de muerta me coman los zopilotes, pero no es justo que muera ahora —después, entre dientes, siguió diciendo—: morir viejo es lógico; es lógico, no solo por la carne, sino también por el espíritu. Es indudable que poco a poco, nos hemos ido desprendiendo de las personas y de las cosas sin darnos cuenta, con la pérdida imperceptible de la vitalidad que día a día se nos va acabando. Desde el momento en que nuestro organismo entra en descenso ya lo esperamos porque ha habido tiempo para ello. Hasta sería preferible morir en la niñez que en la edad madura. Aunque algunas personas digan que habría que lamentar la pérdida de una posibilidad genial para la humanidad en el niño no logrado... Siquiera los niños no se dan cuenta de lo que es la muerte, porque no saben lo que es la vida. Pero cuando se ha estado esperando todo, cuando se cree que no se ha tenido nada, cuando se sabe si es sal o azúcar lo que le falta a la comida para su buen sazón, cuando se puede caminar en el campo largamente bajo la lluvia y sin cansarse, sin temor a un resfriado, riendo, charlando y sintiendo solo la voluptuosidad de la tempestad, el cansancio que nos

ofrece quitarnos el insomnio; cuando puede sentirse el vértigo del amor, y nuestros pensamientos están en el futuro, cuando esperamos tener lo que no hemos tenido, y deshacernos de lo que no queremos, morir entonces ¿no es horrible? ¿No es espantoso? ¿No es peor, que como nos dicen que será el juicio final? ¿Si para esto hemos venido al mundo, no sería preferible no haber nacido?

Después de estos excesos, Marcela quedó postrada semanas enteras, con la boca abierta y los ojos fijos, con un gesto de amargura y sin volver a articular palabra. Andrés se convencía más y más, de que estaba loca.

Días después, lo llamó para confiarle un secreto:

—Solo una cosa voy a decirte, ven un momento. Pero no se lo externes a nadie, volverían a creer que estoy loca. Es una cosa que quiero que solo tú sepas, que solo tú oigas: estoy escribiendo un discurso que voy a decir en el mercado si me alivio.

Temblando y con mucho trabajo, trató de sentarse para tomar un papel que tenía debajo de la almohada, pero Andrés, sin darle tiempo a que lo leyera, salió diciendo:

—¡Verdaderamente estás loca!

Esa noche salía para su pueblo la madre de Andrés; había venido a conocer al nieto. Al despedirse de Marcela le dijo que estaba bien que quisiera vivir, pero que eso solo debería desearlo para poder criar a su hijo, que el querer vivir por ella misma era un pecado que Dios no iba a perdonarle. Se llevó al recién nacido por acuerdo de los familiares, que estaban temerosos de que le pasara algo si lo dejaban al lado de su madre.

El padre de Marcela, enterado de su enfermedad, también había venido de su pueblo a verla. Era un hombre como de setenta años, demasiado envejecido para su edad, humilde y con aspecto pueblerino que se le veía a la simple vista. Llegó fatigado por la subida de la escalera y fue directamente a sentarse sobre su cama. Marcela, al verlo llegar, se puso muy excitada. Quiso sentarse para abrazarlo, pero no pudo... Cogiéndole las manos se las besó.

—A ti es al que esperaba —le dijo sin soltarle las manos que apretaba contra su pecho—. ¿Verdad que tú no me tienes asco? ¿Verdad que no estoy loca?... Yo quiero que tú solito me lleves a enterrar, que solito vayas conmigo al panteón. Los demás, todos, se han reído de mí y me tienen asco —y volvía a besarle las manos que aún tenía cogidas—. ¡Qué bellas manos tienes! —le dijo muy fatigada y hablando con mucha dificultad—. Qué viejito tan bueno eres. Qué feliz soy de verte y de que seas mi padre... Tú, que tienes la cualidad que más admiro y que nunca he podido tener —y fijándose en sus ojos, se los vio vidriosos, como los tienen las gentes cuando les queda poco tiempo de vida; pero a pesar de eso, añadió—: mira lo que es la vida; soy más joven que tú y voy a morirme antes; tal vez conmigo se cumpla lo de la Biblia: “Honra a tu padre y a tu madre para que vivas largo tiempo en la tierra prometida”. Seguro que no me porté bien con ustedes, no los honré ni respeté. En cambio, tú, qué viejito tan noble eres. Tan humilde, tan resignado.

El padre, sacando un paliacate rojo de su bolsa, se enjugó las lágrimas. Lloraba silenciosamente... Y aun llorando le golpeaba los hombros para que se calmara.

Ella seguía besándolo muy excitada.

—Hija, qué sucia estás —le dijo viéndole el pelo con atención—. ¿Cuánto hace que no te bañas?

—No me acuerdo, no sé en qué mes estamos, ni desde cuando estoy enferma; me cuesta mucho trabajo pensar.

En ese momento entró Inés y el padre, al verla, le ordenó preparar el baño para su hermana.

—Me da mucho miedo que me bañen —les dijo cuando la cogían para llevarla a la tina— estoy muy débil; pero báñenme para que se me quite lo repugnante. Imagínate papá, antes de que se fuera la madre de Andrés, me trajo un señor cura para que me confesara, dizque para que me sacara el demonio que tengo dentro, que es por lo que estoy enferma. Llegó, me vio, y no quiso acercarse a mi cama ni pudo darme la absolución. Dizque estoy en pecado mortal por vivir con un hombre sin estar casada por la iglesia. La señora le juró que su hijo me dejaría tan luego como me aliviara, pero ni por eso me la quiso dar. No solo eso, ni siquiera dejó que le besara la mano. Dijo que podría contagiarse.

La enfermedad la había vuelto infantil; eran los recuerdos de su niñez los que le producían el deseo de besarle la mano al cura. En el pueblo donde nació se acostumbraba besar la mano a los sacerdotes cuando se les saludaba y cuando se les despedía. Estando sana hubiera sido imposible que sintiera deseos de hacerlo; decía que era una farsa que no comprendía, y además, hacía mucho tiempo que estaba alejada de las prácticas religiosas.

Terminando de bañarla, la llevaron cargada hasta su cama. Inés se fue y su padre se quedó frotándole el pelo para que se le secase. Después, se despidió diciéndole:

—Mañana no vengo por la mañana, tengo muchas cosas que hacer, pero en la tarde cuando termine de comer, aquí estaré.

Marcela se quedó triste, pero con la ilusión de que llegara el día siguiente para volver a verlo. Sentía, que solo él le había tenido compasión, que era el único que creía en su enfermedad.

La mañana le pareció eterna, constantemente pedía la hora, y acabó por molestar a quienes preguntaba. Dieron las dos, pensó que estaba próximo el momento en que su padre llegaría, su costumbre era comer temprano, a la una generalmente. Dieron las tres y la duda empezó a apoderarse de ella. La decepción y el rencor la embargaban y la hacían sufrir. A las cuatro se sentía completamente desilusionada. Le preguntaba con frecuencia a Andrés qué le habría pasado a su padre, y él le contestaba que no sabía y que no lo estuviera molestando.

Uno de sus familiares llegó al día siguiente y le contó que su padre había salido con prisa para su pueblo. Marcela se quedó triste, porque ni siquiera un recado le había enviado.

¿Así que es como todos? ¿Así es que ni él se compadeció de mí? ¿Fueron farsa todas sus lágrimas?... Está bueno, algún día nos veremos. Tal vez así haya sido mejor. Se refería a la hora de la muerte. No creía en el más allá, pero decía que los pensamientos a esa hora, estaban relacionados con la vida. El solo hecho de llegar a la muerte sin miedo, sintiendo que nada de la vida me pertenece, empieza a compensarme lo que he sufrido. Es mejor que me traten con desprecio, así con más facilidad me voy, se decía y lloraba sin cesar, pero ya no pedía nada.

Los familiares hablaban de algo que no entendía. Todo le parecía misterioso y confuso. Andrés empezó a quejarse de no poder escribir ni una letra por estar atendiendo a la enferma, de no dormir por la inquietud que le producía oírle llorar, y temía enfermarse. Temeroso de esa complicación, decidió llevarla a un hospital.

Cuando regresó, después de haberla dejado, la criada le entregó un papel que estaba debajo de su almohada.

Era una hoja de papel sucia y escrita con lápiz. Acordándose de algo que quiso leerle en esos días, le entró curiosidad y se encontró con el discurso del que le había hablado. Estaba escrito con letras más grandes lo que servía de encabezado. Decía así:

DISCURSO PARA SER GRITADO EN EL MERCADO:

Entre las tripas de vaca... y las lenguas de toro. Junto a los gusanos de magüey... y los acociles. Junto a las vendedoras de nopales... y del ahuate. Con el olor del pápaloquelite y el cilantro, del orégano... y la cebolla. Llamaré a las de los ahuilotes, y los capulines, a la de los camichines, y allí en medio de esa gente, quiero decir mi discurso, en medio de esa gente gritaré: a ellos son a los que quiero libertar de la explotación y de la farsa, y me oirán hablar así:

Médicos de todo el mundo: médicos de las ciudades. Tú, el del nombre de pájaro leído, especialista en enfermedades del corazón y los pulmones, para quien la taquicardia no tuvo importancia y para lo que recetaste veronal en todas las cantidades y en todas las formas. Tú, el especialista en reflejos, director de un hospital, recién llegado de Europa, guarda tus cerillos para que no te mermen los veinticinco pesos de honorarios. Tú, el niño fifi psiquiatra, que descubriste los trastornos del vago por la falta de calcio, guarda tus inyecciones, para cuando el temblor abra los muros de tu casa. Y a ti, el otro director del hospital, que solo aprendiste a dar purgas; y a ti también, el ginecólogo famoso, el que al día siguiente del parto me dijiste: levántate y anda, pero que aún no puedo obedecerte. Y a todos los otros, más humildes, pero no menos ignorantes, quiero decirles delante de esta gente lo que pienso, quiero decirles lo que son, quiero que sepan que el robo, sin sus pretextos, es más noble, más valiente, menos dañino. De los ladrones profesionales, de

los que simplemente son ladrones, las gentes se resguardan, cuidan que no se lleven sus cosas o su dinero, pero para ustedes no se está prevenido, de ustedes se espera, a cambio del dinero que se llevan, una palabra que determine la enfermedad y no dicen nada y se llevan el dinero, perjudican al enfermo y a veces lo matan, y cuando el enfermo se da cuenta de su farsa, lo declaran loco.

Compañeros, ustedes los aquí presentes, acérquense a oír la verdad: dijeron que yo estaba loca. ¿Ustedes lo creen? ¿Verdad que no estoy loca? ¿Verdad que no?

Después de leer el discurso, lo hizo pedazos y lo arrojó al suelo exclamando: ¡Pobre mujer!

Parecía que Marcela no había terminado el discurso; seguían abajo unos renglones borroneados e incoherentes, para los que no quiso perder tiempo en descifrar. Pero si lo hubiera terminado y dicho en el mercado, como ella pensaba —comentó él después, con sus familiares— es un hecho que le hubieran contestado al unísono, entre carcajadas: ¡Sí estás loca! ¡Sí estás loca!

El hospital a donde la llevaron era un hospital aristocrático; el mejor de la ciudad y el más bonito. Los pagos debían hacerse en oro y a como estaba el cambio, resultaba carísimo. Decidieron llevarla allí, porque se decía que era el mejor; trataban de salvar responsabilidades. Lo atendían hermanas de la Caridad extranjeras, en su mayoría francesas. La más joven de todas, nada fea, por cierto, era la encargada de tomarle la temperatura cada dos horas. Por las noches solía quedarse un momento a contarle algo sobre la vida de algún santo, y nunca aceptó sentarse mientras lo hacía por más que ella se lo pidiera. Su plática favorita era sobre santa Teresita del Niño Jesús, a quien Marcela nunca había oído nombrar. La escogió por eso, azorada por la ignorancia de Marcela en esas cuestiones. También le hablaba algunas veces de otros santos. Un día insistió en contarle la vida de una santa que tenía un hijo borracho, al que logró quitarle el vicio solo con sus rezos y penitencias; después el hijo hasta se hizo santo. Cuando terminó de contarle esta historia, juntando las manos y viendo una imagen de Cristo que estaba arriba de la cama, exclamó:

—Qué bueno sería que usted le diera a sus padres una sorpresa como esa.

Cuando ella salió, Marcela se quedó pensando que más de alguno de los enfermos debía estar enamorado de ella. Si conmigo es así de tierna, así de amable, a mí que me tienen asco, ¿qué será con los enfermos limpios, jóvenes y bien parecidos...? Es fácil comprender que una mujer arreglada así y con su mentalidad, sea justamente lo que el enfermo necesita. Las enfermedades espiritualizan a las personas y todo lo que creen frívolo y falso, les repugna. Ella da la impresión de sencillez y pureza, que es exactamente lo que ellos quieren ver en quien los atiende. Los dueños del hospital han de saber de sobra que es el mejor gancho que tienen para atraer la clientela, reflexionaba. A pesar de las apariencias, ella la encontraba falsa e hipócrita. No sentía sinceridad en sus palabras ni creía en su bondad. A medida que la hermana le predicaba la moral y el bien, más y más le fue cogiendo mala voluntad, hasta llegar a tenerle asco. Pensaba que daría cualquier cosa por no volver a verla.

Las muchachas que lavaban los pisos y hacían los servicios prosaicos a los enfermos eran diferentes de las hermanas. Bastante mal vestidas y hasta sucias. Jóvenes y fuertes eran condiciones indispensables para entrar a servir allí. Sus sueldos eran miserables y solo se les permitía salir un día de cada mes. La que limpiaba el cuarto de Marcela solía quedarse charlando un rato con ella en las mañanas. Le narraba las injusticias con que las trataban y lo mucho que las hacían trabajar. Le contó que tenía un hijo de un hombre que la había engañado, quien desde el momento en que se dio cuenta de que la había preñado, jamás volvió. Su hijo tenía apenas dos años y lo dejaba al cuidado de su madre. Estaba obligada a trabajar en lo que fuera, por tener la necesidad imperiosa de llevarles de comer.

Al mediodía, después de terminar el aseo de los cuartos y ayudada por otra enfermera, subían a Marcela en un carrito de mimbre con agarraderas de acero y la llevaban a pasear por el jardín. Una de esas mañanas en que la dejaron sola vio volar dos mariposas amarillas con grandes manchas negras; una iba siguiendo a la otra. Sin fijarse en su belleza, se entregó a pensamientos que la estremecieron. Al darse cuenta trató de quitárselos, lo que la entristeció al grado de cuando había llegado. Estos pensamientos son solo de viejos, pensaba, y de viejos impotentes y caducos; jamás hubiera creído que con ver

volar dos mariposas, pensaría de esta manera. Llamó a la muchacha y le pidió que la regresara. No quiso quedarse más tiempo en el jardín.

La muchacha volvió a quejarse de la miseria y humillación en que vivían.

—Figúrese —le decía— el día que le conté a la hermana Juanita que tenía un hijo, me dijo que estaba en pecado mortal, que ¿cómo tengo un hijo sin estar casada? Desde entonces ya no me habla y hace todo lo posible para que me carguen el trabajo. ¿No le parece injusto? ¿No cree, que si por tener un hijo estamos en pecado mortal, ellas que son tan santas deberían perdonarnos? Puesto que son tan buenas, ¿no deberían tener caridad y compasión de nosotras las pecadoras? Pero no, hacen todo lo contrario; nos tratan con la punta del pie, nos humillan y se escandalizan. En cambio, con los enfermos que les dejan dinero, sin saber si tienen hijos siendo casados o no, ni si el dinero que tienen es robado o adquirido con su trabajo, a ellos sí les hablan dulcemente, los acarician y hasta les besan las manos... Eso no crea que lo invento: verdad de Dios que lo he visto, nadie me lo ha contado. Marcela se quedó pensativa. La enfermera salió, la llamaron de otro cuarto con el timbre.

Pasó algunos días sin ver a nadie de su familia. Andrés no regresó al sanatorio desde que fue a dejarla. El ambiente aquel de día en día le repugnaba más. Sentía indignación de irse a morir tan despreciada, tan sola y abandonada, no encontraba cómo hacer para salir de allí. Su malestar era inexplicable, en las mañanas cuando le ponían el termómetro, marcaba 35° o 35.5°, y sin comer, ni dormir, no creía posible mejorar. Además, nadie le hablaba de algo que le diera esperanzas de sanar. Desesperada trató de convencer a la sirvienta para que le hablara a una amiga que tuvo cuando vivió con Gonzalo del Monte, de quien todavía esperaba comprensión. Seis meses tenía sin ver a sus amigas y le daba vergüenza que la vieran así de desdichada. Pero en el momento que le entró el orgullo, su idea empezó a cambiar. Orgullo por el que ya otras veces había recuperado sus energías. “Vivir para ella y por ella.” O pido protección o me muero como el peor de los perros —pensaba—. Si me muero, voy a darles el gusto a muchas de las gentes que creen que van a descansar en el momento en que me muera, y a las que yo no debo más que odiar... ¡No! ¡Esto no puede ser! ¡No debo permitirlo! ¡Debo vivir solo para

poder vengarme! Mi venganza será llegar a vivir, y que mi vida sea más intensa que la de ellos... ¡Eso sería lo mejor! Casi un sueño.

A la mañana siguiente, a eso de las ocho, tocaban a su puerta como no era la costumbre. Sabían que no podía hablar, y las enfermeras siempre entraban a su cuarto sin tocar. Marcela supuso que su amiga llegaba. Hizo un gran esfuerzo para decirle que pasara, pero no fue escuchada. Volvió a repetir el esfuerzo y la palabra, pero tampoco tuvo éxito. Después de un momento, la puerta se abrió y entró ella. Marcela temblaba y sudaba, lloraba, aunque quería evitarlo.

—Haz algo por mí, te lo suplico —le dijo cuando pudo hablar—. ¿Tú crees que valga yo algo para tener derecho a vivir? No puedo vivir por mí misma, estoy absolutamente desmoralizada y no tengo fuerzas para quitarme el rencor que me domina, el odio que me embarga, estoy enferma de odio y de rencor. Ayúdame a tener fe y esperanza para que se me quite esta enfermedad, de otra manera me consumiré poco a poco, quemada por el odio, consumida por el rencor.

Lola se despidió conmovida, jurándole ayudarla, y horas más tarde regresaba acompañada de dos hombres para subirla al coche.

Hacía casi un mes que Andrés no la veía y lo que menos esperaba era que ese día llegaran con ella.

Su casa estaba a un costado de Chapultepec. Hermoso bosque que rodea el palacio de los presidentes, con maravillosos árboles milenarios, cuyos troncos nos asombran por las dimensiones que alcanzan. Hay todavía rastros de civilizaciones antiguas: el baño de Nezahualcóyotl y muchas otras cosas en el fondo de la tierra, que se dicen aún no descubiertas. Su vegetación es exuberante y espesa y en la parte moderna se encuentra un bello lago, donde infinidad de deportistas y estudiantes acostumbran ir a remar. En el centro de algunos grupos de frondosos ahuehuetes, fuentes de azulejos, imitación de bellas fuentes españolas, hacen un conjunto atractivo. Muchos enfermos van allí en busca de salud. Algunos amantes, en busca de romance, los atletas para aumentar sus glóbulos rojos y los niños por despreocuparse del tránsito. Los sátiros encuentran en ese conjunto de belleza un lugar propicio a sus vicios. Se les ve caminar discretamente por donde la vegetación los favorece, casi

siempre con un periódico en la mano. Podría confundírseles con hombres fatigados por el trabajo que van a descansar, o con los decepcionados de no encontrarlo, pero no hay que equivocarse, es fácil reconocerlos, con solo observarlos una vez su inquietud los delata a pesar de que quieran ocultarla... Las mujeres jóvenes son en quienes más ponen sus ojos; las acechan a distancia sirviéndose del periódico como medio de discreción. Fingen leer. Algunas de ellas, maliciosas y listas, los recriminan sin permitirles llegar al fin, pero otras veces alcanzan con éxito su deseo por la ignorancia o timidez de ellas, y en algunas ocasiones hasta por su morbosa curiosidad. Esto lo habían observado Marcela y una amiga que vivía en el piso de debajo de su casa. Antes de caer enferma acostumbraban salir todas las mañanas a caminar.

Su casa era de construcción antigua, pero contaba con las comodidades de las casas modernas. Aunque los muebles no eran lujosos, se veían de buen gusto y confortables. Tenían algunos objetos de arte y bellos cuadros colocados con acierto y propiedad. Frente a su cama había colgado un retrato de sus padres. Estaban juntos y cogidos de la mano, sentados en un canapé de tule como los que se usaban en su pueblo. El retrato era bueno, se los hizo un fotógrafo de mucho prestigio que anduvo viajando por pueblos y provincias en busca de tipos y cosas interesantes. Los conoció y le parecieron apropiados para su objeto. Dijo que eran muy interesantes, que los dos tenían mucho de la raza indígena zapoteca; sobre todo el padre. Marcela se parecía mucho a él, pero tenía los ojos claros como su madre. De un verde grisáceo... color ginebra.

Cuando llegaron con ella, encontró la casa llena de flores, en jarrones, bien arregladas. Los pisos relucientes, recién encerados, todo muy limpio y en su lugar. En el comedor vio a la pasada dos fruteros llenos de fruta: mangos, piñas, chicozapotes y mameyes magníficos. Una sirvienta, desconocida para ella, salió a recibirlas y ayudó a que la acostaran. Lola tomó un peine para hacerle unas trenzas y le dijo:

—Es la manera como te verán mejor. Desde hoy vida nueva y costumbres nuevas. Quiero que mañana, que viene a verte un médico amigo de mi padre, no te vea tan fea. Procura dormir esta noche, ya que debes estar tranquila porque tienes quien te cuida. Di: Brinca la tranca un borrego, brincan

la tranca dos borregos, brincan las tranca tres borregos y así sucesivamente, hasta cien. Y si no te has dormido, vuelve a empezar.

—¿Qué no sabes que hace más de un mes que no duermo? No sé si algún día volveré a dormir —murmuró Marcela llena de amargura.

Al ver que oscurecía, Lola se despidió de ella, y antes de salir le hizo un sinnúmero de encargos y advertencias a la criada encargada para que la cuidarla.

Esa noche fue para Marcela como una de tantas otras noches: solo pensamientos tétricos se le aglomeraban. El canto de un pájaro vecino era su tortura; pareciale que chillaba en vez de cantar. ¿Por qué no se morirá?, pensaba. El pito del sereno la horrorizaba, le recordaba la leyenda de la Llorona, que su madre le contó cuando era pequeña. Cada vez que el sereno pitaba le venía a la memoria el lamento de esa mujer, de quien le dijeron vagaba por el mundo condenada por haber matado a sus hijos, gritando a la media noche: ¡Son las doce y mis hijos no aparecen!

En las noches era cuando más dificultad tenía para respirar. Aunque a ninguna hora dormía, prefería las mañanas, sus pensamientos eran más optimistas. A esas horas, tenía la esperanza de que alguien llegara a descubrirle los misterios de su enfermedad. De vez en cuando dirigía la mirada a donde estaba el retrato de sus padres, pero desde el día en que su padre se fue, no tenía deseos de verlo. Quería que se lo quitaran de enfrente, pero no se atrevió a decirlo, temerosa de volver a oír: ¡Estás loca! Debo tener paciencia, ya lo quemaré cuando me levante, pensaba, y cambiaba su mirada y sus pensamientos. Qué feliz seré cuando pueda leer, cuando vuelva a comer y a dormir. Mi ambición no llega a volver a amar... ¡Qué imposible se me hace que me vuelvan a querer! Y de nuevo pensaba en su padre. ¿Conque si hubo una razón por la que se fue? ¿Conque si mi madre estaba enferma o grave y no me lo quisieron decir por no alarmarme? Dios mío, no permitas que vuelva a sentir el odio que a ratos le siento.

Había olvidado que esa mañana iría otro médico... No le interesaba. Perdida la fe por completo, uno más o menos, era lo mismo. Lola no llegaba aún y la criada había salido. Andrés estaba en su trabajo. Eran las diez de la mañana.

Después de tocar varias veces y no oír respuesta, un hombre entró. Era un hombre bajito y no muy joven, un poco gordo, y aunque quemado por el sol podría decirse que era blanco. Llegó con un pequeño veliz en la mano y entró un poco desconfiado.

—No estaba seguro de que fuera aquí donde estaba el enfermo—dijo al entrar y ver a Marcela—. Llamé en el departamento de abajo y nadie contestó. Lo mismo me estaba pasando aquí, pero decidí entrar gracias a que vi la puerta abierta.

Marcela se le quedó mirando fijamente y haciendo un gran esfuerzo para hablar dijo:

—No me imaginaba cómo era usted. Suponía que era alto, delgado, con bigotes y muy acicalado. Hasta me había figurado que usaba polainas y bastón. Con alguien debo haberlo confundido.

El médico sonrió.

—¿Sabe usted quién soy yo?—preguntó un poco extrañado.

—Ya lo creo que sé. ¿No es usted el doctor Belo?

—Exactamente.

—Pues como le dije, si hubiera sabido cómo era usted, desde un principio me habría empeñado en que usted me viera. Pero como con todos y cada uno de los que me han visto me sentí tan humillada y decepcionada, a la fecha ya no me interesaba ninguno. Mas cuando mi empeño fue mayor, estimulado por el prestigio que de boca en boca corría, de que el solicitado era una eminencia... Le aseguro, que ya no tengo fe en nadie... Que me den una puñalada en el corazón si miento al decirle que algunos fueron canallas.

—Vamos, cálmese—le aconsejó el doctor al ver que se excitaba demasiado—. Para eso estoy aquí. A ver, cuénteme qué tiene, cómo empezó y desde cuándo está enferma.

Marcela le pidió un poco de agua para beber y tener fuerza de seguir hablando. En seguida ella le hizo una revelación detallada de su enfermedad.

Horas después, el médico se paró y dijo:

—Tengo un caso urgente que ver; por eso me voy sin decirle nada. Mañana, a la hora que llegué hoy, estaré aquí para hacerle un examen patológico, el mismo que generalmente hacen todos los médicos. Le pondré el término

metro, le tomaré la presión arterial, le exploraré el estómago y el hígado, le auscultaré el corazón y los pulmones, revisaré todos sus análisis, en fin, lo que siempre se hace. Después le daré mi opinión. Aunque estoy seguro que ya no es necesario, creo saber exactamente lo que tiene, solo que me reservo hasta mañana para entrar en explicaciones, una vez que le haya hecho ese otro examen.

La mañana siguiente fue distinta. Empezaba a tener esperanza, si no de vivir, cuando menos de que hubiera gente que asegurara que en realidad estaba enferma y no loca.

La hora en que llegó el doctor fue exactamente la anunciada. Lola estaba sentada al lado de la cama, esperando el diagnóstico y el método con que debería tratarla; y Marcela, impaciente por volver a ver la cara de ese hombre que le había parecido un genio.

—Desde este momento no se preocupe usted por lo que pueda sucederle —dijo el doctor, comprendiendo sus preocupaciones—. Yo mismo iré a participarle al médico que la atiende que voy a tomarla a mi cargo, y tenga la seguridad de que usted va a ser la enferma en quien más cuidado ponga. No me lo agradezca, en ello no veo más que a la medicina —terminó el examen patológico y luego de ver los análisis añadió—: es exactamente lo que me imaginaba. Usted no está enferma ni del corazón, ni del hígado, ni de los riñones, ni de los pulmones, ni de nada de lo que le dijeron. Y dada la importancia de su enfermedad podría estar en peligro su vida... Afortunadamente he llegado a tiempo. Todos sus órganos funcionan mal, pero algunos por causas ajenas a ellos. Usted solo tiene un mal funcionamiento de los órganos de secreción interna, y las sustancias que producen se llaman hormonas o incretas, aunque es más amplio el concepto de hormonas. Me pasaría días enteros hablándole de ello y no con verdadera exactitud. Habría antes que hacerle una serie de pruebas para las que carecemos de aparatos apropiados. Ahora solo le diré que lo que usted ha sentido tiene su razón de ser. Fue un error imperdonable en el que cayeron todos los médicos que la vieron, y lejos de ponerla en vías de alivio la perjudicaron más, intoxicándola con la gran cantidad de drogas que le dieron. Voy a explicarle ligeramente lo que yo creo ha sido su enfermedad: una hormona tímica o sea una determinada

secreción del timo, muchas veces es lo que produce la sobreexcitación del vago. La excitación del vago y del simpático producen a la vez una nueva clase de hormonas que no están dentro de la definición de secreción interna. Ahí estuvo el error del médico que le dijo que usted tenía trastornos del vago, sin fijarse que su origen era una cuestión tímica. También cuando el timo está aumentado, comprime los bronquios y la tráquea sobre la columna vertebral, de aquí la dificultad que sentía para respirar y la sensación de ahogarse. Y aun cuando ninguno de los órganos de secreción interna tenga muerto algún tejido celular, sus componentes estimulantes muchas veces no hacen las funciones que deberían hacer. Por eso sentía usted como si estuviera cerca de la muerte. No olvide que toda función vital depende de la regularización del sistema incretor. El increta tiroide, por ejemplo, influye en los tejidos de los órganos como hormona desasimiladora. Si se tiene deficiencia de ella, como creo usted la tiene, se es propicio a la intoxicación; por eso esas indigestiones constantes que usted ha tenido. También con la deficiencia tiroidea, el coloide del mismo no es secretado o absorbido en la cantidad necesaria para la regularización renal; de ahí que hayan pensado en un mal de los riñones. Así mismo, cuando su función es insuficiente, el calcio se acumula en la sangre, por eso fue un absurdo que le hayan inyectado calcio teniendo tan solo que tratar de fijárselo. El suero sanguíneo disminuye con la deficiencia tiroidea, por eso el análisis de la sangre dio glóbulos rojos en exceso. Hay falta de oxígeno en el organismo y se está más sensible a los venenos. Hay también una lenta actividad intestinal, razón por la que tuvo el sabor de una manzana durante una semana. Vienen trastornos nerviosos y psíquicos y la prueba más grande de que usted nunca estará loca, nunca podrá estarlo. La temperatura en estos casos, siempre disminuye. Le puedo asegurar que 36.8° es estado febril. Hay descomposición de la albúmina y se hace más necesario el oxígeno. Aumenta con frecuencia el pulso, se suda y vienen vómitos, y cuando hay intoxicación se producen las alteraciones graves de la hipófisis y las suprarrenales, la pérdida de la producción hormonal, y con esto, el aumento de las partes externas. Por eso siente las manos y piernas pesadas y la lengua grande; es indudable que está hinchada. También aumenta el tejido de los órganos internos, viene la limitación funcional de los órganos genitales, que en estado de embarazo es tan

indispensable sea completa. Hay cambios en el metabolismo y en la actividad cerebral. En resumen, se está enfermo de todo, pero solo porque todo funciona mal. Y como ni los extractos ni las sustancias glandulares secas y pulverizadas han dado resultados absolutos, vamos a prescindir de ellos y a estudiar poco a poco lo que debemos darle. Trataremos de equilibrar su funcionamiento solo con fortalecerla en general. Primero trataré de experimentar una alimentación a base de legumbres y jugos de frutas. Después le daremos féculas, y según el resultado cambiaremos o no. Iremos mezclando diferentes cosas, hasta que llegue otra vez a comer de todo. Solo una cosa le pido: paciencia y más paciencia. Estamos a 20 de mayo; le aseguro que a fin de año saldrá usted a la calle. Tal vez asista a algunas posadas. Vendré a verla todos los días a esta misma hora y si usted se alivia, me pagan. Permítame que le diga que antes que todo, es para mí un caso de estudio. Me servirá mucho y no creo fácil encontrar otro igual.

El médico salió, dejando el método con que deberían tratarla. Andrés compró varios libros sobre secreción interna y por las noches se los leía a ella y a Lola.

Su convalecencia fue aburrida y larga, con muchos altibajos. Soñaba constantemente en cosas de comer: canastas con huevos, platones con pulpos, pescados que acabados de sacar del mar, los echaba en una cacerola a freír y saltaban, se iban sin que los pudiera alcanzar. Un día soñó que andaba buscando almejas, buceaba con mucha agilidad y ahí mismo, en el fondo del mar, abría las conchas y se las comía. Otro día soñó que se comía los dedos de un niño recién nacido. Algunos días se sentía mejor y otros peor. En realidad, mejoraba. A pesar de eso, estaba triste.

La vida para Andrés también iba cambiando. Ya se le veía contento por no sentir el peso de la enferma. Solía ir a conciertos y exposiciones y se compraba trajes y sombreros nuevos. Una vez llegó con un sombrero de paja azul claro, que era la última novedad. A Marcela le parecieron raros el color y la forma, pero se imaginó que en el tiempo que tenía sin salir, debían haber cambiado las costumbres.

Otro día llegó con una cafetera en la mano, último modelo.

—Mira —le dijo— qué linda cafetera compré. La parte de arriba o sea la que filtra el café, es de plata de India y la parte donde cae el filtro es de porcelana de Baviera.

A Marcela lo de porcelana de Baviera le agradó, pero lo de la plata de India le disgustó.

—¿Qué la plata de la India y la de aquí no son iguales? Con haberme dicho simplemente de plata, sin agregarle lo de India, me parecería mejor.

—No —contestó Andrés, con tono de suficiencia—, la de aquí es menos pura, tiene menos puntos, a veces tan solo alcanza 48; en cambio, la de allá, alcanza hasta 92 —y terminando de decir esto salió a guardar la cafetera.

Aún no había llegado a la cocina cuando se oyó un ruido. Se le había caído y roto. Andrés regresó contrariado, con la parte superior en la mano.

—Qué bueno que eso era irrompible —exclamó Marcela con alegría—. Dámelo para que cuando me alivie mande hacer una hebilla para un cinturón que hace mucho tiempo he deseado.

Seis meses más tarde la sacaron a dar su primer paseo. Le pusieron un vestido negro con florecitas negras, medias color carne y zapatos también negros. Llevaba en el brazo un abrigo ligero de lana gris claro, corte sport y no traía sombrero.

Al ver por primera vez la calle después de tanto tiempo le pareció como que se le alejaba, como si las cosas, a medida que más se les acercaba, más lejos estuvieran de ella.

No tenía seguridad de ver lo que veía y todo se le convertía en duda. Quiso que la regresaran en seguida, pero Andrés, que era con quien iba, no aceptó.

—Es mejor que nos quedemos más tiempo en la calle, para que te vayas acostumbrando a la vida de nuevo y pierdas poco a poco el miedo y la idea de tu enfermedad.

Marcela se contrarió. Sentía vergüenza de que la vieran las gentes en la calle. Temblaba y abría los ojos desmesuradamente como para poder ver. Se imaginaba que su aspecto era lamentable, no concebía mayor miseria que la falta de salud.

—Es mejor la inmovilidad absoluta de la muerte, que una vida raquítica y ridícula, le decía.

Después de mucho insistir, Andrés decidió que regresaran. Era la hora en que los niños salían de la escuela: la chamaca hija del matrimonio vecino lle-

gaba en ese momento. Era una niña de unos cinco o seis años a quien Marcela no había visto desde antes de enfermarse.

—¡Qué grande estas y qué guapa! —le dijo Marcela al verla.

—Y tú, qué flaca y qué amarilla estás. ¿Por qué estás así de cambiada? —y viéndole el traje agregó—: ¿qué tú no estás de luto como tus hermanas? ¿Qué el papá de ellas no era el tuyo?

Marcela no contestó. Un vago mareo le nubló los ojos y empezó a sudar. Un frío intenso le corría por el cuerpo. Tomó del brazo a Andrés para apoyarse. Él le hizo una seña a la niña para que callara, pero ella no comprendió. Poniéndose una mano en la frente como para sostenerse la cabeza, Marcela cayó. La subieron cargada por las escaleras y en varios días no salieron con ella a la calle.

Cuando estuvo más tranquila, Andrés le contó cómo había muerto su padre.

—Al día siguiente, después de que tu padre vino a verte y te bañó y se quedó secándote el pelo —empezó a decir—, él se levantó temprano para ir a arreglar los asuntos que tenía pendientes. A mediodía fue a comer a casa de su hermano, al que hacía muchos años no veía. Ese hermano de tu padre vive en la calzada que pasa frente al Bosque de Chapultepec, a dos calles de él solamente, pero del lado contrario a nuestra casa. Tu padre encontró cómodo y agradable venirse caminando después de comer, de una casa a la otra, atravesando el bosque. Salió, se despidió de sus parientes y se disculpó por hacerlo con tanta prisa.

”La tarde estaba cálida y luminosa. Cerca del mediodía había llovido un poco, pero a esa hora el sol brillaba con todo su esplendor. Era una tarde de esas que hasta a los sátiros que vagan por el bosque los invitaba a que dejaran sus habituales pensamientos para entregarse a la contemplación. Tu padre caminaba lentamente bajo la sombra de los ahuehuetes y entretenía su mirada en las fantásticas figuras de vapor que el sol engendraba en la humedad del suelo, y que se elevaban hasta fundirse entre las copas de los árboles. Las ramas de los ahuehuetes parecían brazos extendidos deseosos de estrechar a alguien, que se abandonaban cuando el vapor chocaba contra ellos... Después de una lenta confusión que parecía la posesión, el ahuehuate quedaba más bello que antes; sus hojas ennegrecidas y brillantes por la humedad y

su tronco enrojecido por la misma humedad, le daban un aspecto más majestuoso, más vivo... En medio de ese mundo misterioso y bello, caminaba tu padre ensimismado. Como si hubiera nacido para vagar por él; sin apresurarse; como si te le hubieras olvidado o como si nunca hubieras existido. En eso, un dolor agudo lo hizo volver a la realidad. Pensó que algo de lo que acababa de comer le había hecho daño y apresuró su paso para llegar pronto. El dolor fue tan fuerte, que ya no pudo seguir caminando. Para ver si se le quitaba y poder continuar, se sentó a la orilla de un prado, con los ojos cerrados, como si con su deseo absoluto pudiera abandonarlo el dolor.

”Un joven a quien le llamó la atención el color de su cara y la desesperación con que se apretaba, se detuvo y le preguntó:

”—¿Le pasa algo, señor?

”—Sí, joven; tengo un dolor muy fuerte; primero me dolía aquí —dijo esto señalándose el vientre— y ahora me duele atrás.

”Inclinándose hacia tu padre el joven oyó que con la voz casi apagada murmuró:

”—Y pensar que me espera.

”Tu padre dobló su cuerpo y poco a poco cayó sobre el pasto.

”El joven le levantó la cabeza y la puso sobre sus rodillas, le abrió los ojos y al tomarle el pulso, exclamó:

”—¡Todo es inútil! ¡Está muerto!

”Pudo identificarlo por los papeles que tu padre llevaba. Decidimos no decírtelo por el estado en que estabas. Después le encontramos una libretita en la que anotaba lo que le causaba mayor impresión. Por esto dedujimos lo que te conté. Fue tal vez lo que vio antes de morir.

Abril 9

Vi claramente que los ahuehuetes salían triunfantes de las fantásticas figuras de vapor.

”Y en la nota anterior a esta, de la que no recuerdo su fecha, decía:

Vi volar sobre mi cabeza un pájaro maravilloso. Parecía un quetzal.

”No pierdo la esperanza —siguió diciendo Andrés— de algún día volver a tener esa libreta en mis manos. Me gustaría hojearla, siento una enorme curiosidad de leerla; debe estar muy interesante.

Pasaba el tiempo y Marcela aún no sanaba por completo. El médico sugirió que le tomaran el metabolismo basal para ver su asimilación de oxígeno. El resultado fue bueno: menos diez, el mínimo normal. Pero cuando el médico se enteró de que habían hecho la prueba en la clínica del especialista dijo:

—Es una manera de tirar el dinero, como cualquier otra. Con que la persona a quien se le va a tomar el metabolismo basal se enderece en la cama nulifica el resultado. Viene la excitación del organismo y, más todavía, cuando tuvo que vestirse, salir a la calle y caminar. El metabolismo basal debe tomarse después de una noche de reposo absoluto y sin que el paciente haga el menor esfuerzo antes de que se le apliquen los aparatos. Los aparatos deben ser llevados junto a la cama del enfermo, solo así podría tomarse en cuenta el resultado. Como le dije, en México aún no estamos bien preparados para esto. Insisto en que tratemos de fortalecerla con alimentación.

Un día, sintiéndose ya un poco fuerte, le manifestó a Andrés el deseo de que le trajeran a su hijo. Él le contestó que estaba bien. Hizo varios viajes al pueblo donde vivían sus padres para traerlo, y siempre llegó sin él. Primero le dio unos motivos y después otros, pero para Marcela fueron siempre pretextos.

El niño tenía año y medio, y no lo había vuelto a ver ni en fotografía. Le decían las personas que lo veían que estaba muy grande, que ya hablaba y que ya andaba. Cuando Andrés llegó del último viaje, le dijo:

—Es muy bonito, muy blanco, se parece a mi hermana; es muy inteligente, corre por toda la casa y está muy fuerte. En nada se parece a ti ni a tu familia.

—Yo creo que aunque sea un poquito se ha de parecer a mí —objetó ella entristecida.

Andrés no contestó.

Pasaban los días y más días, meses y más meses y Marcela no podía conseguir que se lo trajeran. Hasta que un día, cuando llegó Andrés de su trabajo, le dijo:

—Yo quiero que traigan pronto a mi hijo, cueste lo que cueste; no puedo esperar más. No es porque le tenga amor por lo que siento esa necesidad, sino porque no se lo tengo. Si estuviera segura de quererlo, no sería capaz de querer que estuviera junto a mí solo por mi placer. Pero cuando pienso que tengo un hijo al que no quiero y por el que no tengo el sentimiento animal de madre, me desespero. Me has dicho que le pertenece a tu madre porque ella le dio la vida y eso me trastorna. He llegado a sentir que es realmente hijo de ella, aunque no puedo admitirlo, porque no estaba inconsciente cuando nació. A pesar de que mi enfermedad me ha hecho tener una vaga idea de las cosas, no creas que me las ha hecho ver diferentes. Débilmente las he visto, pero no me ha cambiado la realidad de ellas; no he visto una cosa por otra, aunque mi escasísima vida me haya quitado la seguridad absoluta de lo que veía y que parecía como si todo estuviera bajo un velo. Como te digo, ten la seguridad de que mis ideas son las mismas de antes de enfermarme, y si antes de enfermarme era incapaz de regalar a un hijo queriéndolo, ahora tampoco soy capaz de regalarlo sin quererlo. No pienses que vas a convencerme de que se lo deje a tu madre. Creo que una debe de vivir con los hijos y cuidarlos, no por lo que se les quiera, sino por la obligación o deber, para un niño es como coraza contra la fatalidad. Coraza que es imposible pueda proporcionarles otra gente que no sea su madre. Además, en gentes maduras como yo, el estado físico no influye en la parte moral. No crean tú y tu madre que porque ahora yo no valga nada van a hacerme cambiar de ideas. Si quieres llámale a eso terquedad... como quieras, pero así es—Marcela cambió el tono de su voz, empezó a hablar con una dulzura increíble, se le acercó muy despacio y agregó—: solo tú puedes hacerme sentir que ese niño es mi hijo; de ti depende que yo me sienta su madre. Hazlo por él, tal vez le haga falta ahora que es tan pequeño. Tú me lo puedes hacer sentir, diciéndome que es hijo tuyo y mío, y con ello también sentiré que es hijo tuyo, de lo contrario pensaré que solo es hijo mío, sin poder sentirlo y sin poder pensar que es hijo tuyo. No soy muy cristiana que digamos y no te perdono que quieras quitarle al chico los derechos de su madre.

Andrés fingía no escucharla. Mientras ella hablaba se hizo y deshizo varias veces el nudo de la corbata. Cuando terminó de vestirse fue al comedor diciendo que se le había hecho tarde para irse a su trabajo. Durante el desayuno no habló, pero al salir se detuvo en la puerta, gritó:

—Ese chico es de mi madre, porque es la que ha tenido el trabajo de criarlo. De ninguna manera te pertenece, digas lo que digas.

Marcela entró en su cuarto y con las manos temblorosas empezó a vestirse. Dudaba de si el tren salía a las 8:55 o a las 9:25. Ya en la estación se alegró por haber llegado a tiempo.

Se quitó el abrigo, lo puso sobre el respaldo de su asiento y se entregó a meditar. Quiero probar hasta qué grado es verdad el fenómeno que la naturaleza me presenta —pensaba—. Tengo un hijo, y no siento que sea mi hijo... Es probable que al verlo sienta distinto. Tal vez vaya a sentir que lo quiero, y me convenza de que solo tenía esas ideas por no haber estado junto de él.

El tren llegó temprano por la tarde. Marcela tomó un coche para dirigirse a la casa de los padres de Andrés.

—Por favor váyase lo más aprisa que pueda —le dijo al chofer después de darle la dirección de la casa.

El camino, que otras veces le pareció corto y agradable, ahora lo encontraba lodoso y largo.

Se asomaba inquieta para ver si llegaban. Por fin, cuando empezaba a impacientarse, llegaron a la casa. Le pagó al chofer, se bajó y tocó la puerta. Un momento después abrieron lentamente la puerta, jalada por un grueso cordón que pendía del segundo piso, frente al zaguán, atravesaba el patio y subía hasta donde estaba la cocina, lugar en que generalmente se encontraba la servidumbre. En el centro del patio había una fuente de cantera tallada y en ella unos gansos.

Lo primero que vio cuando se abrió la puerta, fue a una criada joven con un niño en los brazos. En la mano derecha tenía una vara de membrillo y con la izquierda llevaba al chico. Corrían tras de los gansos que había hecho salir de la fuente con la vara, y el niño lloraba cada vez que la criada se detenía un momento para atender otra cosa que no fuera la persecución de los animales. Marcela comprendió que ese era su hijo.

Estaba vestido con una bata, que de nueva debió haber sido blanca, pero ese día tenía ya un color amarillento, estaba rota, sucia y con la forma de las que usan los recién nacidos. El niño volvió la cara y Marcela sufrió una gran decepción: era tan amarillo como la bata, y con la cara igualmente sucia. Tenía la boca abierta y la lengua de fuera, daba la impresión de que la apretaba con los dientes hacia la mitad para que no se le fuera a desprender.

A simple vista se le advertía una excitación nerviosa, y no aceptaba que la criada se separara ni un momento, ni que dejara de perseguir a los gansos. Chillaba si dejaba de hacerlo.

Después de observarlo un poco, le dijo a la sirvienta:

—Hoy mismo me lo llevo aunque se caiga el mundo. Debo salir de esta casa con él hoy mismo; qué duda cabe. Si estuviera sano y fuerte, esta venida mía solo hubiera sido una visita, no pensaría con tanta violencia, pero estando el chico en estas condiciones, tarde se me hace que pase el tren de la noche para llevármelo.

El chico gritó y se abrazó al cuello de la sirvienta cuando Marcela trató de acariciarlo. Los abuelos al oír el escándalo salieron a ver lo que pasaba.

Se saludaron amablemente y en seguida Marcela les manifestó su intención.

—¡No puede ser esto! —dijo el abuelo alarmado—. Usted, no conforme con haberme robado a mi hijo y de ser la causa de que haya perdido el porvenir brillante que se le esperaba, ahora viene a matar a mi esposa con llevarse a este niño que ella ha criado, y que si no fuera por ella, no viviría. Hágalo por su bien, ese niño es muy morbosos y solo a nuestro lado podrá corregirse. No se lo lleve, déjenoslo siquiera otro año más.

Marcela no preguntó, pero tampoco comprendió a qué se refería con lo de morbosos.

La abuela, que solo había estado escuchando, al ver a Marcela renuente gritó:

—¡Quisiera matarlo y beberme su sangre, antes de que se lo lleven! —luego cayó al suelo echando espuma por la boca y retorciéndose.

Marcela tomó al chico que gritaba con todos sus pulmones y corrió tratando de salir. El abuelo iba tras ella y le gritaba:

—¡Canalla! ¡Perdida!...

No alcanzó a oír más; en ese momento salió a la calle. Tomó un coche y le ordenó al chofer que la llevara a toda prisa a la estación. Faltaba media hora para que el tren saliera, tiempo que le pareció eterno. Estaba temerosa de que algo grave le sucediera, o cuando menos otra escena escandalosa. El tren empezó a andar y ella dejó escapar un suspiro de satisfacción.

A la mañana siguiente, muy temprano, entró con el niño en los brazos y esperó, a pesar de todo, darle una sorpresa agradable a Andrés, pero no fue así: la recibió con indiferencia y después de escucharla, cogió su sombrero y se salió. Ella alcanzó a oír que decía:

—En este momento voy a presentar la demanda de divorcio.

Pocos días después fue citada en el juzgado para la primera diligencia. Ya no le interesaba si se divorciaba o no, sin embargo Andrés la intrigaba con su actitud.

No es posible que sea tan idiota, que crea que ese chico le pertenecía a su madre, pensaba ella, además, ya no es esa la cuestión. Después del trato que me dio su padre, más obligado está a ser amable conmigo. Pero toma estos pretextos por no tener ninguna razón verdadera para estar en mi contra. Marcela volvía a pensar en el poeta y su hermana menor, y en Lorenzo.

Mientras el divorcio se fallaba, el chico seguía con ella. Estaba pálido y con expresión de idiota. Marcela llamó a un especialista en niños para que lo viera.

—Tengo un hijo que es un degenerado —le dijo al médico.

Él se rio.

—Qué cosas se le ocurren a usted. Este niño solamente tiene necesidad de vitaminas, ya verá cómo con un método se compone rápidamente.

En dos meses Marcela había visto a Andrés solamente en otra cita judicial. Esa vez, antes de llegar al juzgado pasó por una platería a solicitar le hicieran una hebilla con la parte superior de la cafetera.

El platero, después de examinarla, se rio.

—Ah que usted tan ingenua, viene a que le haga una hebilla de plata, con latón plateado... Qué plata de India ni qué calabazas, déjese de cuentos.

Yo le hago una hebilla que pese cien gramos, de plata a 99 puntos, que es la que logramos en México, la más pura del mundo, y solo le cobro el valor de los gramos, o sea, ocho pesos, más cincuenta centavos por la hechura. Usted sabe cómo se cobra de miserable la mano de obra en este país.

—Realmente —contestó Marcela convencida— es ciertísimo. Entonces pasaré mañana por ella. Y por favor deme mi pedazo de cafetera para guardarla de recuerdo.

Andrés ya estaba en el juzgado. Llevaba como testigo de cargo a Lorenzo. Ella al verlos se estremeció.

Cómo se burlan de mí —pensaba—. No creo que haya humillación más grande para una mujer, que esta. Si fuera una mujer por quien estuviera celosa no sentiría tan horrible, pero por un hombre, siento además de los celos amorosos el desprecio a mi sexo que tanto me humilla.

Lorenzo se percató de su estado de ánimo, se le acercó y le dijo:

—Tengo miedo. Preferiría no volver a verte. Pero debo advertirte que no tienes razón para pensar mal de mí. Vine, obligado por Andrés; nada diré en tu contra. Quiero que te convenzas de que no puedo estar en contra tuya.

Andrés también habló a solas con ella.

—Algún día sabrás la verdad y me perdonarás. Tú mejor que nadie sabe comprender las miserias humanas.

Marcela no comprendió lo que acababa de oír. Su sistema nervioso, más y más desequilibrado, le hacía todo incomprensible. La extraña mirada de su hijo aumentaba su desconcierto y su pena.

Un día que estaba muy preocupada llamó a su hermana Inés para mostrarle a su hijo.

—Fíjate en su mirada. ¿No parece diabólica?

Inés llamó a una amiga con quien había llegado y le participó lo que su hermana acababa de decirle. Las dos se fijaron detenidamente en el chico y en seguida exclamó Inés:

—Sí que es raro, tiene una mirada fija y vidriosa que da miedo.

La amiga se quedó pensativa y en seguida agregó:

—¿Qué no habrá adquirido una mala costumbre? Una vez un hermano mío estaba así de raro, y encontraron que tenía una mala costumbre.

Ni Marcela, ni su hermana, se imaginaban que a esa edad los niños pudieran hacer semejante cosa y por eso ni siquiera lo habían pensado, pero no les costó mucho trabajo ni pasó mucho tiempo para que vieran que eso era lo que tenía. El vicio, si así puede llamarse, era grande.

El médico ordenó medidas crueles como única forma de salvarlo de la idiotez o de algo peor. Le amarraban las manos por las noches como a un loco furioso, y en el día no se le dejaba un momento solo. Para Marcela era una tragedia que le hacía perder el control. Había momentos en que se iba sobre el chico para golpearlo sin poder dominar su horror.

Trataban de calmarla diciéndole que había miles de casos como ese, y que en muchas ocasiones las madres o las sirvientas se lo enseñaban a las criaturas para que pudieran dormirse.

—Yo soy de la opinión —dijo un día el médico— que debían encarcelar a las viejas cuando se les encuentra en esas enseñanzas. Naturalmente que cuando la costumbre es de mucho tiempo, es difícil combatirla, pero con paciencia y precaución le aseguro a usted, que pronto perderá su hijo esa costumbre.

Marcela temía volver a enfermarse por la preocupación. Pensó que lo mejor era salir del país por algún tiempo y sepultar lo que ahora la atormentaba. Pensaba que quizá la madre de Andrés por rencor a ella había hecho eso con el niño, y de esto veía depender mucho su vida futura: ¿Conque si la vieja lo hizo por venganza de que me casé con su hijo?, se preguntaba. ¿Conque si el chico se vuelve idiota por su culpa? Si pudiera comprobarlo sería cuestión de arreglarlo con ella y para siempre. Siento un peligro horrible de tener que acabar mi vida en el presidio, y eso sería lo de menos, no sé en qué condiciones puede quedarme la conciencia. Estar encerrada toda la vida en un mismo cuarto no tiene importancia, pero estar poseída toda la vida por una misma idea de la cual nos arrepentimos, eso sí es grave... ¡Horrible!... ¡Pavoroso!

Una mañana, después de no haber dormido en toda la noche, se sentía más desolada que nunca. Resolvió ir en busca de Gonzalo y contarle sus penas y preocupaciones. Pensó que tal vez él podría sacarla de esa peligrosa situación.

Gonzalo la recibió amablemente y después de escucharla le sugirió que hiciera un viaje, tal como ella pensaba.

—Fuerte y serena, verás todo diferente. Si sigues aquí como estás algo irremediable puede pasar. Yo te ayudaré en la parte económica porque cuando viviste conmigo te ofrecí llevarte a Europa y nunca lo hice. Vete... Vete cuanto antes.

Se despidió contenta y decidida. Eso era tal vez su salvación. Aceptó las condiciones que Andrés puso en el acta del divorcio con tal de que el fallo se dictara en seguida.

El chico ya parecía un cadáver. Sentía horror por la madre y pánico a todas las gentes de la casa encargadas de vigilarlo y cuidarlo. Ella comprendió que si seguía a su lado pronto iba a morir. Resolvió dejarlo el tiempo del viaje con la madre de Andrés. La señora vino a la ciudad por proteger a su hijo cuando supo que estaba divorciándose y que vivía solo.

Marcela llegó preguntando por ella.

—Este chico casi ha perdido el hábito que adquirió cuando estuvo a su lado —le dijo cuando la vio—. Queda usted advertida, de que si cuando regrese de mi viaje, vuelvo a encontrarlo con esa costumbre, con usted es con quien me las arreglo —y se alejó dejando al chamaco en la puerta y el veliz de ropa que le había llevado.

La víspera de irse a Europa, cuando llegó Lola a despedirse de su amiga, la encontró sentada en un canapé tapándose la cara con las manos.

—¿Qué no estás contenta porque te vas? —le preguntó extrañada de su actitud—. Te veo compungida.

—Sí estoy contenta porque me voy, pero en estos momentos, son otras las razones que tengo para sentirme desilusionada. Tengo un gran pesar, me siento en realidad triste. He comprobado la mezquindad de las gentes y su vanidad. Casi no puedo creerlo, pero así es. Toma, entérate —sacó dos cartas de un libro que tenía junto a ella y se las dio a leer.

La primera era un simple papel de oficina en donde el secretario de Educación Pública le pedía que se presentara a la mayor brevedad a su despacho de la secretaría para tratar un asunto urgente.

—Antes de que leas la otra —le dijo Marcela a su amiga— quiero explicarte lo que pasó esta mañana. Fui a ver al señor secretario atendiendo a su cita. Pensé que tal vez se había enterado de mi mala situación y me llamaba para

darme algún empleo o para hacerme alguna proposición que aliviara mi estado. Entré a su despacho y después de saludarlo cortésmente, me brindó asiento. Evitaba encontrar su mirada con la mía y hasta me pareció que tenía alterado el color de sus mejillas, recuerdo haberlo visto pálido. Pensé por un momento, que el señor secretario estaba enamorado de mí. Empezó diciendo: como usted sabe, mis amigos son insospechables y de una honradez indiscutible. Nunca, que yo sepa, se ha dicho que alguno de ellos pertenezca al círculo mágico... Por eso son mis amigos.

”Balanceándose nerviosamente, seguía hablándome sin mirarme. Yo lo escuchaba sin entender lo que quería decirme. No sabía lo que significaba círculo mágico, sospechaba que quería reclamarme algo, pero no entendía claramente lo que era. Me sentí humillada y atolondrada, y sin poder convenir en lo que decía me puse a preguntarle varias cosas relacionadas con la secretaría a su cargo, las cuales, por lo extraordinario de la ingenuidad con que se las hacía, me las contestaba cortésmente. Mi inocencia lo comprometió y turbó.

”Como tú sabes, él tiene fama de hombre inteligente y de mucho carácter. Pues bien, aquí tienes la prueba. No quiso perder más su tiempo ni desviarse de su objeto, a pesar de mi ingenuidad, se levantó y categóricamente me dijo: hágame favor de no ocuparse de mi persona, más que cuando pueda enfrente de mí probar lo que diga... Como usted comprende, si yo fuera un tenorio..., y me señaló una gran *chaise longue* forrada de cuero rojo que allí había. Me encaminé hacia la puerta y antes de salir, agregé: y no olvide usted, que tengo seis hijos.

”Salí desesperada. Al bajar la escalera mil cosas pasaron por mi imaginación. Me daba cuenta de que eso me sucedía por vivir sola, que no me hubiera sucedido si viviera con un hombre, sobre todo si fuera con uno famoso como Gonzalo del Monte. Tuve también la seguridad de que el puesto de secretario lo estimulaba a hacer cosas como esa, pero no podía precisar qué era lo que había querido reclamarme. Pensé en ese momento que era una lástima que no hubiera una palabra para nombrar a alguien que nos parece poco hombre moralmente, como las mil que existen para nombrarlos cuando se les considera poco hombres en el sentido sexual, aunque en estos casos, no soy afecta a las frases. Salía pensando estas imbecilidades literarias o gramaticales, de ética o estética, cuando me acordé que en la planta baja de esa secretaría, trabajaba

Chavo el amigo de Andrés. Llegué para preguntarle lo que quería decir círculo mágico, y al salir de la ignorancia, más perpleja me quedé de saber que se me atribuyera haber dicho eso. Tú bien sabes que digo cosas cuando tengo la seguridad de que son ciertas y que puedo sostenerlas frente a las personas de quienes las digo, le dije a Chavo, jamás invento, me parece de muy mal gusto hablar por hablar, pero ahora no me queda más remedio que hacer algo para defenderme de la humillación. Quiero que sepa, que una mujer tiene valor por sí sola, que una mujer no necesita de un hombre para que la defienda. Que se entere, que hay mujeres que no se intimidan ante la posición elevada de los hombres que tratan de humillarlas. ¿No te parece?

—Sí, claro, debes defenderte. Pero es raro todo esto. Debe tener alguna procedencia que has olvidado, algo que has dicho y que no recuerdas.

—No —contestó Marcela pensativa—. ¿Cómo iba a dejar de recordar mi concepto sobre alguna persona? Puedo olvidar las palabras con que me expreso de ella, pero no la impresión que tengo de ella. Si alguna vez hubiera pensado eso de él lo recordaría... Lo único que puede ser —dijo Marcela tocándose con el índice la frente— es una conversación que tuve hace poco con dos amigas mías esposas de unos políticos. Comenté una obra de teatro que se puso la semana pasada en Bellas Artes. Tú sabes que ese teatro depende de la Secretaría de Educación. Era *El padre*, de Strindberg, cuyo argumento está hecho para demostrar la inferioridad de las mujeres; acuérdate que la necesidad de esa mujer llega a tal grado, que acaba por volver loco al marido quien después muere... Aludí en masa, a la gente de esa secretaría porque escogen obras en las que sus argumentos casi demuestran la superioridad intelectual de los hombres. Jamás pensé en otro sentido. Pero es indudable que esas dos señoras, al comentar mi opinión con el señor secretario, le dijeron que me quejaba de que ellos nos despreciaran en el terreno físico... No cabe duda de que eso fue lo que sucedió —y dando un golpe sobre el brazo del sillón, exclamó—: ¡y gracias a que es una persona importante y seria!, como me dijo, que si no, bastante me hubiera tostado si se le ocurre demostrarme su hombría en la chaise longue aquella —luego, poniéndose taciturna, agregó—: me siento tan humillada, que envidio a las vendedoras de La Merced, esas que contestan las caricias de los atrevidos con una puñalada.

—Qué risa me da oírte hablar así—dijo Lola soltando una carcajada— cuando te conozco lo diferente que eres. Aquí otro podía haber sido el caso y el señor secretario con toda su inteligencia, no se dio cuenta de lo que podía haber sucedido. ¡Algo maravilloso para los dos! Una mujer débil, cansada, entristecida, de esas que muchas veces se acercan a la chaise longue para sentir que alguien las abraza, que alguien las apriete contra su pecho; que piensan que allí, en medio de esos brazos, tienen derecho a llorar, derecho a quejarse porque van a inspirar lástima. Esas mujeres, que sienten la voluptuosidad cuando se les pasa la mano por el cuerpo y que están lejos de darse cuenta de que se les acaricia solo por un capricho, que ignoran que un hombre pueda hacerlo solo por manifestar su hombría; y si alguien se los revelara, dirían que era por envidia. Con una mujer de esas, ¿te imaginas lo que podía haber sucedido si el señor secretario fuera un tenorio?

—A poco lo dices por mí y crees que me hubiera prestado a eso—dijo Marcela escandalizada.

—No lo digo por ti—contestó Lola fingiéndose sincera—, lo digo por alguien que tal vez se te parece, por eso creíste reconocerte... más bien lo dije nada más por decirlo. Pero ahora pienso, que debía haber sucedido para que tú y yo en este momento supiéramos exactamente a qué atenernos. Me acuerdo cuando estabas dizque agonizando, que iban los médicos a tomarte los reflejos de las plantas de los pies y que después que se iban decías: solo por las cosquillas que me hizo desquitó los veinticinco pesos de la consulta. También me acuerdo cuando el doctor recargaba su cabeza en tu espalda para oírte los pulmones y que dormías los ojos como borrego insistiendo, después, en que te oyera otro poquito. ¿Y ahora? ¡Imagínate! Con la tristeza porque te vas, por tu convalecencia, por las preocupaciones por tu hijo, por la soledad en que vives y por no sé cuántas otras cosas más, ¿no crees que según tú eran de aceptarse unas cuantas caricias del señor secretario y un momento de descanso sobre su pecho? Y él pensaría que te pisoteaba, demostrándote su hombría. Tú, estoy segura, te quedarías más soñadora que la Bella Durmiente del bosque... ¡Vaya ingenuidad!

—Hasta me has hecho reír con tus fantasías—objetó Marcela riéndose—. No me sigas diciendo. Toma, entérate, lee esta segunda carta. Es copia de la que acabo de mandarle.

Lola tomó la carta y leyó:

Señor Secretario de Educación Pública.

Presente.

No tengo ningún apoyo moral ni material en la vida, pero creo no necesitarlo. Me extraña que siendo usted tan inteligente como dicen que es no se dé cuenta de los muchos adadores que tiene a su alrededor; no me hubiera fijado en ello si no fuera porque en este caso me han puesto al servicio de su adulación, unos —unas— de ellos.

Anaclea Sánchez y Telésfora Martínez no han tenido respecto a mí, más que motivos de agradecimiento. Les brindé amistad desinteresada y aun teniendo razón para despreciarlas, nunca se los manifesté. Las dos me dieron siempre la idea de estar en subasta, y con sus diez años menos y su cara bonita jamás podrán crear los afectos que yo he creado. Tampoco las creo tontas o ingenuas, al grado de no haberse dado cuenta de que me ponían en mal con usted, afortunadamente en este caso no tengo que lamentar la pérdida de algo que me interese.

Y perdone la inconsecuencia. Tengo una idea fatal de la vida, conozco cientos de hombres con hijos y nunca he podido exclamar de uno de ellos ¡qué hombre es! Y no porque no los hayan tenido conmigo, porque con dos he tenido hijos, y siempre me sentí más hombre que ellos.

Atentamente.

Marcela de la T.

—Está bien —dijo Lola al terminar de leer la carta—. Me parece muy bien que le hayas escrito en ese sentido para que se dé cuenta que no es suficiente con ser inteligente. ¿De qué sirve tener inteligencia, si no se sabe usarla? ¿Y estás segura que es inteligente? ¿No será únicamente cultura lo que tiene? Una cultura bastante inferior a la de cualquier estudiante de la Sorbona. Sabe economía política y botánica: dos cosas, entre cien, de las que pueden saberse... Cultico si acaso, como diría algún cubano. A ti te deslumbró el día que habló del homosexualismo de la flora, por pura cachondería.

—¡¿Mía?, ¿o de él?!

—¿Cómo de él? ¡Tuya! Pregúntale algún día, para que veas su cultura: de cocina, de modas; de pintura, de poesía, de toros, de química, de mecánica, de psicología, de endocrinología. Ya verás lo que te dice... Cosas de viejas, de homosexuales, de tontos y de locos. Para él lo único bueno es el stalinismo, tener poder, dominar a las masas. “Materialismo histórico: machismo.”

Y las que has de creer que supieron aprovechar la poca inteligencia que tienen, son el par de señoras esas... Pero les faltó malicia para saber con quién se metían. No está mal que esas cosas las hagan entre políticos y cuando quieren para ellas o para sus maridos algún buen puesto. Pero meterse en la vida de mujeres como nosotras, cuyas ambiciones no son de la índole de las de ellas, fue tonto. Nosotras, que vivimos contentas con lo indispensable, con tal de no *lambisconear*. Y pensar que muchos otros tienen aún menos, razón por la que nos sentimos sin derecho a querer más. Nosotras hacemos cualquier cosa por defender nuestra vida espiritual, empezando por cuidarla con el respeto a la vida ajena para sentirnos con derecho a lo mismo. ¡Fue tonto no entenderlo! Tú, eres como yo, incapaz de decir cosas de esa índole nomás por decirlas —y levantándose para salir, agregó—: no seas tonta, no te preocupes y piensa en el viaje que vas a hacer, de cualquier manera vas a divertirte.

SEGUNDA PARTE

Los pasajeros debían estar a las ocho. El barco salía a las diez. Su estado de ánimo le había quitado por completo el apetito. Llegó directamente a su cabina, se acostó y se quedó dormida al poco rato.

Horas más tarde despertó asustada, no se acordaba de que iba en un barco, pensó que temblaba. Corrió a asomarse por la ventanilla del ángulo de la cabina, que era la única parte por donde se veía luz. El mar estaba negro e imponente. Salió precipitada y bajó por una escalera que se encontró a poco de andar. Tan solo se oía el rechinar del barco.

Al pie de la escalera, en un *hall*, estaba sentado un anciano con un libro en la mano; tenía el uniforme de la tripulación. Marcela se avergonzó al ver la sorpresa que produjo en el anciano y se regresó corriendo sin entender lo que le decía... En ese momento en el reloj del *hall* sonaron las tres. Volvió a acostarse y se durmió. Despertó a las ocho. Tomó de la silla que estaba junto a su cama una bata verde mirto de moaré, forrada de foulard color bugambilia; llevaba camisión color orquídea de muselina, con encajes valencianos incrustados.

Quiso ocultar la pereza de levantarse ante los sirvientes del barco, tocando el timbre para que le prepararan el baño, y un momento después se presentó un ayudante del sobrecargo. Era un chico de belleza extraordinaria; alto, rubio; hablaba poco español, pero lo entendía. Marcela, deslumbrada por su belleza, no se atrevió a decirle lo que deseaba. Entonces, él le preguntó sonriendo:

—¿El baño?

—Sí —respondió ella intimidada.

Ese día, por la noche, cuando llegó a su cabina para acostarse, la encontró abierta y dentro al ayudante del sobrecargo; fingía acomodar sobre la cama unos juguetes, que estaban fuera de peligro de romperse. La sorpresa fue grata para ella, y le pareció que para él también.

Le dijo en inglés lo que ella comprendió como una invitación a pasear por el barco. Con un movimiento de cabeza, aceptó. Salieron de la cabina cogidos

del brazo; la llevó por lugares que no conocía, solos y oscuros. Después de mucho caminar y bajar varias escaleras, le mostró una puerta que ella entendió era la de su cuarto. El chico, temeroso de que se regresara, le apretó el brazo. A ella le entró miedo, logró soltarse, y regresó corriendo. En la puerta se despidieron.

Dormía profundamente, cuando sintió que alguien la agarraba. Dio un fuerte grito al ver en el reflejo de la ventanilla la cara del ayudante.

—¡Sálgase! —le dijo toda azorada.

—¡No! ¡Por favor no! No me eche —dijo él quedamente, y con el índice sobre los labios, le indicaba que se callara.

Marcela se levantó y lo empujó hacia la puerta. Él salió de la cabina, y ella cerró con llave. Volvió a acostarse, pero ya no se pudo dormir; el barco se movía demasiado. Cansada de no conciliar el sueño, se levantó. Iba de un lado a otro, tratando de distraerse. Vio unos papeles pegados, tras la puerta.

—¿De modo que no es difícil que el barco se hunda y por eso ponen aquí las explicaciones necesarias? —exclamó al leerlos—. ¡Vaya consuelo! ¿De qué van a servirme esas explicaciones, si ni siquiera sé flotar en el agua? Y a la hora de la hora ¡qué va! Qué salvavidas ni que ocho cuartos me ha de tocar a mí. Primero será la gente delicada y débil... y al último yo, con esta apariencia de que todo lo puedo pensarán que nada necesito.

A la mañana siguiente, cuando iba al comedor se encontró al ayudante del sobrecargo, que al verla enrojeció. Ella entró al salón de lectura y ahí, sobre un pedazo de papel, escribió: “Yo creía que a su edad se era más romántico”. Salió y a la pasada se lo dio.

El chico escribió en otro papel que le dejó disimuladamente sobre su plato: “No se ha equivocado, pero es que usted me tuesta”.

Al llegar a La Habana, esperaba que varios amigos fueran a recibirla. Desde el barco se asomaba impaciente por ver si venían. Cansada de esperar y estirar la cabeza, resolvió irse sola a la ciudad. Salía del muelle y al voltear vio al ayudante del sobrecargo que se escondía tras unos postes para evitar que lo viera. Marcela le dijo adiós con la mano y sintió una gran nostalgia.

Afuera estaban sus amigos. Dos pintores y un periodista. Uno de los pintores la invitó a su casa, lo que ella aceptó con gusto. Fueron unos días deli-

ciosos. Por la mañana iban al mercado a comprar lo necesario para la comida que hacían entre todos. Por las tardes paseaban por el malecón o fuera de la ciudad, y en la noche a las fritas. Cangrejos, jaibas, langostas y langostinos comían diario, así como caimitos, cocos tiernos, guanábanas y chirimoyas.

En los cinco primeros días, no le fue posible ver a un poeta cubano que admiraba. Era uno de los atractivos que pensaba encontrar allí. Tenía deseos de conocerlo, desde hacía tres años que había leído sus poemas y que amigos en común le hablaban de él.

Ese día, después de llegar del mercado, alguien propuso ir a sacarlo de su oficina. El poeta no tuvo más remedio que salir con ellos, y desde ese momento no volvieron a separarse hasta tres días después, que Marcela los dejó para seguir su viaje. El dueño de la casa le pareció admirable, siempre tuvo cama y comida que ofrecer a las visitas, y los otros amigos, también le dejaron una grata impresión.

En la cabina leyó los versos que el poeta le dejó en la mano al despedirse:

Sencilla y vertical
 como una caña en el cañaveral.
 Oh retadora del furor
 genital:
 Tu andar fabrica para el espasmo gritador
 espuma equina entre tus muslos de metal.

De La Habana a Nueva York el mar no le dio miedo. Ya no le parecía imponente y negro. Familiarizada con él, lo contemplaba tranquilamente, lo veía majestuoso, pero claro; por las mañanas de un azul transparente y sin misterios y por la tarde plateado. Se le antojaba coger puños de él para adornar su cuello, como si fueran collares.

El recuerdo de lo que dejaba la entristecía y le quitaba el deseo de relacionarse con los pasajeros. Además, las mujeres se emperifollaban demasiado por las noches y encontraba que hacía mal papel entre ellas. Por momentos

charlaba con alguno de los empleados del barco, de los de poca categoría; mientras menor era su grado, más simpáticos le parecían. Ellos también deseaban hablar con ella, y no desperdiciaban la ocasión de manifestarle su simpatía. Hubo algunos que le dijeron que cuando regresara a México les pusiera una tarjeta con algunas líneas para saber que había llegado, pero que hiciera lo posible para que al regresar le tocara el mismo barco y así volverla a ver.

Los que revisaban los equipajes fueron muy amables. Fingieron registrar el suyo para que no se dijera que infringían las leyes. Un cocinero y dos meseros salieron a despedirla en el momento que abandonaba el muelle. Estaba preocupada, pensando cómo iría a darle al chofer del taxi la dirección de una amiga suya. Su amiga estaba allí hacía unos cuantos meses e ignoraba que ella llegaba ese día. De pronto, cuando pensaba en eso, alguien la tomó de un brazo diciéndole:

—*Hello, baby!*...

Creyó que se lo había figurado y se estremeció al pensar que algún guasón se divertía con ella viendo lo atarantada que estaba. Volteó muy seria para reprocharle su atrevimiento y se encontró con una cara conocida: su cuñado, a quien hacía cinco años no veía, y a un lado de él su hermana y sus dos hijos. Enterados de que llegaba ese día, habían venido desde Canadá, solo por verla. Marcela sintió un regocijo que la ahogaba, y con avidez buscó a sus amigos para ver si se daban cuenta de que habían ido a recibirla; también quería presumir a sus parientes sus nuevas amistades. Pero ninguno andaba por ahí.

Nueva York le pareció imponente. El espectáculo más maravilloso para la vista que imaginarse pueda. ¡Qué ríos de vida en las calles! ¡Qué tumultos en el subway! Qué limpieza en los automáticos. Qué confianza en los almacenes. Qué fantásticos precios en la Quinta Avenida. Qué estupendos tipos en los elevadores. Qué ingenuidad en los burlescos. Qué puente, el Washington. Qué misterios lúgubres en Wall Street los domingos y días festivos. Qué barrios tan característicos. Qué recuerdos tan imborrables le dejaron los museos. Los helados y los cakes le parecieron exquisitos, y las cerezas como de la tierra de promisión.

Comía casi siempre en restaurantes chinos, era la comida que más le gustaba. Los chinos le habían interesado siempre y que la comida le gustara fue un pretexto fácil para pedirles a sus amigos que la llevaran al barrio de ellos.

En el barrio judío le llamó mucho la atención cómo jugaban los niños con los chorros de agua que abren en verano por las calles. Vivió sin saber cómo pensaba ahí la gente, y dejó la ciudad, con la nostalgia de un pastel de queso que hacía una mujer italiana recién llegada a Nueva York.

Entre los pasajeros de Nueva York a París no había uno solo que hablara español. El barco era alemán y todos sus empleados alemanes. El viaje lo hizo muda y solitaria; la mayor parte del tiempo acostada. Le parecía agradable estar días enteros en la cama, pensando y contemplando el mar, sin vestirse y sin tener ninguna obligación ni preocupación.

La aduana en París fue diferente. Los empleados en su mayoría eran charros, gordos y con grandes bigotes. Sudaban a chorros y el sudor les escurría por la cara hasta juntárseles con el cuello de la camisa, donde se detenía para formar una lista gris que iba aumentando paulatinamente. Le registraron el equipaje con minuciosidad y uno de ellos, no conforme, le preguntó:

—¿Cigarretes?

—No —contestó ella secamente.

Llevaba en los brazos un ídolo, al que no le dieron la menor importancia. Por el desprecio con que la veían, se imaginó que la habían tomado por una gitana y que extrañaban no verle el oso y el pandero. Quedó encantada por esa ignorancia que le evitó grandes molestias.

Si supieran, pensaba, en qué lío me metería con este ídolo. Porque si yo fuera empleada de la aduana, por mí podían sacar y llevarse a cualquier parte La Tabacalera Mexicana y El Buen Tono, y me tendrían sin cuidado, a pesar de que gusto fumar un cigarrillo de vez en cuando en compañía de mis amigos. Pero si le viera a un viajero un objeto de arte valioso, que hubiera sacado de un país para tratar de introducirlo en otro y para adorno de una casa particular; entonces, sí, pensaría: ya que no puedo arañarte la cara porque has sacado eso, te cobraré al menos tan altos derechos, que te obliguen a abandonar el objeto, que será para el museo, que es donde debe de estar... Pero en este momento, tengo que disculparme con mi amiga Lola por sus teorías, porque

así me conviene: “Las obras de arte, deben estar con las personas a quienes les dé mayor placer verlas y tenerlas porque las comprenda mejor”.

El ídolo era maravilloso. Un ídolo tarasco de barro rojo pintado de negro. Representaba un eunuco con caderas de mujer, torso de hombre y ojos de sirena; tenía en la cabeza un gorro con un gran resplandor grabado en finos canelones horizontales, pintados con diferentes motivos; en la nariz, una arracada de obsidiana de cuatro centímetros de diámetro que debieron meterle antes de ponerla a cocer, y en los oídos, otras más pequeñas. Medía en total cincuenta centímetros de altura. Lo obtuvo con mucha dificultad en un viaje que hizo por el estado de Jalisco y lo llevaba al dueño de una galería que conoció en México. Quería corresponderle sus obsequios y encontró que era el mejor regalo, dado su gusto.

Hay que regalar a las personas lo que realmente pueda satisfacerlas, de lo contrario, es mejor no dar nada, decía cuando hablaba sobre esta cuestión. Ponía de ejemplo a su amiga Lola a quien el día de su santo, por ser tan conocido, sintiéndose obligadas sus alumnas a llevarle algo, lejos de favorecerla con sus regalos la ponían en un compromiso desagradable. Un día que llegó a felicitarla sacó su amiga los regalos que acababa de recibir, le mostró un par de jarrones y le dijo:

—Estos los voy a regalar a una iglesia, no porque quiera ofender a los santos con lo horrible que están, tú bien sabes, ellos no tienen la culpa, pero harán juego con los que allí hay.

Eran unos jarrones de vidrio azul turquesa, pintados con grandes ramos de amapolas rojas con el centro negro y con un gran olán del mismo vidrio en la parte superior dorado con descuido.

—¿Y estos pañuelos rococó? —siguió diciendo—, serán la cuelga de la directora en su próximo cumpleaños. Con ella estarán mejor, harán juego con su blusa también de rococó. ¿Y este paraguas, que no se sabe si el puño representa un perro o un gallo, por estos horrendos pelos? Lo llevaré a que me lo cambien por otro, ya que sé dónde lo compró la chica, gracias a la etiqueta que aún tiene pegada. ¿Y este libro de Pitigrille, que debe haberles costado dos pesos? Tendré que venderlo en el baratillo en veinticinco centavos y voy a creer que estafo al que me lo compre.

Y así por el estilo dijo de todas las chucherías que le mostró a su amiga.

—Además —añadió Lola— va a quedarme la pena de pensar lo que han gastado y estimulado el mal gusto de los comerciantes... Porque si estos jarrones fueran de cristal de Venecia, con flores pequeñas, ya en guías o esparcidas por el jarrón y sobre todo bien dibujadas, no estaría mal; desde luego, quitándoles el olán de la orilla, que es espantoso y va a hacer que las flores que ponga en él queden rígidas y tiesas... solo concibo olanes en tela, y estaría bien si lo dorado fuera al fuego, no ese dorado barreteado y de pésima calidad que pronto va a caerse y a quedar espantoso. Es preferible una olla de Puebla o de Sayula, de esas engretadas de blanco, o con un filito azul, les hubiera costado mucho menos. ¿Y cómo concibes limpiarte la nariz con un pañuelo de flores realzadas, donde los mocos van a cundirse con las flores?... y con ese color sombreado que tiene el listoncito se ven refeas. Detesto lo sombreado, no se sabe dónde empieza un color y dónde termina; fijate como ningún poeta le ha escrito una oda al arco iris. ¿Y el libro? ¡Eso es lo peor! A una le gusta leer libros en donde sus personajes sean superiores a nosotras, que sus sentimientos sean más finos, más poéticos y su fuerza moral más grande, como el príncipe idiota, de Dostoiewsky y el Horacio, de Shakespeare. Pero para que nos muestren la vulgaridad de la vida con sus personajes igualmente vulgares, es preferible leer los periódicos y resulta más barato.

—¿Y qué razón tienes para creer que el gusto tuyo es el bueno? —objetó Marcela en esa ocasión.

—Querida, hay cosas que saltan a la vista. Si quieres que desmenuemos la teoría, será cuestión larga, pero espero convencerte. Desde luego, no creo que tú seas de las personas que creen que en cuestión de gustos todo es relativo. Para mí es un hecho que hay cosas feas y cosas bellas y razones exactas para demostrar por qué son bellas o por qué feas. Claro que esto es más fácil de sentir que de decir, pero no es imposible explicarlo. Como regla general, puedo asegurarte que todo lo que quiere aparecer mejor que lo que es, es feo, y todo lo que se ejecuta en una calidad inapropiada, también es feo. A mí, por ejemplo, me daría vergüenza ponerme un collar de perlas falsas y llevar alhajas que quisieran aparentar lo que no son, pero sí, en cambio, me pongo un collar de cuentas de vidrio que se ve desde lejos que son de vidrio, solo

porque su color me parezca bonito y entonen con mi vestido. Naturalmente no voy con él a mi trabajo, ni de compras, pero cuando recibo a mis amistades o en una fiestecita, me siento muy bien estando así de chimisturriada como dices tú, y creo hacer buen papel. Tampoco me gustan las mujeres que se acicalan demasiado, porque el día que alguien les llega de improviso, las ve sin maquillar y es un hecho que se avergüenzan. ¿Te has fijado como cambian algunas mujeres? Y lo peor es que algunas de ellas se ven mejor sin maquillar. Opino que hay que arreglarse discretamente de modo que una se vea lo más natural posible. Solo la pintura en los labios me gusta como decorado de la cara, un poco de polvo y limpiarse las cejas y las pestañas con grasa. ¿No te parece?

—Sí, tienes razón —contestó Marcela convencida—. Ya había pensado que las mujeres deberíamos preocuparnos un poco más por la estética, por ejemplo, una que tenga buenas caderas y talle raquítrico, debería ceñirse la ropa en las caderas y ponerse olanes, alforzas y grandes solapas, en el talle, así como usar bufandas lo más frecuentemente posible... ¡oh qué caramba! Hasta meterse un par de medias de cada lado. Las de cuerpo feo y cara bonita deberían hacerse monjas para dejar ver solo la cara. Las de piernas bonitas y pies feos, deberían usar medias finísimas y procurar sentarse donde puedan esconder los pies, pero sobre todo, levantarse la falda con descaro para que los que las estén viendo, en lugar de bajar la mirada, la suban... Si se tiene cuerpo precioso y cara fea, hay que usar trajes ceñidísimos y sumirse el sombrero hasta las orejas, y si se está sin sombrero, ponerse unos lentes como los de las sufragistas norteamericanas... Si se tiene cuerpo feo, cara regular y bellos brazos, hay que fingirse enferma, tener bonitos camiones sin manga y recibir a las visitas con el cuerpo bajo las cobijas... ¿Si se tiene todo bonito? Hay que proclamar y practicar el nudismo. ¿Y si todo feo? Irse a Cuauhtemotzín. ¿No te parece?

—No, porque en todo lo que dices hay poca seriedad.

—En cambio tú, casi me convenciste. Espero con gusto otra ocasión para volver a oírte y que acabes de convencerme. Seré tu discípula más ferviente.

En una banca de la estación, recordaba Marcela todo esto. De pronto, vio que llevaba allí media hora...

—6 Rue de Prince, Boulogne Sur Saine —le dijo al chofer del taxi al salir de la estación.

Para llegar a Port Saint Clud, atravesó el París más conocido. Tal vez el chofer quiso hacer más tiempo. Reconoció a la pasada lo que ya había visto en fotografías: La Ópera, el Arco del Triunfo, El Trocadero, El Sena, La Torre Eiffel, El Bosque de Boulogne y llegó al número seis de la Rue de Prince.

—¿Madame Rubin?

La persona que salió a abrir, contestó:

—*Je ne la conais pas* —y cerró la puerta.

Marcela desconcertada, volteaba a todos lados sin explicarse por qué no conocían allí a su amiga. Era una amiga que hacía seis años no veía; los mismos que tenía de no estar en México. Unos chamacos que jugaban en la calle se rieron de verla indecisa y con la maleta en la mano. Marcela se fijó en el número de la casa de enfrente y vio un seis; volvió a ver el de donde acababa de tocar y era un nueve.

—¡Qué bruta soy! —exclamó—. Vi el nueve de abajo para arriba.

Estaba tentada a regresarse por no entender el manejo del elevador, cuando llegó otra persona que iba al piso de su amiga.

—Sabía que llegabas, pero no pude ir a la estación —le dijo su amiga con frialdad—. ¿Sabes? —agregó desdeñosa— la colonia mexicana residente en París está alarmada por tu llegada. Dicen que una mujer que se ha divorciado dos veces no deja de preocupar a las personas que viven en paz. No aceptan las costumbres modernas.

—No tengas cuidado —contestó Marcela disimulando su decepción—, ni a ti ni a ellos los comprometeré —cogió su maleta y salió.

En la calle se acordó de algo que le dijo en una ocasión la cocinera de su casa, al verla triste por los desprecios que le había hecho una amiga. “No se preocupe niña; pronto se le pasará y después hasta va a encontrarlo mejor. Los amigos son como los piojos, cuando se les tiene cerca llega a sentirse la voluptuosidad de tenerlos, pero cuando se les ve lejos, ya que no nos dan sensación por tenerlos, nos horroriza pensar que los hemos tenido. Sus patas nos parecen augurio de maleficios.”

En un tercer piso de la calle de Moneda, vivía él. Y aunque las casas de ese barrio conservan en la fachada su estilo colonial, a muchas han tratado de modernizarlas y han convertido en departamentos cada uno de sus cuartos. Para llegar al suyo había que subir por una escalera angosta y oscura que rechinaba cada que el pie se apoyaba en ella. Su departamento era pequeño y parecía triste por lo escaso del amueblado. La entrada era directa a la sala y allí estaba él, sentado en un gran sillón de bambú meciéndose ligeramente. Fumaba, leía y anotaba algo que parecía interesarle mucho en unos papeles sobre la mesa que tenía a su lado.

—Ya te he dicho que no cargues al niño porque es muy pesado y puede hacerle mal —le dijo a su madre al verla entrar; y volvió en seguida su atención a lo que estaba leyendo y escribiendo.

—Yo también ya te dije que no dejaré de hacerlo por más que me lo digas. ¿No ves que tengo que recuperar el tiempo que dejé de abrazarlo cuando la señora esa se lo llevó de mi lado? Y por favor, detérmelo un momento, voy a prepararle sus alimentos y a traerle su mesita, ya es hora de que coma. ¿Oíste que acaban de dar las doce en el reloj de la estación?

—Sí —contestó Andrés sin escuchar lo que su madre le había dicho.

La madre dejó al niño sobre sus rodillas, salió y al poco rato regresó con una charola y en ella dos platos.

—¿Qué nada más eso vas a darle? Acuérdate que el doctor ordenó para antes de su comida un poco de jugo de jitomate. El arroz y los frijoles no tienen las vitaminas que el organismo necesita.

—Ya estás tú con eso de las vitaminas como la señora aquella —dijo la madre enojada—. Lo que quieren ustedes es empachar a esta criatura... En mis tiempos, a su edad jamás se les daban alimentos crudos. Y no porque yo lo diga, pregunta en mi tierra si no es cierto, que todos mis hijos tuvieron fama de hermosos. Hasta en el concurso del niño gordo obtuvieron premio dos o tres veces y jamás les di jugo de jitomate o de naranja y mucho menos fresas... ¡Qué horror! Darle algo tan agrio a un niño chiquito y junto con la leche para que se le corte.

Precisamente eso favorece la digestión de la leche. ¿Qué no sabes que se corta la leche con el ácido del estómago y que así debe ser?

—No me convences por más que me lo digas —replicó la madre con el mismo tono de enojo—. También lo que jamás vi mientras fui joven, fue que a un niño lo vistieran con ropa de color oscuro como anda esta pobre criatura. Es hasta ahora de vieja cuando estoy viendo todas estas costumbres estrambóticas.

—No, mamá, no son de color oscuro. El pantalón es azul ultramar, no es color oscuro y el pompadour del suéter, menos todavía; este tiene de oscuro lo que el cielo en una mañana luminosa. Además, la blusa es blanca como a ti te gusta, y aunque el traje fuera oscuro, no estaría mal, te lo aseguro. No creas que puede vestirse igual a los niños en tierra caliente que en tierra fría. Tú piensas así porque toda la vida te la has pasado en la costa. También Marcela lo viste así en verano, acuérdate que esta ropa la tenía cuando nos lo trajo, quiere decir que fue su ropa de invierno. Antes el pobre la aguanta ahora que ha empezado el calor y que sigue con ella puesta como si hiciera frío. Ha de sentir que se asa, pero no dice nada, porque no sabe decirlo.

—Sí, ahora tú también corrígeme y ponle defectos a lo que hago. Cómo se ve que en todo te influenció la señora esa, que todavía te tiene embrujado. Parece mentira que no tengas compasión de nosotros después de todos los males que nos han venido por su culpa. ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy!

—No sea tonta. No llore —le dijo Andrés a su madre, acariciándola—. No ve que lejos de que ese matrimonio me haya perjudicado me ha favorecido. No creas, mamá, que fue tan poca cosa haberme casado con la mujer de Gonzalo del Monte, la prueba aquí la tienes: hoy mismo termino este artículo sobre la pintura moderna e inmediatamente me lo van a publicar y a pagar, gracias a que soy bastante conocido. Eso se debe a la curiosidad de la gente por conocer al individuo que creen, le quitó la mujer a Gonzalo. Mira —siguió diciendo— este libro que ves aquí, es un libro magnífico sobre crítica de arte, en el que me estoy documentando para mis artículos. Verás qué éxito voy a tener, y ya me darás la razón.

—Vaya, hijo —contestó la madre convencida de lo que acababa de oír— que Dios te proteja. Y no se te olvide, ahora que vas a la calle, que tienes que ver al

abogado para la cuestión del niño. Ya sabes que ese niño debe quedarse toda la vida conmigo. Esa mujer no debe volver a tocarlo ni a verlo. ¿Qué no ves que en ello va tu honor y el de toda la familia? Anda, preocúpate un poco más por tu madre y arregla esto pronto —la madre cogió al niño, le dio muchos besos y exclamó—: pobre papacito. Ya me imagino cómo sufrió los meses que estuvo lejos de mí y sin que lo durmieran arrullándolo en los brazos con estos arrullos de paloma enamorada que solo yo le sé hacer. ¿Quién como yo le besa su piquito al papacito? A ver, dígame quién, angelito mío.

—Nadie, mamá... ya lo creo que nadie; solo tú —y siguió leyendo y escribiendo.

Mientras la madre fue a la recámara a dejar al niño que se había dormido a poco de arrullarlo; Andrés se metió a su cuarto y acostado sobre su cama, se entregó a meditar. La ligera conversación que acababa de tener con su madre lo había excitado y llenado de recuerdos.

“Hay cosas que hasta para pensarlas hay que estar solo. Ella no puede comprender lo que hubo de útil en mi matrimonio, ni se lo volveré a decir, no lo entendería. Está muy influenciada por mi padre, para quien la sola ventaja que deja un matrimonio es un título de nobleza o un capital contante y sonante. No comprende que para un intelectual como yo, lo mejor es el renombre. No lo entienden ni lo entenderán nunca. Según mi padre, todos los placeres se compran con dinero y solo hay placer en lo pagado. Es incapaz de comprender el placer que da el éxito, no lo concibe. Me acuerdo lo que sentí el día del banquete de los intelectuales mexicanos, donde estaba toda la plana mayor de los escritores y poetas, desde los que rodearon a don Porfirio, que aún viven, hasta nuestro grupo de jóvenes vanguardistas. Ese día no me hubiera cambiado por el hijo del hombre más rico de mi pueblo, qué feliz me sentí, qué divertido estuvo cuando mi amigo Chavo recitó su soneto inspirado en Gonzalo... Si mal no recuerdo, decía así:

Andrés, mirando el techo como para concentrarse, empezó diciendo en tono enfático:

La diestra mano sin querer se ha herido
el berrendo del ideal cantado;

y por primera vez tiene vendado,
lo que antes tuvo nada más vendido.

Un suceso espantoso es lo ocurrido:
descendió del caballo tan cansado,
que al granero se fue, soltó un mugido
y púsose a dormir aletargado.

Pero una mosca atrevida e insolente
acostumbrada a mierda y a pantano,
vino a revolotear sobre su frente

ahuyentando su sueño soberano.
Y al quererla atrapar, ¡hado inclemente!
se empitonó la palma de la mano.

”Todos como movidos por resorte, voltearon a verme. Se corrió la voz de que yo era el héroe, el valiente, el autor de la cornamenta, y desde ese día tengo muchos admiradores. Aplaudieron el ingenio de Chavo, pero sobre todo, mi osadía. Nadie quiere a Gonzalo, y eso me favoreció. Es imposible que se pueda tener estimación por un hombre orgulloso y déspota, que se vanagloria de no necesitar del dinero de la nación para vivir, en un país en el que no come el que no saca de ahí. Los que logran independizarse, injustamente nos ven con desprecio a los demás. Como Gonzalo, que en todas las conferencias que dio sobre arte y literatura, solo una vez nos mencionó y fue para decir que pertenecíamos al círculo mágico. Mis amigos y yo juramos vengarnos, con razón, y estoy seguro que vamos a perjudicarlo con unos cuantos artículos. Ya Chavo inició el desquite con gran éxito, gracias a su ingenio y a la sutileza de los que lo escucharon. De lo único que me arrepiento, es de mi falta de discreción para con ella. ¡Qué estúpido fui! Cómo fui a decirle que para mí siempre había sido la mujer de Gonzalo, cuando de tan buena fe se separó de él para casarse conmigo. Creía que yo la quería. No se imaginó que todo era un plan, entre mis amigos y yo. Realmente fui sucio al permitir que se le dijera

cornudo a Gonzalo, sabiendo que no era así... Pero en cuestiones artísticas y políticas, se hace eso y más si no quiere uno verse perdido. El peligro que veo ahora es que, sintiéndose burlada, tome alguna venganza que me perjudique. No creo que sea de las que se queden así porque sí, es rencorosa y vengativa. Por fortuna no llegó a descubrir para quién fue mi soneto *A la única*, que tanto le obsesionó, y por suerte, ahora es más difícil que llegue a descubrirlo. Me convenzo que con razón decía yo que era un morboso. Desde que no está de por medio, he perdido casi por completo el interés por la otra persona... Y qué indignada se puso cuando le di el poema a que lo leyera. No se tranquilizó hasta que lo hizo pedazos. Pensó que era para mi hermana y eso que no leyó el que hice después.

Andrés se enderezó con sorpresa al oír la voz de su madre.

—Te oí hablar y pensé que tenías visitas, pero veo que estabas recitando—dijo la madre al entrar—. No quiero interrumpirte, no quiero quitarte la inspiración, solo vengo a recordarte lo del negocio de tu padre, acuérdate qué carácter tan fuerte tiene, no vaya a ser que se enoje contigo y deje otra vez de mandarte tu mesada. Piensa que si eso pasa, su negocio de día en día irá al fracaso.

—Pero mamá, no puedes imaginarte lo que significa lo que él quiere. Con unos cuantos cientos o miles de pesos no sería problema, pero sin dinero no puedo hacer nada. Ya no es como hace unos cuantos años, en que los pintores eran adornos de los cafés y las cantinas, y no solo los pintores, sino todo aquel a quien se consideraba en México artista o intelectual había que buscarlo en las cantinas, y ya borracho podía sacársele lo que se deseaba. Ahora es diferente, los artistas y los intelectuales de esta época gustan de comer y vestir bien, de tener automóvil y hasta de bañarse. El mayor insulto que se les puede hacer es decirles bohemios. También ya pasó de moda que solo con pensar y soñar fuera suficiente, ahora trabajan como cualquier obrero. A los pintores, por ejemplo, se les paga a un tanto el metro de pintura mural y es una cantidad miserable, con lo que apenas comen. Lo aceptan, porque lo prefieren a pintar cuadros. En esta época de socialismo alegan que la pintura mural es para que la vea todo el que quiera, en cambio, la de caballete la ve solo una que otra persona que puede comprarla. Y con eso de que mi padre quiere que los dibujos que le mande sean de Diego Rivera o de José Clemente Orozco, estoy

perdido. No tiene idea de lo caros que son los dibujos de esos dos pintores, sobre todo los de Rivera. Tampoco puedo decirle que Rivera está disgustado con todo nuestro grupo por solidaridad con Gonzalo del Monte, a quien dice que le hemos hecho muchas marranadas. Así es que mi papá debe resignarse a seguir usando los dibujos que copia de magazines americanos para sus telas y tapetes. Es muy difícil lo que quiere. Sin embargo, voy a recurrir a Orozco, él es toda bondad e ingenuidad, y todavía no está pervertido como Rivera, que cobra precios que solo los millonarios pueden pagar. Siquiera a Orozco se le puede sacar algo de vez en cuando, comprometiéndolo con algún articulillo que se escriba sobre su pintura.

—Sí, hijo, tienes razón, pero hazlo pronto. ¿Qué no ves que tu padre está perdiendo mucho dinero?

—Sí, mamá, pero hay que esperar a que aparezca este artículo donde hablo de él para que no me niegue lo que después le pida. ¿No te parece?

—¡Qué inteligente eres! ¡Por algo eres mi hijo! Bien me decías el otro día que el mejor porvenir era el de ser periodista. Ya viste a aquel pariente lejano nuestro, cómo se encumbró con el periodismo. Estuvo a punto de ser presidente. Y ahora, no está tan mal que digamos; nos representa en Brasil. Salen unos y entran otros y él siempre arriba. Él sí que ha llegado al penáculo... ¿Qué, así se dice cuando quiere decirse que tienen mucho dinero?

—No, mamá, se dice pináculo.

—¿Te acuerdas, hijo, que el día que fuimos a visitarlo a su palacio de las Lomas tocó un timbre y salieron como por obra de magia tres mozos vestidos de librea?, ¿y que mientras uno le cepillaba el traje el otro le limpiaba el calzado y el otro le encendió el cigarro? Qué bonito ha de sentirse estar servido así.

—Sí —contestó Andrés entusiasmado—. Yo creo, que con dinero, hasta las posturas para dormir son distintas. ¡Los sueños han de ser portentosos!

—Ya lo creo —respondió la madre suspirando—. Se deben soñar montones de pesos y tostones del alto de los cuartos, los bolsillos retacados de billetes; dentaduras postizas con brillantes incrustados; que se tiene un anillo para cada día del año, como el escritor de quien me has platicado; que la costurera viene a nuestra casa a probarnos los trajes y los sombreros, y que vamos de compras en aeroplano.

—Ay, mamá —dijo Andrés interrumpiéndola— qué pena me da oírte hablar así, ahora que por el momento no puedo complacerte. Ten paciencia y ya verás cómo todo se te convierte en realidad, cuando empiece a trabajar en los periódicos.

—Sí, hijo, así lo espero y no se te olvide engatuzar al señor Orozco para el asunto de tu padre. Adiós, querido y que te vaya bien.

—Adiós, mamá, hasta la noche —dijo, dándole un beso en la frente.

Salió loco de contento, con el artículo en la mano. En las oficinas del periódico no estaba el jefe de redacción. Le dijeron que regresara, pero que dejara su artículo.

Al día siguiente, después de mucho discutir, resolvieron publicárselo.

—Es difícil que volvamos a aceptarle otro —le dijo el empleado que salió a recibirlo—. Artículos como este no son accesibles al público. Le aseguro que nadie los comprende. Pero en fin, el jefe quiere hacer la prueba. Yo le aconsejo, que para el futuro, haga crónicas de cine. Eso sí es porvenir.

—Muy bien, mañana mismo le traigo dos para que pueda elegir. Hasta luego.

París. Esa ciudad que a todos nos gusta, pero que todos vemos diferente. En donde las mujeres se deslumbran con los almacenes y se visten para “epatar” a los turistas... En donde algunos hombres se arruinan con las facturas, y otros muchos arruinan a las mujeres... En donde llega una mujer con *sex appeal* y encuentra inmediatamente su príncipe azul, y cuando llega un hombre con lo mismo, se muere a los seis meses. En donde a las mujeres se les despiertan pasiones fulminantes por las otras mujeres, y los hombres acostumbran hacer señas indecorosas... En donde muchos enamorados hacen el amor en la calle, y otros muchos ya no pueden hacerlo. En donde es muy *chic* tener un perro, y muy refinado saber usarlo... Con sus maravillas en los museos... Donde vivieron Cézanne y Seurat; Renoir y Degas. Ahí fue donde Marcela por primera vez encontró su clase social. Donde por primera vez pensó encontrar lo que deseaba...

Venía de la Isla de San Luis por el Sena, hasta encontrar Boulevard St. Michel. Sabía, porque lo vio en un plano, que ese Boulevard llegaba a Luxemburgo y ella vivía a un costado del jardín, en una pensión de estudiantes. Hacía su primer recorrido a pie. La tarde estaba tibia y clara. El Metro, aunque le desagradaba por la falta de aire, le parecía cómodo para ir de un lado a otro después de ver el plano, por la exactitud y rapidez con que la dejaba. Eran las cinco de la tarde, hora del té y de la salida de los estudiantes. Caminaba preocupada por no saber con precisión dónde quedaba su casa. De pronto sintió que alguien caminaba junto a ella, pero no quiso volver el rostro. Oyó que le hablaron tan cerca, que tuvo la seguridad de que era a ella. Volteó y se encontró con un joven como de veinticinco años, de mediana estatura y bellos ojos; vestido con bastante elegancia.

—*¿Voulez vous une tasse de the?* —le dijo cuando la vio.

—No le comprendo —contestó ella, comprendiéndolo.

—*Une tasse, de the, ou bien de café, s'il vous plait* —volvió a decirle acentuando sílaba por sílaba.

Aceptar, le parecía peligroso, pero peor se le hacía ir sola a encerrarse en su cuarto, esa tarde tan maravillosa.

Cuando ellos entraron, todos los parroquianos voltearon a verlos. Marcela pensó que tal vez él era un tenorio conocido en el lugar, que momentos antes hubo de anunciarles una aventura momentánea y fácil para demostrarles su atractivo y la fragilidad de las mujeres, y que confirmaría su sospecha cuando la llevó a sentarse al extremo del café, donde quedaron ocultos.

Nerviosa, tomó un biroche y lo mordió precipitadamente, lo que desconcertó al mesero, que la veía de reojo, sorprendido. De repente Marcela sin esperar el café se levantó y salió. Le había parecido escandalosa la situación. Su acompañante apoyó la mano sobre sus rodillas. Ya en la calle se dio cuenta de que el contraste de los dos era suficiente para llamar la atención de cuantos la veían, y reconoció como juicio ligero lo que de él había pensado.

En pocas palabras, mitad español, mitad francés, le explicó de dónde venía y quién era la persona a quien había visitado en la Isla de San Luis.

—¡Chadourne! —exclamó al oír el nombre—. Lo conozco perfectamente, es un gran amigo mío. Voy a hablarle por teléfono para que sepa que ando con usted.

—¡No! ¡No sale bien! ¡Espere! —dijo Marcela tomándolo el brazo y deteniéndolo. Le apenaba que sus amigos o conocidos supieran que aceptaba invitaciones de personas que conocía en la calle.

Él no entendía sus explicaciones y se encaminó al teléfono, pero decidió no hablar al ver el apuro de ella cuando descolgó el aparato. No obstante dejó ver la duda de que fuera verdad que conociera a Chadourne.

Al darse cuenta de su duda, Marcela lo invitó a pasar para mostrarle un Batik, regalo del escritor. No quería que él pensara que le había presumido la amistad de ese señor, que en esos días estaba de moda por haber ganado el primer premio en un concurso literario. Aunque algunos de sus amigos escritores le dijeron que el premio se lo dieron los jueces porque eran sus parientes, que era un periodista mediocre.

Entró temiendo que alguien la viera. Sobre todo le preocupaba Cremier, su mejor amigo y quien acostumbraba hacerle travesuras infantiles. Le desentendía la cama, le jalaba el pelo o le cerraba el libro si estaba leyendo. A ella todo eso la divertía. Ese día, para evitar murmuraciones o guasas de los estudiantes, procuró entrar con la mayor cautela. Y por fortuna nadie la vio.

Su cuarto era grande y con balcón a la calle. Junto tenía otro pequeño, que servía de recibidor. Los muebles estaban forrados de terciopelo solferino y la alfombra era roja, el tapiz de la pared era color ocre con grandes flores amarillas y ramas verdes, y la sobrecama de terciopelo gris.

—¡Esto es como para vomitarse! —le decían algunos amigos que la visitaban.

Llegó y abrió el balcón directamente, para ahuyentar el olor de cuarto cerrado, más que para evitar que su nuevo amigo pensara en una aventura. Pero todo fue inútil. Resguardado en un rincón desde donde no podía ser visto, la invitó a sentarse. Ella, asomada al balcón, fingía ver algo, desde ahí le sonreía cuando la llamaba. No entendía sus palabras, pero sí de lo que se trataba.

—*Je suis blessé. ¡Tres blessé! ¿Pourquoi riez-vous?* —le dijo acercándosele, después de llamarla varias veces.

Sin comprenderlo, otra vez rio. Le daba risa la cara melancólica con que le hablaba.

Indignado de verla reír, le dijo algo que tampoco entendió, pero que supuso era un reto. Bruscamente la llevó hasta la cama y la sujetó con las manos.

La situación era difícil. Como hablaban un idioma diferente era imposible dar una explicación. Trató de levantarse sin lograrlo. Ya no se reía, ni hablaba, se sentía desesperada. Comprendía que tenía razón para sentirse burlada y más risa le daba el absurdo, seguía riéndose, se carcajeaba. Pensó que en ese momento no la entendería por más esfuerzos que hiciera para explicarle. El roce de sus mejillas la estremeció. Le daba placer sentirse junto a él. ¿Pero qué derecho tenía para tomar en cuenta tan solo su dese...? Por un momento pensó abandonarse. Le pareció horrible. Además de las pésimas circunstancias, no podía quebrantar el propósito que se había hecho al separarse de su segundo marido. ¿Correrlo? De ninguna manera, no podía arrojar al hombre de quien se sentía enamorada. ¿Que se quedara? Tampoco, tendría que admitirlo todo. ¿Cómo iba a admitir amores con un hombre que acababa de conocer? La situación era espantosa. Sintió deseos de llorar, de gritar. Hubiera querido que todo fuera un sueño (de poder escoger). Al ver lo irremediable hizo un gran esfuerzo y se levantó exclamando: ¡Imposible! ¡Esto no puede ser...! No puede ser—repitió como diciéndolo a sí misma, y se fue otra vez a mirar la calle.

En el colmo de la indignación él dijo algo en francés, y cuando ella volteó se avergonzó de verlo decidido a demostrarle no necesitar de ella.

Marcela se sintió culpable. Cerró el balcón y fue junto a él, resignada a lo que pudiera suceder. El corazón le palpitaba con violencia, apenas si podía respirar. Lo veía fijamente, como queriendo que en sus ojos leyera lo que sentía. Le tomó una mano, se la besó.

—¡Compréndame! —le dijo al fin, con la voz casi apagada—. ¡Compréndame por lo que más quiera! —le suplicó.

Él se le quedó mirando fijamente y luego le sonrió. Sacó su pañuelo, se enjugó la frente, se acostó en la cama, se cubrió la cara con la almohada. Un profundo silencio invadía el cuarto. La alegría desbordante de cuando llegaron se había convertido en pena. Sentada junto a él pensó que era irremediable que se fuera y que no volvieran a verse. No había otra solución. Ella no sabía vivir los momentos, y sin entenderse, sería imposible hacer juego para dejar las cosas pendientes.

Atendiendo la indicación de ella, se levantó para salir:

—*Je suis amoureux de vous* —le dijo—. *¿Ne voudrais vous venir avec moi ce soir au cinema, au theatre, et puis souper?*

—No comprendo —contestó fingiendo no comprender.

—*Voyez. Ce que je vou dis et vrai. Je m'en vais et ne reviendrai plus* —dijo al verla desconfiada.

—*¿Vous amoureux de moi? ¿D'une femme que vous avez recontré a la rue et que vous avez vu seulement pas deus heures?*

—*Oui. ¿Ne le croyez vous pas?*

—¡No!

—*Bien!* —exclamó con marcado desprecio, y salió.

Al ver ella que se iba, se asomó al balcón con ansia de llamarlo, pero no se atrevió.

Se quedó inmóvil mientras lo vio subirse al coche, pero al dar vuelta en la esquina, cuando él le dijo un adiós con la mano que a ella le pareció de despecho, sintió desmayarse.

—Si no regresa —exclamó dejándose caer sobre la cama— sentiré la muerte.

Desde ese día no le quedó en su pensamiento otra cosa que él. Salía a la calle nada más con la idea de encontrarlo. Hacía que un amigo guatemalteco la acompañara a ver si lo veía. Varias veces recorrió el Boulevard St. Michel con esa idea. Una vez hasta se atrevió a entrar al café a donde la llevó el día en que se conicieron.

—Es el *coup de foudre* —le dijo el guatemalteco el día que se lo relató, satisfecho de precisarle el término para su sentimiento—. Voy a venir todos los días por ti, para pasearte y que se te olvide pronto ese tipo.

”Y qué tonto fue con no entender la psicología de las mexicanas... Eso que tú eres de las menos mexicanizadas; sin embargo, no dejás de serlo. Debí insistirte un poco más, hasta forzarte. Tú lo hubieras insultado, pero ahora estarías encantada, te lo aseguro. Las mexicanas son como las guatemaltecas, les gusta sentirse violadas.

—Te equivocas. Es mucho más difícil de lo que te imaginas. Figúrate que una amiga mía, cansada de su fidelidad perpetua y de no sentirla correspondida por su marido, en una ocasión decidió quebrantarla. Estaba tan resuelta

a todo, que preparó el momento con una docena de copas de *cognac* y se entregó, con el mayor desenfado, a toda clase de caricias con un amigo elegido. Pero en el momento preciso, en el mero momento, cuando él menos lo esperaba, semidesnuda y despeinada se salió hasta la calle gritando: ¡Ay! ¡Mis hijos! ¡Qué dirán mis hijos!... El mayor de sus hijos tenía año y medio.

Pocos días después, cansado de oírle todos los días el mismo tema, el guatemalteco empezó a reprocharle su actitud.

—Haces una vida estéril e imbécil —le decía—. ¿Por qué no te relacionas con gente interesante y te quitas de esa vida superficial y frívola? Estás rodeada de puros estudiantillos tontos y niños y ya no estás en edad de eso. Mañana voy a presentarte a los escritores y pintores que conozco, para que cambies de medio. Cómo voy a creer que hayas venido a París solo a enamorarte de ese tipo.

—Tienes razón. Desde hace años sentía deseos de venir y nunca pensé en eso. Tenía deseos de conocer a mucha gente de quienes me hablaba Gonzalo del Monte, no sé por qué en cuanto llegué se me olvidaron. Me doy cuenta de que no siento entusiasmo por ellos. Tal vez sea porque ya no creo en la inteligencia de los hombres. Sería una gran cosa que conociera a personas por quienes volviera a creer en la inteligencia.

—Quizá esto te suceda mañana, cuando te presente a mi amigo Jorge. Uno de los escritores contemporáneos más interesantes y autor del libro que te regalé ayer, *Fronteras humanas*. Ahora me voy y hasta mañana. A las ocho de la noche vendrá Emma por ti y las espero en el café a las nueve. Iremos juntos al estudio de él. Desde hoy le avisaré para que nos espere. Pero antes de irme, quiero confesarte una cosa —el guatemalteco, acercándosele al oído, murmuró:

—Te quiero... ¿No te casarías conmigo?

—Tal vez no —contestó ella displicente—. No porque no me gustes o porque no me intereses, pero ya no tengo ilusión por el matrimonio. No solo ya no me ilusiona, sino que le tengo una gran aversión, casi puedo decirte que horror. Si eso me lo hubieras propuesto hace algún tiempo, me hubieras hecho feliz, tú más que cualquier otro. Me pareces atractivo como hombre y me gusta mucho lo que escribes... Te aseguro que no haríamos mala pareja: un par de indios zapotecas, negros y brutotes... ¿Ahora? Imposible. El recuerdo de mi segundo matrimonio me escalofría, y haciendo a un lado la parte mo-

ral, que en realidad no creo volver a tener la mala suerte de encontrarme con otro tipo tan depravado y cruel, ¿quién puede asegurarme, si me caso, que no voy a ponerme igual de mal que como me puse la última vez y de lo que aún me siento convaleciente? ¿Quién me lo podrá asegurar? ¿Quién conoce el remedio de una manera absoluta? Tú sabes, porque te lo he dicho, que nadie. Y qué imbécil se necesita ser para exponerse. Tú y yo ya no estamos en edad de dejarnos sorprender. Después de los treinta años, si no se ha llegado a la serenidad porque no es aun posible, cuando menos se conoce la vida y se prevén las consecuencias.

—Hablas como colegiala —objetó el guatemalteco, interrumpiéndola—. ¿Cómo piensas en tener ese peligro si tú no lo quieres? ¿Con lo adelantada que está la ciencia y con lo civilizado que soy yo?

—Sí, la ciencia está todo lo adelantada que quieras y tú eres un ultracivilizado, pero yo que te conozco mejor que tú mismo creo que con lo animalote que eres, en un momento dado la ciencia te sale sobrando. Mejor dicho, no vas a acordarte de ella bajo ninguno de sus aspectos, y quién sabe si me sugestionas y haga lo mismo. Acuérdate que soy muy frágil. ¿No te parece que te conozco y me conozco?

—Quién sabe. Yo creo que a ti lo que te sucede es otra cosa. Tú, que te la das de liberal, se me hace que aun tienes muchos escrúpulos morales y que eso es todo.

—¿Escrúpulos morales? ¡Qué va! Qué tonto eres diciendo eso; para que veas, así como me convenció mi amiga Lola de que hay intrínsecamente cosas de buen gusto y cosas de mal gusto, no creo que exista una moral que exactamente deba ser para todos. Por ejemplo, desde el punto de vista personal, me siento con el derecho de evitar tener hijos. No así a mi compañero, a quien no le concedería ese derecho, acabaría despreciándolo si quisiera hacer lo que yo. A no ser que me diera una razón de peso.

—¡Vaya! ¡Vaya! Qué feminista me estás resultando.

—No es eso, ya verás —siguió diciendo ella, muy emocionada— al contrario, me da mucha tristeza pensar que pudiendo tener más hijos, solo por miedo no los tengo. Cuando una está enamorada de un hombre, siente deseos de tener un hijo de él. Nos imaginamos que el hijo que vamos a tener, va a pare-

cerse al padre; que los ojos, por ejemplo, van a ser tan bonitos como los suyos y que será rubio como él... Conste que en este momento pienso en el chico del Boulevard Saint Michel.

—Por favor, déjate de tonterías y habla en serio. Siempre que hablas, re-matas con una imbecilidad.

—No, hombre, no te enojés, deja nomás decirte esta cosa. Imagínate que una mujer va a tener un hijo del hombre que más admira. Por ejemplo, de un torero. ¿Te imaginas? Todo el tiempo del embarazo va a estar pensando que el chico, desde que nazca, va a tener la mano izquierda de su padre. ¿No te parece?

—Lo que me parece es que eres una tonta, con decir tantas barbaridades —objetó el guatemalteco más contrariado.

—A mí el tonto me pareces tú, con tomar la vida tan en serio, cuando es tan agradable decir tonterías. Cómo se conoce que no has estado cerca de la muerte, para saber reírte en la vida... Pero mira, esto sí es en serio. Yo a las mujeres que más admiro son a las que tienen muchos hijos: si fuera hombre te diría: ante ellas me quito el sombrero, pero como soy mujer solo te diré: ante ellas me arrodillo con el espíritu y aunque te parezca cursi la frase. Y si fuera una mujer normal, es decir, si como dicen los médicos, a mis órganos no se les acabara el juguito, te demostraría lo dicho teniendo cuando menos un hijo cada dos años... ¿Y el padre? No me importaría quién fuera... ¿Qué vamos a hacer las mujeres cuando los hombres que se casan con nosotras no nos quieren para toda la vida? Y si supieran lo que nos estimula el despecho de sus desprecios para cuando nos entregamos a los demás, te aseguro que nunca nos dejarían, al contrario, morirían incrustados a nosotras, aunque solo fuera por *malorearnos*... Y en parte, no dejaría de ser interesante que los padres de nuestros hijos fueran diferentes hasta de raza, ¿no lo crees? Por ejemplo: un negro, otro chino, un mexicano, otro guatemalteco, otro francés... ¿Y luego? Resultarían unos inteligentes, otros artistas, otros tontos y deportistas, tal vez un torero o boxeador o hasta un arzobispo... Y el susto que nos daría que nos resultara un presidiario o una ramera o uno de los del círculo mágico.

—¿Y la cuestión económica? —preguntó el guatemalteco, sonriendo.

—No tendría importancia. Más de alguno de los padres podría conmoverse y con lo que diera comerían todos. Estando la mujer sana, se pone a trabajar para completar y se ríe de la vida. Cuando salí de México, a una amiga mía que trabajaba en el gobierno, le dieron tres meses de vacaciones con goce de sueldo para que fuera a tener su chico, y eso que allá no presumimos de comunistas... Pero lo que se me hace imperdonable es que haya mujeres que por no maltratarse el cuerpo no tengan hijos. Son a las que más detesto. Como si toda la vida fueran a tener cuerpo de Venus. Y me dan lástima, las que solo por prejuicios no los tienen. Son retontas. Ponte en el caso de que haya un dios y un más allá, como lo creen los católicos, y un cielo y un infierno, y que llega a que Dios la juzgue una mujer de las que no tuvieron con quién casarse, pero que tuvo dos hijos de diferentes hombres o de uno mismo, tú sabes que desde el punto de vista católico es igual. Se arrodilla ante Dios y le dice: “Señor, pequé, aquí estoy, pero no me siento responsable. Fui pobre y no tuve quien se casara conmigo por más luchas que hice. Me gustó el amor, de lo que no tuve la culpa, nací con ciertos órganos que me impulsaban a procrear. Pero Señor, estoy segura de que mi vida fue más casta que la de cualquier mujer casada y solo con mi trabajo sostuve a mis hijos, jamás hombre alguno me dio dinero, al contrario, de vez en cuando gasté mi dinerito para regalarles una corbata o un par de calcetines... ¿Verdad que no vas a arrojarme de tu lado? ¿Verdad que no estoy en pecado? ¿Verdad que merezco estar aquí contigo en el reino de los cielos? Como tú comprendes, el Dios perfecto, el Dios justo, el Dios omnipotente, le diría: entra, entra mujer fuerte y que tu vida les sirva de ejemplo a las demás mujeres... ¿O tú crees que no le diría eso?

El guatemalteco no contestó. La escuchaba enfadado, pero haciendo méritos para después cobrarse, y Marcela siguió diciendo:

—¿Sabes a las que arrojaría al infierno con todo y zapatos? A las esposas de los ricos que no tienen hijos porque no les pega la gana. Por no dejar de ir a jugar bridge o por no dejar de asistir a los bailes y fiestas de diplomáticos. Porque el vestido que les acaban de hacer no se les pase de moda o porque su *flirt* no las vea con el vientre hinchado... Y los imbéciles que viven con ellas son unos pobres hombres, solo así se explica que las toleren o que no se den cuenta de sus planes... ¿Y no te chocan las que porque tienen quién las consiente y

mime, exageran las molestias del embarazo y los dolores del parto? Nada de eso es cierto, cuando se es normal. Mi amiga Lola me decía: si vieras qué sensación tan agradable siento cuando estoy embarazada... así como la piel del vientre se me estira, así siento todo lo demás: Como si los pulmones se me dilataran, el corazón me creciera, las narices se me ensancharan y los ojos se me abrieran; siento una placidez como de vaca. Yo representaría a una mujer embarazada como una vaca echada sobre el pasto contemplando la luna. ¿Y lo del dolor terrible? ¡Mentira! Es pura farsa. Te juro que me dolió más el machucón que me di en el dedo el otro día, que cuando nació mi hijo. Y al decirme esto, me enseñó un dedo con una uña morada. Pero dejando a un lado las opiniones de mi amiga, fijate qué satisfactorio y entretenido sería tener muchos hijos y todos diferentes. Constantemente pensaría una en el porvenir de ellos y con eso tendría para entretenerse toda la vida. Yo que solo tengo uno, seguido pienso en ello. Y de plano me gustaría que fuera torero, pero por la traza que lleva, va a ser imposible. En mi concepto: un torero no debe ser muy alto y con temperamento; debe medir 168 a 172 centímetros y más bien menos que más, con grandes riñones y con otro algo terminado en ones. ¿Te imaginas qué desagradable sería un torero alto y melolengo como me imagino que va a ser mi hijo? A él no va a quedarle más remedio que dedicarse a la lucha libre o a cronista de sociedad, y a mí, resignarme... Pero como detesto la lucha libre, al menos voy a tratar de infundirle la afición por lo segundo, para cuando sea grande, a ver si se decide. Con tal de que tenga un poco de espíritu y no lo haga solo por interés personal, te aseguro que no estaría mal. Imagínate todo lo que podrían hacer los periodistas por el adelanto y la dicha de su país, si no fueran como son. Aun en el caso de ser simples cronistas, podrían divertirnos mucho si su servilismo no llegara al grado que llega. Si, por ejemplo, que cuando hicieran la crónica de la boda de los hijos de un presidente de la República o de un secretario de Hacienda, de esos que contribuyen al nuevo régimen con la venta de colecciones de pintura dudosa a precios también dudosos, esas bodas que son la mejor nota de sociedad del año, en las que los salones de los regalos están resguardados por la policía y las vajillas son todas de plata con escudos vagos, que los caballos están en vitrina y se asegura son de raza pura, en donde es interminable la lista de las alhajas de platino con pedrería y todos los trajes son importados de París...

¿No sería interesante, que el cronista con un poco de *sense of humor*, como dicen los ingleses, después de dar la lista de todas esas maravillas y riquezas, agregara: ¿Y el pueblo?... ¡Sin calzones!

Te imaginas también si en uno de esos días de santo, en los que damas de la aristocracia festejan su cumpleaños, cuando la lista es larga y con muchas doñas, si después de nombrar a varias de ellas agregara: ¡Y... La Matildona! ¿No te parecería divertido, pensar en la cara que pondrían las señoras en lista? Y no se te haría noble que se acordaran de esa pobre mujer que no tuvo la culpa de haber nacido predestinada para esposa de diplomático o general y que ha sido una verdadera proletaria, cobrando siempre la sexta parte del salario mínimo y estando expuesta a mil enfermedades desagradables? ¿Conoces a alguien más comunista que ella? Además, ¿acaso sabes tú qué secretos pecados puedan tener las otras señoras? Y si son realmente virtuosas, como dicen, no habría problema. Sin duda serían caritativas y querrían compartir su lugar en la sociedad con todas las demás mujeres, y con ello abrigaríamos otra esperanza: la de que algún día todas vamos a ser iguales. ¿No te parece? —el guatemalteco no contestó y Marcela siguió diciendo—: claro que mi hijo, de ser cronista, así tendría que ser. Y hasta me gustaría tanto como torero. Pero si es diferente de como me lo imagino, y resulta inteligente y fuerte, me gustaría que se dedicara a la mecánica. Y si inteligente y gordo, seguro que sería pintor. Y si inteligente y flaco, es un hecho que se dedicaría a las ciencias exactas. Y si gordo y tonto, es lógico que diputado. Y flaco y tonto, seguro que cronista de cine. Y si guapo y tonto, actor de cine o gigoló. Y si raquítico e inteligente, poeta o bailarín. Y si ambicioso y flojo, seguro que se haría líder. Y si testarudo y terco, indudablemente que banquero.

—Ya cállate, por favor, no hables tanto. Ven junto a mí un momento, deja de decir sandeces. ¿A mí qué diablos me importa eso? Yo no soy el que tengo que parir o dejar de parir. A mí solo me interesa una cosa: que me digas antes de irme, si me quieres o no.

Marcela, se acercó con coquetería y él la abrazó y la besó. Dejábase acariciar por camaradería.

Al día siguiente, a la hora indicada, llegó Emma. Rubia como la más rubia, demasiado joven y hablaba perfectamente español. Le gustaban casi las mismas cosas que a Marcela, por eso en poco tiempo se volvieron grandes amigas.

El guatemalteco no llegaba aún. Marcela pidió un *citrón pressé* y Emma un oporto. Aunque no les faltaba de qué platicar, no disimulaban su impaciencia por el retardo de su amigo, sobre todo, Marcela.

Cremier, el estudiante de la pensión, entró en ese momento cogido del brazo de otro estudiante. Se acercaron a saludarlas y aceptaron la invitación de Marcela, tomaron una silla y se sentaron. Cremier propuso que todos tomaran cognac. Dijo que la víspera de su partida era ridículo tomar *citrón pressé*, y dirigiéndose a Marcela, añadió:

—Vamos, cambié de idea, emborráchese de despedida. Mañana me voy de vacaciones y seguro que jamás volveremos a vernos.

Marcela se sentía desilusionada y sin humor de charlar. Eran las diez y el guatemalteco no había llegado. Pensó que tal vez con unas cuantas copas olvidaría el desaire. Se animó con la idea y aceptó lo propuesto por Cremier.

A la una de la mañana que se levantó de la mesa se sintió mareada. Llamó a Cremier, le pidió que la acompañara y lo tomó del brazo. Llegaron a su cuarto y él abrió la puerta y entró, trataba de jugar como otras veces.

Marcela fue a sentarse sobre la cama, balanceándose y cayendo pesadamente cuando él le puso la almohada.

Despertó a las once y se sorprendió de verse vestida. Dudaba de si habría perdido el conocimiento o no. Recordó como en sueños un golpe que le dio a Cremier cuando trató de quitarle el vestido, pero no estaba segura de si lo habría soñado. Llamó a la sirvienta para ordenarle que nadie la molestara. Se puso pijama, se comió unas manzanas y volvió a acostarse.

En la noche, a las ocho, tocaban la puerta con tal escándalo y precipitación, que saltó de la cama azorada y sin antes ponerse bata, abrió.

—Qué indecente nos recibes —exclamó el guatemalteco que llegaba en compañía de Emma—. Anda, vístete pronto, nos esperan unos amigos en el café. Gente interesante y seria y que va a agradarte.

—Qué gente seria ni qué interesante —contestó ella con desdén—. No puedo salir. ¿Cómo quieres que salga si me siento desfallecer. Estoy completamente deshecha.

—Sí, ya veo que estás borracha, pero con el aire se te quita. Anda, vístete para que vayamos a donde te digo, nomás no nos des espectáculo. ¡Anda!

¡Pronto! Ponte cualquier cosa; tú, Emma, Ayuda a esa briaga a que se vista... Y qué horrorosa se ve así. ¿No te parece?

—Vieras que no, al contrario, esos dos colores juntos, el de la bata y la pijama, son maravillosos y le van muy bien —añadió Emma viendo a Marcela—. El color hortensia y el heliotropo siempre me ha parecido que combinan estupendamente... ¡Tienes razón! Por favor salte un momento para que la ayude a vestir, sola no podría.

Cuando el guatemalteco se fue al cuarto pequeño. Emma, azorada, viendo a su amiga, le preguntó:

—¿Qué anoche, después de que nos despedimos, seguiste la parranda? No me explico por qué te encuentro en este estado. La criada nos dijo que hoy no has salido, pero si tomaste igual que yo... Más bien, yo tomé un poco más que tú, acuérdate los dos oportos que bebí antes de que los chicos llegaran... Ahora, resulta, que vamos... estás como para una fotografía.

—No —contestó Marcela desfallecida—. No tomé más de lo que viste; me vine directamente. En efecto, yo misma no sé lo que me pasa, aun me siento borracha. Y está rebién que hayan venido a sacarme para que me dé el aire. De mi cuenta, me hubiera quedado acostada hasta quién sabe cuándo y ten la seguridad que bastante mal me haría. Ya en otras ocasiones me han llegado crisis como esta y me ha ido de la patada. Por eso ahora no quiero abandonar, por ningún motivo me conviene. No creas que es por lo que bebí, tú bien lo sabes, es un estado especial que me llega de vez en cuando y al que los médicos nombran no sé qué de los órganos de secreción interna.

En la calle el guatemalteco se disculpó por su informalidad del día anterior, y se impacientó porque ni Emma ni Marcela le contestaron. Después de mucho insistir, Marcela volteó y con exagerado desdén le dijo:

—No te preocupes, te aseguro que fue mejor así. ¡Aquí tienes la prueba! —dijo señalándole el pecho—. No creas que con tres copas de cognac iba yo a embriagarme y que iba a durarme veinte horas la embriaguez.

El guatemalteco no contestó. Se adelantó caminando de prisa y no volvió a dirigirles la palabra.

En el café varios amigos los esperaban. Entre ellos un escritor danés que hablaba perfectamente español, a quien Marcela le tendió la mano cuando

Emma hizo la presentación. El guatemalteco interrumpió las palabras de cortesía que ellos cambiaban, y dirigiéndose al danés dijo:

—Es una mexicana que está de paseo en París. Vive en una pensión de familia que ha convertido en burdel.

El danés se sonrió y Marcela, disimulando su rabia, con fingido cinismo contestó:

—A sus órdenes —y volteando a ver al guatemalteco, en tono enfático agregó—: te pedrono, comprendo por qué lo has dicho.

—¿Cuándo me toca a mí? —preguntó el danés, apretándole la mano que aun tenía cogida.

—Eso es difícil de decir, porque es difícil saberlo, cuando no se es máquina, no se sabe a qué hora empezará a moverse. Pero ya que a usted no le va a costar dinero, tómese, al menos, la molestia de investigarlo.

—¿Qué estupenda se ve así de enojada! —dijo el danés entusiasmado—. Me hace sentir joven, me recuerda épocas lejanas. Un día que estaba enamorado de una mujer y escapé de morir en sus manos gracias a que no tuvo fuerzas suficientes. Aunque aquí el caso no es igual, parece que las tuyas sí lograrían lo deseado.

Marcela no contestó y en mucho tiempo no volvió a hablar. Aparentó sentirse herida y fingía no verlo. Y cuando él se le acercó y le sonrió tratando de hacerla voltear, ella siguió impassible, aun cuando comprendía que él se había dado cuenta exacta de la falsedad de esa pequeña comedia y que trataba de hablarle con sinceridad.

—Yo pienso de usted una cosa —dijo él al fin, tocándole ligeramente la mano que tenía sobre la mesa.

—¿Qué cosa? —preguntó Marcela con exagerada indiferencia—. Dígame si buena o mala.

—Desgraciadamente buena para usted y mala para mí —contestó el danés, suspirando.

—¡Ah! ¡Vaya!... Entonces ni me la diga.

Él no le quitaba la mirada. No atendía a sus amigos por estar viéndola. Al despedirse, le dijo algo en francés y le besó la mano.

Cuando él se retiraba, Emma se dirigió a Marcela y exclamó:

—¡Qué hombre tan lascivo! No sé cómo te dejas besar de esa manera.

—Ay, tú; qué tiene de lascivo —dijo Marcela con la misma fingida indiferencia.

—¡Nada! ¡Nada! —gritó Emma, contrariada.

Después de dejar a Emma, el guatemalteco y Marcela caminaban por la calle pensativos. Quiso él tomarla del brazo, pero ella con violencia se lo apartó y le dijo:

—A ti ya se te pasó el turno. Anoche era tu día, el día que podías haber tenido lo que hubieras querido. ¿Ahora?... es demasiado tarde. Bien sabes que otro tomó lo que te correspondía... ¿No lo ves y no lo sientes?

—¡Qué prostituta eres! Y yo tan ingenuo que cuando me contaste lo del tipo del Boulevard St. Michel te dije que era *coup de foudre*. Eso qué *coup de foudre* va a ser. Eso es lo que te dice el poeta cubano en los versos... Y eso, haciéndote el favor. Y yo tan tonto que no lo comprendí. Deberías ir a la clínica de un especialista ahora que se asegura hay un remedio con que puede fecundarse a una mujer, ya que tanto te asusta la colaboración de un hombre. Te advierto que sería más moral, evitarías esa desagradable situación en la que a todo el que está junto a ti le viene en gana hacerte el favor.

Marcela no contestó. Sentía deseos de pulverizarlo, pero se dominó por evitar escenas. El guatemalteco, sin darse cuenta de su estado de ánimo y con la actitud de maestro frente a su alumna, a la que cree toda oídos siguió diciendo:

—Como te digo: el *coup de foudre* es diferente. *Coup de foudere* es lo que empecé a relatarte de la aristócrata inglesa y que no terminé por la llegada de las señoras aquellas que vinieron a visitarte.

”La inglesa era una mujer que jamás había tenido la menor ligereza con los hombres. Su vida austera y recatada no le permitía aceptar amigos personales. Los hombres con quienes hablaba eran solo amigos de su esposo, de quien se sentía satisfecha y tiernamente enamorada.

”Esa noche fue a recogerlo como acostumbraba. Solían después ir juntos a cumplir con algún compromiso social, al teatro o al cine. Pero esa noche él no estaba, ni nadie supo decirle adónde había ido, ni si regresaría. Decidida a esperarlo y queriendo pasar el tiempo lo mejor posible, se acercó a una mesa de juego donde varios jugadores hacían sus apuestas.

—Las manos de uno de ellos —decía a los amigos cuando se los relataba— me llamaron poderosamente la atención. Temblaron al poner la apuesta, lo último que parecía que le quedaba. Y después de perderlo todo, se fue al jardín. Yo me fui tras él, sin saber por qué. Me senté en una banca que protegía la oscuridad de la noche, para observarlo mejor. Un momento después vi que sacaba un revólver y se lo colocaba en la sien. Me fui junto a él y le tomé la mano. Él se contrarió al verme.

—¡Qué mujeres! —exclamó— Siempre son lo mismo ¿Qué quieres aquí?... Pierdes tu tiempo. No creas que vas a sacarme dinero, no tengo ni un céntimo, y aunque lo tuviera, no estoy para eso. ¡Vete! Vete a buscar a otro y no me molestes.

”Yo no articulé palabra. El corazón me latía con la violencia que jamás me había latido. Creí caerme. Si me hubiera dicho: vas a encontrar la muerte yéndote conmigo, le hubiera contestado: no me importa, creo en la paradoja de *morir es vivir*. La fidelidad, el deber, la honradez, la castidad y todas las virtudes que una mujer puede tener, en ese momento eran para mí solo la muerte.

—¡Qué mujer tan inoportuna! —exclamó al sentir que me recargaba sobre su hombro— Vamos. Vete por favor. No puedo, no estoy para eso —agregó con voz casi apagada, y después de un momento de silencio me dijo—: te llevaré si es que tanto te empeñas, pero ya te dije que no te conviene, no tengo ni un céntimo; ni siquiera para el taxi. ¿Quieres así...? ¡Vamos! ¿Por qué no me respondes?

”No pude contestarle... Me quedé muda. Me tomó del brazo salimos a la calle y llamé un taxi. En todo el camino no hablamos, pero al bajar me dijo como sonámbulo:

—Paga. Paga y acuérdate que no tengo ni un céntimo.

”No me explico por qué me sucedió eso, ni me lo explicaré nunca. Desde que vi sus manos me sentí como hipnotizada, no vi su cara para nada, ni me interesó verla. No sé si era joven o viejo o moreno o rubio. Para mí era una sombra, una sombra que me atraía y de la que no pude escaparme. Me fui tras él como llamada por fuerzas ocultas. Él no se fijaba en mí, ni la cara me vio, ni el traje... No supe si estaba borracho. Podía haberme matado. No le tenía miedo. No sé qué me impresionó de él. Nada material, y todo él... Otra paradoja.

”—¡Vete, vete y déjame solo! No quiero ver a nadie. ¡Vete! Vete —me dijo abriendo la puerta e indicándome que saliera.

”Aquí la inglesa hizo otra pausa y luego siguió diciendo:

”Haberle sido infiel a mi marido, me entristeció para siempre. Mi marido murió sin que yo hubiera tenido el valor de confesárselo. Me quedó una amargura que no les digo lo que me parece por temor a no ser comprendida.”²

—Ese sí era *coup de foudre* —le decía el guatemalteco al llegar a su casa—. ¿Lo tuyo? ¡No! Ya te lo dije.

Marcela abrió la puerta y entró sin despedirse.

A la mañana siguiente, al llegar al comedor, un estudiante la detuvo para darle un recado de Cremier, y una sirvienta los interrumpió diciéndole que le hablaban por teléfono.

Se detuvo un momento y el estudiante le dijo que el día anterior Cremier quiso despedirse de ella, pero que la sirvienta le indicó que no la molestara y por eso no lo hizo.

—Me encargó que lo despidiera en su nombre y que le preguntara si pensaba volver a París el año siguiente. Yo le prometí escribirle luego para comunicarle lo que usted me dijera.

—Es seguro que no volveré —dijo Marcela preocupada—. ¡Desgraciadamente no volveré! Salúdelo de mi parte cuando le escriba —y al ver vacío el lugar en que solía sentarse Cremier, exclamó—: ¡lástima que la criada no haya quebrantado mi orden!

Viajar, más que un placer, es un martirio, pensaba mientras se encaminaba al teléfono. Tienen las cosas y las personas más valor, tal vez solo porque sabemos que no vamos a volver a verlas. Pero es el caso que cuando las dejamos se nos figura que es lo mejor que hemos visto, las gentes con las que más nos hemos entendido y la época que mejor hemos vivido, y todo esto, nos hace sufrir.

—No puedo dormir pensando en ti —le dijo el guatemalteco por teléfono—. No comprendo por qué eres tan cruel conmigo. Quise telefonarte antes de

² La historia que refiere el personaje es la de la novela *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, de Stefan Zweig. [N. de la e.]

ir para advertirte que no soporto que me trates así y que no te veré más si no cambias tu manera de ser para conmigo.

Marcela, al volver a oír la voz de su amigo, de quien por un momento pensó no volvería a hablarle, contestó disimulando su alegría:

—No seas tonto, ven, y te prometo portarme de otra manera.

En la tarde llegaron él y Emma para invitarla a la casa de un matrimonio de pintores:

—Ella es una bellísima mujer, pintora, y él un magnífico pintor, simpaticuísimo, a quien debes conocer de nombre, fue íntimo amigo de Gonzalo cuando vivió aquí —le dijo él, tratando de convencerla.

Efectivamente, ella era epatante. Salió a recibirlos disculpando al esposo porque no lo hiciera él. Estaba en la cocina acabando de preparar la comida.

—No tenga cuidado —contestó el guatemalteco—. Emma que se quede con usted mientras nosotros recorremos la casa. Quiero que Marcela vea sus cuadros, si me lo permite.

Un momento después, llegaron a reunírseles un poeta francés ex surrealista, un pintor peruano y un escritor cubano que eran los otros invitados.

—Nos venimos porque ellas no nos hacían el menor caso —dijo el peruano al llegar, esperando su aprobación—. Solas estarán mejor, desde luego —agregó con malicia.

Para todos pasó desapercibido el sentido de lo que había dicho, menos para el guatemalteco, que fingió no entender.

El dueño de la casa entró armando un gran alboroto. Repartía abrazos a todos, y uno a uno fueron diciéndole alguna broma por verlo con el delantal puesto.

—Deseaba conocerte, por las cosas divertidas que de ti me han contado —le dijo a Marcela al besale la mano—. Te hablo de tú porque me eres tan familiar como la más de mis amigas —y dirigiéndose a todos, agregó—: ya en el comedor charlaremos lo que quieran, Preparé un *soufflet*, que temo se baje si no lo comemos en seguida.

Todos festejaron el *soufflet*. Comían en medio de un gran alboroto.

—Esas perdices al horno con champignones están magníficas —dijo el peruano, con ojos de codicia. Y cuando entró el dueño de la casa con un platón lleno de espárragos, exclamó—: solo en París pueden verse de ese tamaño.

Al final de la comida sirvieron variados quesos franceses con mermelada y todo fue acompañado de magnífico vino.

El dueño de la casa propuso que tomaran el café en la biblioteca; unos le ponían licor y otros lo acompañaban con un cigarrillo. La dueña de la casa dejó a Emma y fue a sentarse junto a Marcela. Le pasaba el brazo por la espalda y le ceñía el talle. El guatemalteco, al ver eso, se acercó a Emma y le dijo:

—Yo creo que ahora tampoco ella se le escapa. Y si tú sigues esa vida, pronto estarás tuberculosa.

Eran las dos cuando se despidieron, para pesar de la pintora que insistía en que Marcela se quedara a dormir.

Los tres salieron preocupados, no hablaban. A poco andar, el guatemalteco rompió el silencio.

—No sé qué vamos a hacer los hombres dentro de poco. ¿Quién irá a querernos? Tú, Marcela, eres la única mujer que he conocido en París que no me ha desilusionado. La única de quien espero no decepcionarme.

—Pues bastante preocupado te vi, no quieras ahora negarlo... Y no creas, la situación fue difícil. A pesar de que tenía una seguridad absoluta de mí misma, y que ni por un momento pensé que sucediera, me andaba yendo mal por no ser afecta a aparecer como que me escandalizo. Tú bien viste con cuánta indiferencia aparente me dejé acariciar, para no descubrir mis pensamientos, pero tuve momentos terribles. Te confieso que empezaba a dolerme la cabeza. No cabe duda que una mujer así de viciosa y bella, es peligrosa. Pero qué asco prestarse a un machacamiento mágico, como le nombraría el secretario de educación.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, Marcela llamaba en el departamento del matrimonio de pintores. La víspera, al despedirse y como excusa, se comprometió a posar. Era incapaz de no cumplir con su palabra a pesar de temerle a la cita. Las explicaciones que se dan para desdecirse le parecían de una mezquindad impropia de su carácter.

Envuelta en una vata azul cobalto que sujetaba con la mano izquierda, salió ella a recibirla. Marcela observó que la bata se le abría al caminar y dejaba ver sus bellas piernas y una camisa color carne con encaje crudo en la orilla.

Después de brindarle asiento y de colocar el caballete, tomó los pinceles y la paleta que había preparado con anticipación.

—Por favor un poco a la derecha y no se preocupe, puede charlar cuanto quiera —le dijo la pintora al verla turbada.

—Qué curioso que no veo un rojo apropiado para la boca —objetó Marcela viendo la paleta y aprovechando la insinuación.

—Efectivamente, no puse rojo; pero es que el *rouge* que usted usa no es un rojo simple, y con este carmín, un poco de ocre y un poco de negro, espero obtener rojo indio que es como veo el color de su boca. Lo que sí me falta, es un poco de gris para el verde de sus ojos. El verde con negro, aunque este se use en poca cantidad, ensucia el tono... Y sí me hace falta también rojo, para usarlo en el pelo. Tiene usted el pelo negrísimo, pero si no le pongo un poco de rojo quedará como pelo teñido. ¿Ya vio que con puros ocres voy a dar el tono de su piel? Tiene usted un color muy parejo —y después de un momento agregó—: perdone que le haya hablado como a una ignorante en pintura.

—No crea, no se ha equivocado, en verdad soy ignorante, no solo en pintura, y me ha hecho un gran favor hablándome de esa manera. No se imagina lo divertida que estaba ayer cuando oí que le decía a Emma que con plomo claro y ámbar se conseguía *beige*, que con escarlata geranio y tobogán, color coral, y que con adriático y verde esmeralda, el *chantilly*. No recuerdo qué otros colores más dijo: es una lástima que lo haya olvidado.

—Qué bueno que no la he aburrido —dijo la pintora con gesto de satisfacción—. Me da un gran placer servirle de algo, estoy a sus órdenes.

A las seis llegó el peruano a quien Marcela citó para después de posar.

—Juraría que ha sido un hombre el que le ha posado para este retrato —dijo al ver el retrato, y dirigiéndose a la pintora—: está muy interesante, pero me sorprende cómo la ve usted.

—Es que aún no está terminado —contestó la pintora ruborizada—. Con una pequeña sesión más, quedará mejor.

—No —objetó el peruano sonriendo—, la impresión que Marcela le dio ya se ve en el cuadro, no cambiará con que trabaje usted un poco más el fondo que es lo que veo sin terminar.

La pintora se rio.

Después de hacer nuevas citas, el peruano y Marcela salieron.

—No sé por qué hay gentes a las que les doy impresión varonil —dijo Marcela cuando estaban en la calle.

—Yo tampoco me lo explico. Para mí eres una de las mujeres más femeninas que he conocido. Los imbéciles creen encontrarte fisonomía masculina porque no te ven maquillada y peinada a la moda. También basta con que una mujer tenga un poco de carácter, para que digan que parece hombre.

—En ella es otra cosa, ¿no lo crees? No cabe duda que es encantadora, inteligente y bella.

—Sí que lo es, si no temiera escandalizar a los moralistas la declararía subyugadora. Me convengo de que la cultura equilibra mucho la vida de esas gentes, aunque en esta ocasión no se haya dado cuenta de tu feminidad.

Caminaban distraídos y charlaban, cuando pasó una mujer junto a ellos conduciendo un carrito con cerezas. Marcela le indicó al peruano que se detuvieran para comprar algunas, en el momento que otras personas rodeaban el carro. Él atendió a su indicación, se detuvo y cogió una para probarlas. La vieja le dió un manazo que lo dejó sin saber qué hacer.

Marcela soltó la carcajada al ver a su amigo, rojo como una de esas mismas cerezas.

—Ah que tú tan delicado —le dijo sin poder contener la risa—. ¡Qué caso le haces a esa vieja! Vámonos y más adelante ya encontraremos otra. Yo no sabía que aquí por una cereza, te dieran un manazo; acostumbrada a mi tierra, donde llegas con las vendedoras del mercado y les dices: marchanta me deja probar sus camichines o sus jocuitles o sus capulines o su no importa qué fruta, y que ellas te contestan: sí marchantita, prebe, y te dan, no una, sino un puño. Pensé que aquí sería lo mismo. Me supongo que en tu tierra así es. Oye, pero las gentes civilizadas qué diferentes son, ¿verdad?... Ahora que me acuerdo, esa vieja no se sale con la suya, voy a comprarle y a robarle, al cabo que a mí no me vio. Espérame aquí mientras voy —se fue, y regresó con una

bolsa de cerezas sobre el brazo y cuatro o cinco en la mano—. Estas serán las mejores —dijo mostrándole las que llevaba en la mano—. Siempre la fruta robada sabe mejor. Estas sobre todo, por habérselas robado a esa vieja mula. Vamos comiéndonoslas, aunque sea sin lavar. Me gustaría ver a una de estas gentes en Tehuantepec —agregó.

—¿Por qué en Tehuantepec? —preguntó el peruano extrañado.

—Porque allá nada se compra.

—¿Cómo que nada se compra?

—Sí, entre las gentes de allá mismo nada se compra ni se vende; se cambian las cosas. Con los turistas, no, por supuesto.

—¿Cómo!

—Sí, por ejemplo: si tú vendes tamales, llevas tus tamales al mercado y allí los cambias por lo que se te antoje o necesites. Le mandas tamales a las que venden pétalos de rosa, totopos o chocolate, y ellas te mandan un jicapestle con pétalos de rosas, unos totopos o un jarro con chocolate... ¡Y qué chocolate! El mejor del mundo. Ahí, si el cacao de su chocolate no es tostado y molido el mismo día, ya no sirve, lo dejan para tomarlo en su casa, es muy viejo para venderse.

Fui allá, con Lombardo Toledano, su mujer y Diego Rivera. Cuando me vieron con ellos, las muchachas del mercado me preguntaron que por qué andaba con un gringo y un par de puercos pelados. La mujer de Lombardo y Diego, son gordos y blancos.

—Y lo de gringo a Lombardo ¿por qué se lo decían?

—A cualquier gente que sienten extranjera, le dicen gringo. Cierto que Lombardo es muy moreno, pero presentían lo extranjero de sus ideas. Son gentes muy instintivas. Me veían salir sola y me preguntaban: ¿Para cheo? Y yo les respondía: *Cha lu guía*. En seguida me decían muchas palabras con che que parecían mentadas y salían corriendo para irse al mercado conmigo. Una tarde me invitaron a bañar al río. Se bañan liadas en una tela que sujetan con una mano, mientras se jabonan con la otra. Sus telas son generalmente color carmesí, con listas amarillo oro o teñidas con cochinilla. Yo no podía bañarme. O me detenía la tela o me jabonaba. Y cuando decidí jabonarme, el río se llevó mi tela. Me tuve que salir como loca corriendo por la orilla del río,

no sabía nadar. Una de ellas fue nadando tras mi manta, la alcanzó y salió a dármele. Todas se morían de risa, se divertieron de lo lindo a mis costillas. Al verme los pies, se asustaron, estaban azoradas y yo avergonzada.

Les dije que era la civilización.

—¡Cómo! ¿A un dedo encimado con callo le nombran civilización? Te lo ví el otro día.

Bueno, yo así les dije. Y ni me avergüenzo de tenerlos así. Después, para consolarme, me contaron que con mucha frecuencia iban a bañarse gringas con unos pellejos colgados en lugar de pechos. ¿Te imaginas si fuera la vieja de las cerezas, cómo le iría...?

Después de lavar las cerezas, recostados sobre la cama charlaban y comían. Se habían comido casi todo el kilo, pero las últimas, ya sin ganas, las pelaron y las abrieron para examinarlas por sus diferentes colores, y todas estaban agusanadas.

—La tarde está preciosa —entró diciéndole Emma—. Hace muchos días que no te veía y estoy dispuesta a que los desquitemos; te traigo un programa padre, como dicen en tu tierra. Primero, iremos al museo de Luxemburgo para que veas por último *Le dimanche de la Grande Jatte*, que tanto te gusta; luego, te convido a tomar té a un cafetín del Boulevard Saint Michel, a ver si tienes la suerte, antes de irte, de encontrar al estudiante del romance frustrado. Después pasaremos por el jardín hasta las seis, para ir a reunirnos con Miguel o sea, con tu guatemalteco. ¿Qué te parece el programa?

—¡Soberbio!... Lo único que me cae como patada en el estómago es que no tengo qué ponerme. Ando vestida como la peor de las criadas. Ni en México acostumbro andar así. Pensando en que venía a París, de donde tantas maravillas nos cuentan que hay y tan baratas, no quise comprar nada allá y me reservé dizque para hacerlo aquí. Los vestidos que me has visto los hice para usarlos en el barco, y ahora me parece rechistoso ponerme vestidos que parecen de percal, con hebillas y botones de plata. Oye, de alguna manera tengo que usar estos botones y estas hebillas que son tan bonitas; también quiero

ponerme mis collares que me encantan. Aquí solo los millonarios pueden comprar las cosas bonitas y para comprar vestidos de los que hay miles, prefiero andar con los que traje.

—Vieras que no te ves mal, al contrario, las gentes que te han conocido opinan que te vistes con gracia y sencillez, y que tus vestidos tienen mucha personalidad. Encuentran refinado eso de que te pones un vestido corriente, discreto de dibujo y bien cortado, con adornos de plata. Es mucho mejor lo que tú te pones que lo que usan otras, vestidos relumbrosos de seda artificial, con botones de vidrio. Toda la vida prefiero los tuyos. Sobre todo, no te preocupes, la gente con la que andamos no se fijan más que en la estética, y el que te veas humilde no quiere decir que tengas mal gusto. Eso es lo importante.

—Ahora que me acuerdo, vámonos como sea, y como dicen: ande yo caliente, y ríase la gente.

El cuadro de Seurat, lo encontraron en el mismo sitio.

—Qué suavidad de colorido —exclamó Marcela al verlo—. Qué exactitud en el tamaño de sus pequeñísimos confetis. Qué conjunto tan arrobador. Se siente la vida que dejó el pintor en este cuadro. Parece que invirtió en él miles de años. Ya te he dicho que este cuadro, entre los que he visto, es uno de los que más me gusta. No me canso de admirarlo, voy a sentir nostalgia por él cuando ya no pueda verlo.

Media hora después salieron silenciosas y se dirigieron al Boulevard Saint Michel. El chico no apareció por ningún lado, pero Marcela, no se preocupó.

En el jardín se les presentó algo inesperado y que fue tema para una conversación divertida, como podría asegurarlo cualquier persona que las hubiera visto reír como lo hacían.

A unos treinta metros de la banca en que se sentaron, estaba un tipo al que Emma reconoció en seguida.

—¡Mira quién está ahí! —exclamó dirigiendo su mirada al individuo—, dis- que estudiando. Lo hace para que lo vean y piensen que es un sabio. Te aseguro que tiene un libro filosófico. Hasta lo ha de tener al revés.

—¿Quién es? —preguntó Marcela sin reconocer a la persona.

—Mujer, Luis Kinto. Le puse lo de Kinto, porque se cree un rey. Creí halagarlo con ello.

—Ah, vaya, muy cierto. Y a propósito, desde hace días quería consultarte algo referente a él, nada más que te suplico seas discreta y me des tu opinión sincera. Ya te he dicho que tarde que temprano tengo que hacer cierto experimento y para ello he puesto mis ojos en él, aprovechando que se me insinúa cada que me encuentra y que no me parece mal tipo. Además, es bastante atrevido, ¿qué te parece?

—Pero mujer, si es repedante. ¿Cómo voy a creer que escojas a ese tipo que no vale nada?

—Precisamente por eso está bueno. Es como cuando los hombres quieren servirse de sus amigas, sin estar enamorados de ellas; naturalmente escogen a las más tontas, para no sentirse con responsabilidad. No creas que no sé qué clase de tipo es, basta con saber que es diplomático para imaginármelo. Es despreciable un hombre joven que se meta a la diplomacia. Está bien que un viejo se dedique a vender sonrisas cuando en su vida es lo único que aprendió, le gusta el lujo y sabe que se las pagan bien. Pero en un hombre joven que aún tiene tiempo de aprender a trabajar, es inadmisibile. Se me figuran a las mujeres jóvenes que renuncian al amor por el dinero. No concibo la venta de carne sino cuando está a punto de podrirse. La carne fresca y de buena calidad aumenta su mérito cien por cien si se regala. ¿No te parece?

—Naturalmente que sí. ¿Entonces por qué aceptas a ese tipo? No te comprendo.

—No es que me guste ni que me interese, ya te lo dije. Pero es un tipo así el que necesito. ¿No ves que no me atrevería a meterme con un hombre nada más para eso, si no fuera como él? Descubriría mis intenciones y es seguro que después me detestaría o cuando menos me despreciaría.

—Pero oye, es que ese tipo no solo es pedante y estúpido, sino que no sirve para nada. Aunque sea por puro experimento, escoge algo mejor. Figúrate que cuando fui al baile de la embajada mexicana en donde él es primer secretario, nos abonamos a bailar toda la noche. Empezó a decirme que él era el tipo ideal para las mujeres, que tenía el refinamiento de los franceses y los ímpetus de los mexicanos, y después de tanto repetirme eso, me entró curiosidad y me fuí con él... Todo resultó falso. No sabe nada de refinamientos franceses y en el otro sentido, ten la seguridad de que pone en ridículo a tus

paisanos. Para que acabes de comprender que clase de tipo es, agrégale que a la hora de la hora me decía mamá. Tú sabes que nada de eso tendría importancia si tuviera un poco de espíritu, pero presumir de todo y no tener nada, es ridículo. ¿No crees? Mira que haber desperdiciado a Cremier y al tipo del Boulevard Saint Michel, para venir a caer con este sujeto, eso sí es triste.

—Vámonos pronto para que no nos vea —dijo Marcela levantándose y tomando el brazo de su amiga—. Pero la verdad no encuentro grave que te haya dicho mamá, en cierto momento las palabras no cuentan. ¿Qué dirías de un amigo de Andrés que en esos momentos le decía mamacito?

En el café encontraron al guatemalteco, quien a poco rato se levantó a saludar a alguien que Marcela no conocía.

—Es Jorge, el amigo que quiso presentarte hace tiempo —le dijo Emma a Marcela queriendo quitarle la curiosidad.

El guatemalteco regresó y les dijo que su amigo no había ido a saludarlas por estar acatarrado y sin deseos de hablar. Marcela volteó con exagerada indiscreción y exclamó:

—¡Ah qué viejo tan vanidoso! Como si estuviera tan guapo. Si realmente fuera inteligente, se daría cuenta de lo espantoso que es y no sería así de presumido.

—No es eso —objetó el guatemalteco un poco molesto—. Figúrate cómo acabarán por volverse los hombres a quienes todo el mundo quiere conocer y tratar.

—Está bien, pero eso no es motivo para que dejen de ser corteses con las mujeres, al contrario, ya que son tan solicitados, deberían prodigarse sabiendo la dicha que van a producir con ello —y volteando para donde estaba Jorge, añadió en tono de burla— y con esa calva tan horrorosa y ese pañuelo amarrado al pescuezo que lo hace parecer chivo. ¡Que se vaya al diablo!

Pocos días antes de que dejara París, el peruano llegó para llevarla al café de la Place Blanche donde se reunían los surrealistas.

—Les hablé de ti —le dijo— y algunos de ellos que te conocen de nombre, me recriminaron por no haberte llevado. Me dijeron que por ningún motivo

querían que te fueras de París, sin verlos. Como me acordé que esta tarde no tenías compromiso, les ofrecí llevarte.

—Muy bien. Vamos cuando gustes.

Estaban, si no todos, sí a los que más deseos tenía ella de conocer. Llegaron y la sentaron junto al que consideraban principal. Un hombre que parecía mucho más alto de lo que en realidad era, vestido con ropas como de obrero y con un aparente descuido hábilmente adquirido. Marcela advirtió que hablaba español y que entendía francés. Él asintió y le dijo algo en francés que ella no comprendió.

Atolondrada y nerviosa, empezó a decir:

—Desde que yo vivía con Gonzalo del Monte deseaba venir a París solo por conocer a los *subrealistas*. He oído contar de ustedes cosas tan interesantes y de sus escritos atrevidos y comentarios tan valientes y vehementes, que me emocionaba pensando en el día que tuviera la suerte de verlos.

—¿Oyó usted como dijo?... ¡Subrealistas! —observó uno de los compañeros del que hablaba con ella.

Pero él no contestó. Simuló no haber oído y bajó los ojos. Ella lo veía azorada y sin disimular su turbación, esperando su comentario.

—Cómo fue a escapárseme esa maldita b —le dijo al peruano cuando salieron—. Con razón siempre la he detestado, jamás he sabido usarla. A veces la he puesto en vaca, otras la he quitado en burro y ahora la metí en donde no debía... ¡Qué imbécil soy! Por ella bajé lo que más alto debía haber puesto. Sub... ¡Que bruta!... Subpiedra debería tener la cabeza. Y qué poca cosa me ha hecho sentir desgraciada: una letra, solo una letra, de una letra dependía mi felicidad y yo no lo sabía. Qué pobre diablo me siento cuando me descontroló; quisiera chicotearme como lo haría una vieja beata con el diablo si lograra tenerlo al alcance de su mano. Cómo se reiría Lola de mí si me viera en este momento tan deprimida, y con razón. Ahora me convenzo de que sí hay gente inteligente. Con el menor gesto que le hubiera notado recriminando mi barbaridad habría desmerecido ante mi concepto. Esos detalles son la clave de la inteligencia, lo demás es dedicación u otra cosa. Y qué bien disimuló para no humillarme.

—Realmente, cuando lo viste con mucha ternura, se hizo disimulado.

—Y el otro, tan imbécil que no supo perdonar ni comprender cómo estaba, que me encontraba entre gentes a quienes jamás había visto y que me interesaban tanto, y sin saber francés. ¿No debía haberme disculpado?

—Sí, desde luego. También me fijé en las miradas de odio que le lanzaste.

—¿Viste con qué payasa actitud le pedí el azúcar al poeta aquel de quien olvido el nombre? Como creyéndome la gran cosa y como si supiera muy bien francés. Era el puro despecho por lo avergonzada que me sentía.

—A mí me desagradó mucho que se pusiera a hacer la observación delante de ti, sin fijarse si lo hiciste por ignorancia o timidez. Y aun siendo por ignorancia, tú sabes cosas que él no sabe y no te hubieras portado de esa manera. Ya olvídalo. Y hablando de otra cosa, ¿a qué hora es la cita para la comida en casa de nuestros amigos?

—Creo que a las siete —respondió ella medio inconsciente.

—Ah, bueno, tenemos tiempo de llegar por mi correspondencia y de poner el cable que deseas.

—Pero oye; ¿sabes una cosa que se me ocurrió cuando me presentaron al médico psicoanalista y qué hubiera hecho si supiera francés?

—¿Qué? —preguntó el peruano con curiosidad.

—Hombre, exponerle el caso de Andrés para ver cómo interpretaba él su conducta. ¿No te hubiera parecido bien?

—Ya lo creo, muy bien. Pero nomás abriste la boca y te pusiste en ridículo.

Todos los invitados habían llegado. Ahí estaba Emma, el guatemalteco, el escritor calvo que no quiso ir a conocer a Marcela, un músico famoso y algunas otras gentes más. Esta vez, los dos esposos hacían los honores a las visitas. La cena se había preparado fuera de casa y él nada más preparó el *cocktail* y el café.

La pintora seguía resentida con Marcela y la recibió indiferente, a pesar de que esa noche podía haberle perdonado. Otra mujer se encargaba de borrarle la mala impresión que ella le dejara.

Pasaron a la mesa y Marcela procuró sentarse junto a Jorge, fingiendo no reconocerlo.

La conversación era muy animada, solo ella no hablaba, maquinando desquitarse del desprecio que le había hecho. Seguía su plan con fingida naturalidad.

Sirvieron el queso y empezó su propósito. Esperó a que a Jorge le quedara un pedazo, que fuera su último bocado, y se adelantó a tomarlo.

El volteó a verla extrañado, pero ella, inclinada sobre su plato, fingió no verlo. Después, para asombro de todos los invitados y con la misma fingida naturalidad, le daba sorbos al café de Jorge, quien le sonrió turbado cuando ella volteó.

Uno de los amigos que los había estado observando, exclamó:

—Lo que es ustedes ya se entendieron. Hagan de cuenta que yo no existo.

Marcela enrojeció.

—Siento deseos de abrazarlo, de agarrarle la cabeza y apretársela, o tocarle su frente —le dijo al guatemalteco cuando nadie los oía.

—Anda, házlo, aprovecha, no seas tonta. Pero no se te olvide que me dijiste que tenía una calva asquerosa y no sé cuantas cosas más.

—No niego habértelo dicho. Cuando te lo dije, así me parecía. Ahora me parece diferente. ¿Y qué tiene de raro que una cambie de opinión? Eso no es malo, lo malo es ser falso. Cambiar de opinión me parece lo más natural.

—Sí, tienes razón; pero procura no cambiar de opinión tan seguido.

Jorge tomó un libro de los que allí había, y dirigiéndose al dueño de la casa le advirtió:

—Después te lo repondré.

Dibujó en la hoja que estaba en blanco un corazón atravesado por una flecha y escribió: “A Marcela, con la esperanza de volver a verla”.

Muy emocionada se levantó y le dió un abrazo, y sin tomar en cuenta a los que la veían, le dijo:

—Si usted va algún día a México, yo estaré muy contenta y le enseñaré español.

—No, dígaselo en francés —insistió el músico famoso.

—*Si vous allez un jour a Mexique* —repitió ruborizada y excusándose por lo mal que hablaba francés— *je serai échanté, et vous montraité toutes les choses de la langue.*

Todos los hombres soltaron la carcajada, y las mujeres bajaron los ojos simulando rubor.

Jorge, sin poder contener la risa, gritó:

—*¡Enchanté! ¡Enchanté!*

Con curiosidad morbosa, Marcela volteó a ver a la dueña de la casa, que engarruñada sobre unos cojines, le lanzaba miradas de odio.

Al día siguiente, a las diez, salía para México. Hacía su equipaje, cuando llegó el peruano.

—¡Qué bárbara eres! —le dijo al ver que metía todo de prisa y hecho bolas—, así caben menos cosas. Espera, yo te lo haré.

—No vale la pena que te entretengas en minuciosidades. Te dejo que lo hagas, pero retaca todo como puedas, Después, nos subimos los dos sobre la petaca y con un peso completo y de pilón el tuyo, a la fuerza se cierra. Estoy admirada con qué cuidado doblas cosa por cosa y la guardas, tienes una exquisitez que cualquier mujer te envidiaría. Aunque aquí, en la pensión, te sospechan presidario, seguro por como usas el pelo. Piensan que tú eres el que se roba los focos. Yo no les he dicho que fue la alemana modelo de Man Ray, porque me da pena. Y ahora que termines, ¿no quieres que vayamos al café para que vea por último a nuestros amigos? Miguel y Emma van a ir. A ver si ahora me presentan al escritor ruso, el íntimo amigo de Gonzalo. Varias veces se los he suplicado y ninguno ha querido. Unos me dicen que no son amigos de él y otros que es un tipo insoportable y grosero del que voy a decepcionarme, pero con todo y eso yo quiero que me lo presenten. ¿Por qué tú no lo haces?

—Tiene un carácter de los diablos, con todo el mundo se pelea, ya te imaginarás lo difícil que es acercárcele y a lo que uno se expone con presentarle a alguien. Yo creo que solo siendo íntimo amigo de él podrá soportársele. Por mi parte, no me atrevo ni a hablarle. Lo saludo de lejos y nada más. No cuentes conmigo para eso dile a Miguel.

Ese día, víspera de dejar París, Marcela estaba resuelta a todo. Lo más absurdo le parecía fácil de hacer y de solucionar. Sentía deseos de poseer la ciudad sabiendo que salía de ella y para siempre. Se arrepentía de no haberle hablado al escritor, uno de los días que lo había visto, y temía que ese día, por mala suerte, no fuera a estar en el café.

Escuchaba los encargos y recomendaciones de sus amigos pensando en él, cuando lo vio entrar acompañado de otra persona. Se hizo a un lado para verlo mejor, y decidida lo llamó con la mano.

—Venga, por favor —le decía al mismo tiempo.

El escritor, extrañado de que le hablara, señalándose el pecho preguntó:

—¿A mí?

—Sí, a usted —le dijo levantándose para ir a encontrarlo—. No sé francés, pero espero que usted entienda español —agregó cuando estaba junto a él—. Me han dicho que tiene usted muy mal carácter, pero ahora no le tengo miedo. Mañana me voy y no quise irme sin decirle que desde hace muchos años deseaba conocerlo. Gonzalo me platicaba mucho de usted. Me pareció una tontería verlo y no hablarle. Después iba a arrepentirme.

El escritor, sonriendo, la invitó a que fuera esa misma noche a su casa para presentarle a su esposa. Se fue con él, lo que dejó a sus amigos perplejos.

—Es encantadora —exclamó Marcela, sin poder dominar su sorpresa al conocerla. Había mucha diferencia entre la que salió a recibirlos y la que se había imaginado.

Estaba ahí otra persona, de quien el dueño de la casa dijo que era el escritor ruso más interesante contemporáneo.

—Ah, sí —contestó admirada al oír la presentación—. Lo conocía mucho de nombre, pero no he leído nada de él. No sé ruso. Ni de usted tampoco he leído nada —agregó intimidada dirigiéndose al dueño de la casa—. Por desgracia no sé francés.

—Pero todas mis obras están traducidas al español. Para mi *Julio Jurenito* me inspiré en personajes mexicanos, y las de mi amigo, en su mayoría —le objetó él, viéndola con curiosidad.

Marcela palideció, y con una ingenuidad conmovedora murmuró:

—La mera verdad, yo nunca he leído nada de nadie. La mayor parte de mi vida he estado enferma y llena de preocupaciones. Ahora que regrese a México voy a dedicarme a leer. Estudiaré idiomas para leer también lo no traducido y que me interese.

El dueño de la casa, que fue el único que entendió lo que ella dijo, se sonrió. La esposa y el visitante se quedaron viéndola con seriedad.

Qué bueno que estos no entienden español, para que no se den cuenta a qué grado me pongo en ridículo, pensó.

Después de terminar de tomar el té y un exquisito panqué con mermelada rusa que les obsequió la dueña de la casa, se despidió y tímidamente dijo:

—Espero verlos algún día en México, ahí corresponderé sus atenciones.

—No, en México no, aquí mismo. No faltaba más, aquí mismo —dijo el dueño de la casa con tal seguridad que Marcela sospechó que no había entendido que ella se iba al día siguiente.

—Pero es que me voy mañana —le objetó un poco asustada.

—No importa, aquí mismo —le insistió al darle la mano.

Temblando de miedo, salió. Pensaba que tal vez él quería pasar el resto de la noche con ella.

La nueva esposa de Gonzalo fue a recibirla al muelle. La invitó a su casa y le insistió en que se quedara una semana con ellos.

—Economizarás lo del hotel y conocerás un poco mejor Nueva York —le dijo con insistencia y sinceridad.

—No sabía que estuvieras aquí —exclamó Marcela sorprendida de verla—. Tenía la seguridad de que se habían casado porque Gonzalo me lo dijo cuando salía de México, pero no esperaba verlos por acá.

Se fue con ella y al poco rato se sintió en casa de ellos como en la suya propia.

Allí encontró a la comunista, que regresaba de Rusia, quien esta vez hablaba desilusionadísima de ese país. Le había tocado el invierno. Se quejaba de las colas que tuvo que hacer en las tiendas donde le correspondía comprar.

Le vendían lo justo para el día y a veces el frío era tan fuerte que no se resolvía a salir y se quedaba a puro té y azúcar.

—No tienen idea de lo terrible que es eso —les decía—. Se siente como si fuera a paralizarse el corazón. Me apretaba las manos para convencerme de que aún las tenía, ya no las sentía. Y sin tomar en cuenta lo del clima, da verdadera pena ver a las mujeres tan mal vestidas. Lo ven a uno como animal raro. A mí me agarraban el vestido y lo palpaban para ver de qué estaba hecho, luego exclamaban: ¡qué suavcito! Y eso que mis vestidos son de los más corrientes que hay aquí. No tienen idea de la miseria que viven esas gentes. No se lo pueden imaginar. Aquí donde hay tantas comodidades, que en pleno invierno andamos dentro de la casa con vestidos delgados porque todo está bien calentado, y que en verano, como ahora, se mete uno a la cocina y hasta ahí se siente fresco porque el refrigerador funciona día y noche. Es imposible imaginar lo que pasa allá. Es algo terrible.

Gonzalo y su mujer salieron y les advirtieron que no regresarían hasta en la noche. La comunista propuso que fueran a ver qué comían. Y mientras Marcela ponía la mesa, ella sacaba del refrigerador todo lo que había. Frutas secas, frutas frescas, diferentes quesos, mantequilla, nueces, carnes frías, pan, mermelada y hasta una botella de vino. Después, la comunista, con las manos puestas sobre las caderas, exclamó:

—No es justo que nuestra mesa esté tan sugestiva y abundante, y solo sea para ti y para mí. ¿Qué te parece que les hable a dos amigos para que vengan a hacernos compañía? A Phillips y a Shawfler, por ejemplo.

—Muy bien. Me parecen muy agradables.

Media hora después, los cuatro sentados alrededor de la mesa comían y reían. Y cuando ellos se retiraron, viendo la comunista que se quedaban solas, propuso que se robaran alguna cosa.

—Algo así como uno de tantos objetos de arte que Gonzalo tiene. No sea- mos guajes, aprovechemos la ocasión de que no están para cogerles algo. ¿Cómo vamos a tolerar que ellos vivan en la abundancia con todo hasta de sobra y nosotros en esta pelasca? Al cabo que cuando lo echen de ver, estaremos muy lejos. ¡Qué caramba! Tenemos que hacernos justicia con nuestras propias manos. Mira nomás tantas cajas de chocolates rancios, porque no hay quien se los coma, y nosotras, sin una. ¿No te parece injusto?

—Sí —respondió Marcela con indiferencia— tienes razón en lo que dices; pero se te olvida que yo no soy stalinista.

Por el ansia de llegar, separó pasaje en el *Oriente*, con lo que renunciaba a reencontrarse con sus amigos. La comunista también se embarcó ese día, y al despedirse le pidió que por favor la despertara a las ocho para desayunar juntas. La mañana era maravillosa. Los rayos del sol llegaban hasta su cama. Había gran alharaca sobre cubierta. Lavaban el piso tres marineros. Mientras uno echaba chorros de agua con la manguera el otro frotaba con el cepillo y el tercero secaba. Andaban descalzos y con un pantaloncito blanco y corto que ceñían a la cintura con una ancha banda azul marino. Marcela se puso a examinarlos de pies a cabeza y permaneció así, hasta que ya no pudo verlos porque se fueron al otro lado de la cubierta. Entonces, bostezando, exclamó: ¡Qué bueno que soy proletaria!

Había dormido poco. Pensó hacer varios preparativos desde la mañana, para poder dormir. Comeré solo legumbres y frutas, y tomaré un baño largo y tibio antes de acostarme, se dijo. Caminaré por el barco siquiera una hora antes del desayuno y otra después de cenar. Así, seguro que me dará sueño hasta parada. ¡Dichosas las gentes que duermen como mujer embarazada!

Terminó de vestirse y fue a despertar a su amiga para ir juntas al comedor.

—¡Hola, qué gusto me da volver a verlo —dijo con sorpresa al mesero que las servía—. Lo que menos me imaginaba era encontrarlo aquí, lo hacía en otro barco.

—Pues lo mismo me ha pasado a mí, tenía la seguridad de que usted ya habría regresado a México, creí no volver a verla. Casi todos los compañeros venimos aquí, hubo muchos cambios. A nosotros nos tocó en este barco, que como usted ve, es más chico y feo. Pero con tal de trabajar con los compañeros que ya conocemos, pasamos por todo... Aquí vienen Bruno, Martín, El Moro y otros de los que conoció.

—¡No me lo diga! —exclamó emocionada, pensando en el ayudante del sobrecargo, pero no se atrevió a preguntar por él—. No les diga que aquí vengo, para darles la sorpresa personalmente —agregó.

—No tenga cuidado. Luego que termine de desayunar vaya a la cantina y entre por la puerta de atrás; ahí encontrará a Bruno lavando la loza de anoche. ¿Ya ve que embarcamos a las once? Pues a esa hora hubo pasajeros que quisieron emborracharse. El pobre se acostó esta madrugada a las cinco. No cabe duda de que es el que más se talla.

Marcela terminó de desayunar y se encaminó a la cantina, para sorpresa de su amiga la comunista. Antes, envolvió fruta en una servilleta y se la llevó. Su amiga se la quedó mirando y moviendo la cabeza.

Encontró la puerta medio abierta y vio que Bruno lavaba la loza con desgano y mal humor. Él volteó al escuchar un ruido que ella hizo sin querer, dejó lo que tenía en la mano, fue a encontrarla y se la llevó abrazada hasta medio cuarto.

—¡Qué loco es usted! —exclamó con violencia estando entre sus brazos—. No ve que las gentes que pasen frente a la puerta nos van a ver. Van a decir horrores.

—No importa, es por el gusto de verla, no tiene nada de particular.

—Sí, pero tampoco había tenido con usted suficiente familiaridad, como para que me tratara así.

—Es cierto, pero fijese que en estos días precisamente me había acordado mucho de usted. Me preguntaba si ya habría pasado para México la señora Marcela. ¡Y ahí nomás que la voy viendo!

—Oiga, por favor quíteme lo de señora —y luego, con fingida indiferencia preguntó— ¿Qué pasó con el ayudante del sobrecargo? El loco aquel, el rubio.

—¿A poco le gustó?

—No, nada de eso, sino que se quedó con un cuaderno que deseo recuperar.

—Pues no hemos vuelto a saber nada de él. Con nosotros solo anduvo dos meses. Era un muchacho inglés de buena familia, que no sé por qué calaverada el padre lo obligó a trabajar en sus vacaciones escolares. Era estudiante de ingeniería. No sé si usted supo qué clase de chico era... ¡Bueno! ¡De lo peor! Cuando llegamos a Nueva York del viaje en que la dejamos en la Habana, se peleó con el otro ayudante... el veracruzano... Aquel moreno. ¿Se acuerda? Pues figúrese que se dieron una entrada de golpes tan formidable que fueron a dar a la cárcel. El veracruzano estuvo a punto de perder un ojo. Era mucho más ponchudo el güero.

—¡No me lo diga! —exclamó Marcela conteniendo la risa para disimular que le había agradado lo que acababa de oír, y sin atreverse a preguntar cómo se llamaba el ayudante del sobrecargo. Ya para salir exclamó—: ¡ah, qué tonta soy! Me iba sin darle la fruta que me robé para usted.

Esta vez sí se divertía en el barco. Todos los días entraba a la cocina para ver qué era lo que iban a comer. Allí le decía al mesero lo que debía llevarle, y él siempre se excedía a sus peticiones. La fruta mejor era para ella y para su amiga, y los helados de crema se consumían en su mesa por docenas.

Esa tarde la comunista fue a tomar el té y a cantar a la cabina del capitán, invitada por una norteamericana que viajaba con ellas. Tenía una bella voz de contralto y sabía canciones populares antiguas y modernas de las más escogidas. La acompañaba su hijo pequeño que viajaba con ella y que cantaba también en ruso y en otomí.

A la hora de la cena las dos amigas no se vieron. Marcela, como en la mañana, volvió a llevarle fruta a Bruno. Lo acompañaba a cenar cuando llegó la comunista.

—Vengo a invitarte a tomar un cocktail, al camarote del capitán —le dijo con tono enérgico.

—Imposible, no puedo ir, tengo mucho sueño. Además, ni bebo, ni fumo, ni canto. Saldría sobrando.

—¡No! De ningún modo puede ella aceptar —dijo Bruno, que la había escuchado.

—No es porque usted no quiera por lo que no iré —le objetó Marcela riéndose—. No sea usted vanidoso, de ningún modo iría.

La comunista indignada, dirigiéndose a Marcela exclamó:

—¡A ti lo único que te llama la atención, es la cusquería! —y dirigiéndose a Bruno, añadió—: y usted, tan tarugo que se cree de ella. ¿Qué no sabe que se ha divorciado dos veces y que dejó a dos hombres aniquilados después de estafarlos? —señaló a Marcela con el dedo y terminó diciendo—: esa que ve allí, no sabe más que burlarse de los hombres.

Marcela sin contestar, se fue a su cabina. Mientras se desvestía, pensaba en lo útil que es aprender a renunciar a las cosas y a las gentes, pero que le parecía triste haberlo aprendido hasta después de tantas decepciones. Confirmaba una vez más el beneficio que recibió de haber estado a la orilla de

la muerte y de sentirse siempre sola. Se acostó, y por primera vez en mucho tiempo durmió profundamente.

Después de insistir varias veces, Bruno obtuvo respuesta.

—No pude venir antes, porque hasta ahora se fueron unos borrachos que toda la noche me dieron lata —le dijo desde la ventanilla, al ver que Marcela había despertado—. Quería que usted supiera que no creí nada de lo que dijo su amiga la bolchevique. Estoy seguro de que habló por pura envidia. Después me dijo que estaba muy apenada y que le iba a pedir perdón. ¿Lo hizo?

—No, pero ni falta que me hace —contestó tratando de levantarse.

Él le pidió que no lo hiciera y le propuso que se vieran más tarde, apenas iba a acostarse.

—Bueno, me sentaré siquiera para verlo mejor —y luego, pensativa, agregó—: ¿ya ve por lo que no me gusta ofender? Por no tener que humillarme después. Son dos defectos que detesto, aunque lo segundo sea para muchos una gran virtud. ¿Qué necesidad hay de humillarse, cuando no se ha ofendido? Las ofensas son el fruto de las almas mezquinas y la humildad la consecuencia de la mezquindad. Quien no ofende, no soporta que lo ofendan. Solo Cristo pudo poner la otra mejilla, los demás nos mostramos humildes por justificar nuestra mezquindad o por servilismo. Quien respeta los derechos ajenos no tiene por qué humillarse. Desgraciadamente a mi amiga le pasa siempre lo contrario. Constantemente hace papelitos, porque constantemente se mete en lo que no le importa... Bueno, ya váyase para que descanse, no debo entretenerlo más. Nos veremos por la tarde.

—Adiós y que siga durmiendo —dijo Bruno alejándose.

Esa mañana llegó la comunista disculpándose y la invitó a pasear sobre cubierta. Marcela aceptó, sin darle importancia aparente a lo acontecido el día anterior.

El cielo y el mar se hubieran confundido si no fuera por una pequeña lista café que los separaba. Un viento cálido que llegaba del frente las hacía sudar. Recargadas sobre el barandal veían cómo la lista iba creciendo poco a poco, y que de ella se desprendía un pequeño barco que parecía un juguete.

—Viene pasaje de Yucatán —les dijo Martín, que estaba junto a ellas.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamaron las dos a un mismo tiempo.

—Pero parece que el barco no camina —agregó la comunista.

—Sí, así parece, pero en media hora más estarán junto a nosotros —contestó Martín con los ojos fijos en el barco.

—¡Ah, qué calor hace! —exclamó Marcela dándose aire con un periódico que tenía en la mano.

—Sí, ustedes los gordos, deben sentirlo más —advirtió Martín, con sequedad.

—¿Yo, gorda? ¡Vaya! No me lo había imaginado —exclamó con sorna.

—Ya lo creo, regorda —contestó Martín sin tomar en cuenta el tono con que hablaba—. De menos aumentó diez o doce kilos en los seis meses que dejamos de verla. Si no me cree, mientras el barco llega venga conmigo a la bodega para desengañarnos. ¿Se acuerda que la otra vez usted pesó diez kilos menos que yo? Ahora ha de ganarme con dos o tres, y vaya que soy un poco más alto que usted y lo disimulo más. Dese cuenta cómo se verá usted.

Marcela lo jaló en dirección a la bodega y le dijo:

—Va a ver en qué ridículo queda con sus mentiras... ¡Qué horror! ¡Quince kilos más! Es un hecho que si me quedo en París más tiempo, pronto sería un monstruo... Sí, claro, lo había notado un poco en la ropa. De día en día tenía que sacarle las costuras, pero más que a mi gordura, lo atribuía a las lavadas de los vestidos. Desde que salí de México, no he vuelto a verme en un espejo de cuerpo entero. El barco llegó y los pasajeros empezaron a transbordar. Martín se fué a recibir el equipaje y regresó después para informarles que los que llegaban eran políticos derrotados.

—¡Ah, caramba!, deben ser de los nuestros, perdieron los izquierdistas —exclamó la comunista, y se fué a encontrar a los recién llegados.

Un momento después regresó con tres de ellos y dos traían guitarras. Al presentárselos a Marcela le dijo:

—Les he prometido que esta noche iremos a visitarlos para cantar y tocar.

—Muy bien, allá iremos —contestó Marcela sonriendo.

—¡Pero qué calor hace! —exclamó uno de los recién llegados.

—Sí —dijo Marcela— hace muchísimo. Creía que nomás yo lo sentía así de fuerte, pensé que solo los gordos lo sentiríamos así.

—¿Gorda usted? ¡Qué barbaridad! Si acaso fuerte. Sobre todo, está perfectamente así.

Con una sonrisa maliciosa Marcela volteó a ver si su amiga se había dado cuenta de lo que acababan de decirle, pero la comunista, sin verla, subió los hombros.

Las voces de todos hacían un conjunto vibrante y armonioso. La comunista cantaba con ellos. En un momento en que dejaron de cantar, Marcela llegó a sentarse junto a ella.

—Es seguro que ya te gustó alguno de los yucatecos, de lo contrario, no creo que hubieras venido —le dijo la comunista al verla.

—Tienes razón, qué bien me conoces. Precisamente el de los ojos claros me gustó desde que lo vi, pero a nadie le importa.

—Ya lo creo que no me importa, nomás te lo dije para saber si soy buena psicóloga.

—Sí, eres magnífica —agregó Marcela con ironía.

En seguida se puso a escuchar una canción que se llamaba Xcolonté, la que a petición general, repitieron tres veces. También cantaron corridos y sones, y parodiaban las canciones más conocidas y de moda con alusiones burlescas para el gobernador triunfante. Las dos amigas estaban encantadas, sentadas sobre el suelo. Marcela cambiaba miradas con el de los ojos claros.

El capitán llegó a pedirles que subieran a cantar a primera clase, porque unos norteamericanos lo deseaban.

—No faltaba más —gritó la comunista—. Si no son titiriteros. Si quieren oírlos, que bajen ellos y que paguen.

—No, de ninguna manera, ni aunque nos pagaran —advirtió el de los ojos claros al levantarse a guardar la guitarra, y cuando regresó, fue a sentarse al lado de Marcela.

La comunista se despidió muy seria.

Sus amigos de la tripulación insistieron en que se quedaran en Veracruz los días que el barco permanecía ahí. La comunista aceptó, pero Marcela tenía ansia de llegar a su casa.

—Nunca se tiene tiempo de ver Veracruz porque siempre se llega de paso y con prisa —les dijo Marcela al despedirse—. Me gustaría pasar unos días aquí y que me tocara la suerte de volver a verlos. Ojalá que en las vacaciones de fin de año se me conceda. Adiós, pues, y hasta pronto.

Sus familiares y Lola estaban en la estación. Con avidez le contaron las novedades. Lo primero que le preguntaron fue que cómo le había hecho sin saber inglés ni francés, y que si se había divertido. Le dijeron que se veía por sus cartas que en París se había divertido más que en Nueva York, pero que como ciudad le gustaba menos.

Su hermana Inés le preguntó que por qué venía tan mal vestida viniendo de París y que por qué se había regresado tan pronto.

—Si no fuera porque nuestro dinero no vale nada en el extranjero, me hubiera quedado un poco más y comprado algunos vestidos, pero con lo que yo tenía, solo de percha podía habérmelos comprado. Y ya no quise quedarme porque sentía una tristeza profunda acordándome de mi tierra y de mis cosas. Me parecía injusto andar yo de paseo como diplomático o político desterrado, y aquí, con tantos problemas sin resolver. Ya sé que no sirvo de nada y que nadie me toma en cuenta, pero eso no impedía que yo sintiera una profunda tristeza. ¿Y cómo anda por acá la cuestión política? ¿Qué cosas nuevas se han hecho en arte? ¿Qué libros nuevos han salido?

—Pues oye —contestó Lola al ver que los familiares atendían otros asuntos—, yo creo que todo está más o menos como lo dejaste. En libros y en arte, por ejemplo, estoy segura que está igual. Nadie trabaja por ocuparse de la política. Es la única manera de llegar a tener automóvil. Por eso en política es donde realmente sí ha habido movimiento. Aunque los cambios sin trascendencia, como siempre. Ya sabes, todo queda en familia. Sí, entre la “familia revolucionaria”. El cambio de presidente es el despiste. Ellos se cambian, pero solo de una oficina a la otra. Procurando siempre el mismo sueldo y más o menos la misma categoría. No importa si se van a Educación, a Agricultura, a Guerra o a Gobernación, lo importante es que tengan la misma representación y poco más o menos igual sueldo... Sabe Dios hasta cuándo cambiará esto. Opino, que la situación actual va a superar en récord de duración a la época porfiriana, y como comprendes, va para larguito. Los de ahora, como los de

aquel entonces, por nada del mundo quieren dejar el huesito, y no hay nadie que se atreva a quitárselos. Si no, ya te acordarás de mí. Empieza porque a don Porfirio no hay todavía un mexicano que se atreva a quitarle el “don”. A ese señor aristócrata todo el mundo lo respetó. Aún lo respetan. Hasta a Dios le decimos de tú, ¿pero a él?... ¡Imposible! De tú solo se les habla a las gentes que sentimos a nuestro alcance, a las que podríamos llamarles populacheras. Sentimos cofianza con Cristo, al que se oiría rarísimo si le antepusiéramos el “don”. Con Miguel Ángel, con Shakespeare; sería curiosísimo que alguien les dijera don Miguel Ángel, don Guillermo. En cambio a los aristócratas nadie se atreve a faltarles al respeto. Siempre serán: don Porfirio, don Alfonso XIII y don Catarino... No sé quién es don Catarino, los muchachos de la escuela lo mientan mucho.

—Vaya, me sorprendes haciendo guasas, tú que nunca las hacías. Y ahora que nos hemos quedado solas, ¿qué me cuentas de la persona por quien te has de imaginar me intereso?

—Esperaba que con el viaje lo hubieras olvidado, pero veo que vienes igual. No tienes remedio. Hace poco lo encontré a la salida de la Secretaría de Relaciones. Traía cogido del brazo a un amigo, pero al verme lo soltó, y después hizo como que se sorprendía de encontrarme. Me lo presentó, se llama Alfonso.

Me contó que ya no escribía en los periódicos, que no lo habían comprendido. Que primero publicó dos o tres artículos filosóficos, que por la ignorancia de los mexicanos no gustaron. Que después escribió sobre crítica de arte y pasó lo mismo. Hasta llegaron cartas a la redacción, protestando. Y por último que el jefe le pidió que escribiera sobre las artistas de cine, pero como salió en defensa de las curvas de una de ellas, las chicas modernas de cuerpos planos protestaron y se quedó sin chamba. Físicamente está más feo que nunca, avejentado y flaquísimo. Uno de sus amigos me informó que todas las noches se desvela, se la pasa en cabarets, en compañía de su amigo al que le dicen Varita de Nardo.

—¿Y de mi hijo, qué me cuentas?

—De él no sé decirte nada. No lo he visto. La única que puede decirte algo es Inés, que lo ha seguido viendo. Parece que la señora no permitía que se lo trajeran a tu madre.

—Sí, ya Inés me dijo que lo ve de mejor color y un poco repuesto, y que ya sabe comer otras cosas, además de arroz y frijoles.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Te lo vas a traer? ¿O se los vas a dejar?

—Pienso ir mañana mismo por él. Aunque todavía no lo quiero, me considero obligadísima a atenderlo, ya te lo he dicho. Sería de un egoísmo imperdonable, casi un crimen, que porque no me da placer quererlo, se los deje a gentes de moral tan extraña. Me explico que la Virgen María haya dejado a su hijo callejear por no importa dónde, como cuando lo encontró en el templo predicándoles a los doctores. Pero quien está en condiciones tan distintas, con un hijo que está lejísimo de parecerse al Niño Jesús, creo que lo mejor es que se lo amarre a la cintura. ¿No te parece?

—Sí, claro, yo creo que la vanidad de una madre, más que por ella misma, la tiene por sus hijos. De lo malo que ella tenga puede tal vez sentir responsables a sus padres, pero de los defectos de sus hijos sabe que la única responsable es ella. En sus hijos ve lo que fue capaz de producir, y lo que ellos hacen lo siente más propio que lo que ella hace. ¿No te parece?

—Tienes razón —dijo Marcela, y se quedó pensativa.

—Bueno, ya hemos charlado mucho, me voy a la escuela, me esperan. Y te recomiendo que hagas gimnasia, gimnasia y más gimnasia. Aun a las profesoras, que tenemos fama de mal gusto, nos pareces gordísima... ¿sabes? Y a propósito, pronto va a inaugurarse en las escuelas un curso de estética. Les servirá mucho a niños y jóvenes y hasta a las mismas profesoras. Se quiere que por ese medio lleguen los mexicanos a interesarse por el verdadero arte y que olviden un poco a Hollywood.

—¡No me digas! ¡Está rebién! Ya me avisarás con precisión para ir a inscribirme.

CONCLUSIÓN

Cuatro días después de haber llegado, su vida volvió a la monotonía de antes de irse. El hastío comenzaba a molestarla y el tedio se apoderó de ella más y más. ¿Por qué fuerza misteriosa le desaparecía la impresión del viaje y el recuerdo agradable de lo que en él había vivido? Empezaba a parecerle como si solo hubiera visto una película más o menos larga, más o menos agradable y nada hubiera cambiado en realidad. Su mundo real en estos momentos eran sus fracasos matrimoniales, su soledad y el recuerdo de su enfermedad, que le venía a la mente con la violencia de un rayo y con la claridad de cuando aun estaba convaleciente. Lo que menos podía olvidar y perdonar era el desprecio con que la trataron los médicos, lo que en este momento le avivaba el rencor. Y el hecho de tener que buscar un empleo completaba su mal humor. Acabó por no desear ni esperar nada.

La apatía absoluta que la envolvía la entorpecía hasta el pensamiento. Se puso a analizar cada caso probable de amor con que se había encontrado durante el viaje, y no sabía si arrepentirse o no, de no haberse entregado a ellos. No quería seguir engañándose por más tiempo, y acabó por confesarse a sí misma que aun sentía cierto interés por Andrés, sin embargo no sabía cómo clasificarlo. Hubiera preferido saber que él se interesaba por ella y que la buscaba, a que lo hiciera cualquier otro de los hombres que conocía, aun teniendo la seguridad de que valiera más que él. Convencida de que esa era la más grande realidad de su vida y aun pensando no volver a vivir con él, estaba segura de que su deseo más ardiente era verlo, por quién sabe qué idea que no podía aclarar, ni tampoco lo deseaba. Le parecía miserable sentir esto, pero para dejar de sentirlo necesitaba una fuerza que por el momento no tenía y tampoco sabía cómo obtener. Renunciar a su amor propio era lo principal, según ella, y por donde debía empezar. Pero lo más difícil le parecía admitirlo. Pensaba, como disculpa a sus pequeñeces, que el hecho de no poder desprenderse de una cosa que todavía veía con escondrijos, lejos de ser una debilidad, como se lo aseguró su amiga Lola, era una fuerza. Pero de esto tampoco estaba convencida. Recor-

daba lo que en cierta ocasión le había dicho su amiga, a propósito de ciertas apuestas que hizo con Gonzalo y en lo que tampoco se pusieron de acuerdo.

Una vez, por una discusión sin importancia, Gonzalo y ella se rompían los platos sin que ninguno transigiera. Marcela, hecha una fiera porque Gonzalo la contrariaba, con los ojos centelleantes y las manos crispadas por la rabia, juró no volver a dirigirle la palabra. Pero Gonzalo, riéndose maliciosamente, apostó cierta cantidad de dinero a que con solo pasarle la mano por la espalda y haciéndole unas cuantas caricias, al momento caería.

Lola en esa ocasión, después de conocer su derrota, le dijo:

—El hecho de ser tan fácil para Gonzalo ganarte siempre las apuestas, no es más que una prueba de tu debilidad y de tu falta de carácter.

—Yo pienso lo contrario —contestó Marcela—. El hecho de no poder resistir aunque me proponga hacerlo, creo que es prueba de un determinado temperamento. Me parece absurdo que a eso le nombres debilidad.

—Yo estimo y juzgo casi como sacrilegio entregarse a un hombre sin estar convencida de ser amada y respetada por él. Entregarse a un hombre en esas condiciones es carecer absolutamente de pudor.

—Pues a mí me parece retonto eso. Es tanto como admitir que nos coman enteras los gusanos. ¿No es preferible ser bocado de los hombres, aunque sea en parte, que de esos asquerosos animales? Es que podemos escoger a nuestro victimario.

—Yo creo —dijo Lola contrariada— que una mujer, solo debería entregarse cuando tuviera la seguridad de que para el hombre con quien lo hiciera, iba a ser un verdadero honor, una gran sorpresa, un infinito placer, algo así como un don caído del cielo que le sería inolvidable toda su vida... Y ya no quiero discutir contigo, sé claramente que nunca nos pondremos de acuerdo, es inútil. Por último te digo que por ese camino vas derecho a la desilusión y al fracaso, tal vez hasta al drama.

—¡Qué va! —contestó Marcela alzando los hombros—. La vida como te la imaginas es pobre y mediocre. Una vida sin peligros es despreciable. Yo creo que hay que arrojarse a las pasiones para estar seguras de qué tanto se vale. Por ningún motivo debemos conformarnos con los méritos que a veces se nos atribuyen, es un falso halago para nuestra vanidad, en el que solo los idiotas creen, y

que nosotras no debemos considerar verdad, sino hasta comprobarlo. La fe es una virtud pasada de moda. Creer en lo que no se ve es tanto como aceptar ser un imbécil. Esa impresión me dan los creyentes. Afortunadamente a nosotras nos ha tocado vivir en una época en la que empieza a no creerse en nada, ya casi ni en lo que se ve. Ya verás cómo dentro de poco se acabarán los misterios, cuando pueda radiografiarse el espíritu, es decir, las funciones de nuestros órganos, que según yo son las que lo forman. Hasta la palabra fe va a tener que salir del diccionario por inútil. Y cómo van a reírse las gentes de algunos filósofos... No te digo "vamos" a reírnos, porque yo desde ahora me carcajeo. Verás cómo van a vivir después los hombres. Harán siempre lo que los buzos que se arrojan al fondo de mar por ver si sacan la perla que los ha de enriquecer para toda la vida, sin esperar que del cielo les venga la felicidad y les llueva oro. Serán muy arriesgados, espero que nos toque verlos.

Lola salió creyendo que su amiga no había hablado en serio y Marcela se quedó, riéndose de las teorías de su amiga, y dispuesta a poner en práctica las suyas, nada más cuidándose de que ella no llegara a saberlo. Y no porque le tuviera miedo, simplemente por evitar discusiones. Lo que más le molestaba de su amiga era que se tomara la vida tan en serio. Le parecía complejo de inferioridad temerle a un más allá incierto. Lo consideraba pura cobardía, miedo a algo de lo que nadie sabe nada, ni sabrá. Aun reconociendo que las gentes como ella, las que dicen reírse de la vida, casi siempre se ponen en ridículo en el más leve fracaso, como cuando recurren a sus amigos los serios a pedirles consejo con un sentimentalismo cómico. En estos momentos, dispuesta a reincidir, hasta esto admitía. Estaba resuelta, decidida: iba a abandonarse a sus caprichos y a entregarse a su idea sin importarle el resultado, aunque después se sintiera hundida en el lodo. Hasta tenía previsto un pequeño peligro de morir. Claro que a nadie le iba a explicar ese peligro, entraba en juego una moral que solo a ella debía interesar y convencer. Moral que era resultado de lo enferma que estuvo y del medio en que había vivido. Sabía también que ahora que ya no tenía marido, ciertas amistades iban a calificar esos resultados como pura desvergüenza, y aunque a la única crítica que temía era la de su amiga, por considerarla inteligente y con menos prejuicios, más sincera y justa, prefería que nadie lo supiera.

Después de meditar largamente frente a una mesa, en la que había colocado una hoja de papel, se puso a escribir una carta. Se reconfortó al pensar que los únicos dramas que ella concebía eran la vejez y la muerte, y no estaba segura de que la vejez lo fuera, más que por ciertos conceptos que había escuchado de algunos de sus amigos jóvenes. Ellos aseguraban que se suicidarían antes de llegar a los cuarenta, por el pánico que les infundía la vejez. Pero dejando de lado esas opiniones que ponía en tela de juicio, se reía de la vejez. Recordaba muchos casos de personas a quienes les había preguntado si querían morirse, a ancianos octogenarios y centenarios de los que viven de limosna. Todos, sin excepción, le contestaron que no, y le pedían a Dios con toda su alma que les alargara la vida lo más posible. Con esto, le parecía difícil asegurar que la vejez fuera un drama.

¿Pero la muerte...?, reflexionaba Marcela, eso sí es serio. Indiscutible. Ineludible y fatal. Cuando una se imagina a los criminales dormidos, con apariencia angelical y para siempre, sin volver a sentir la voluptuosidad del crimen y el miedo a ser descubiertos. Cuando los artistas dejan de sentir el deleite del éxito y el placer de contemplar su obra. Los millonarios, agusanados y corrompidos bajo la tierra, han dejado sus palacios y riquezas para que otros se entreguen con ello a los placeres y no tengan tiempo de recordarlos. Que los niños de piel suave, manos finas y pies pequeños van a parecer perros muertos y sus ojos, azules o negros, de mirada angelical, serán el alimento de los asquerosos gusanos. Cuando se nos antoja resucitar al muerto y preguntarle: ¿de qué te sirvió tu vanidad, si ahora nos horroriza verte y nos repugna olerte? Y al amante le diríamos: para qué nos escatimaste tu vida, si con ella nos hubieras dejado un recuerdo inolvidable y mermado a los gusanos cuando menos tu corazón... Que quisiéramos resucitar a nuestros seres queridos para preguntarles si fueron felices en la vida, y nos consolaría saber que sí y que no era justo que hubieran pretendido vivir más.

Pero cuando esto es imposible, cuando nuestros padres, nuestros amigos o nuestros hijos se van para siempre y nos dan la impresión de que nunca fueron felices, ¿no es espantoso? ¿No es para temerle a la muerte y para que nos horrorice? Como para tasajearnos el vientre y arrastrando los intestinos por el camino llegar frente a ella y decirle: ¡mira!, aquí estoy y no te tengo

miedo, yo misma te he buscado. Y aunque solo fuera por pánico, ¿la hubiéramos buscado? ¿Hacer eso no sería arte puro? ¿Y no nos disculparía ante nuestros amigos, cuando en nuestras manos hubiera estado darles una poca de felicidad?

No hay que olvidar ni dejar de saber, que muchos desconocen el camino y que debemos de enseñárselos.

Faltaba poco para la hora en que anunció su visita. Lo había llamado con el pretexto del chico. Frente a un espejo, esperaba su llegada, impaciente porque se veía fea. Por más esfuerzos había hecho por verse mejor, no pudo conseguirlo. El insomnio de esos días le había marcado las comisuras de la boca, y el color amarillento que tenía le parecía que la avejentaba más. Pensó que a esa edad, con solo dormir mal una noche se desmejoraba la cara hasta lo increíble. Tenía duda de si en todas las edades sucedería lo mismo, y de si la ligereza de la juventud era lo que le impedía percibirlo.

De esta duda solo me puede sacar Lola, pensaba. Ella que todo lo sabe y que habla con tanta sapiencia. Pero la verdad, ya estoy harta de discusiones, prefiero no oírla. Ahora solo quiero vivir, vivir y vivir. ¡Y que fea estoy!, exclamó acercándose más al espejo. Empiezo a creer que parezco hombre, con esta expresión tan dura. Tal vez recortándome un poco el pelo de sobre la frente logre verme mejor.

La criada entró para anunciar una visita en el momento que iniciaba su tarea. Marcela dejó las tijeras sobre el tocador y fue a abrir la puerta personalmente.

Al darle la mano, Andrés se anticipó a decirle:

—Perdona los minutos que he llegado de retraso.

Marcela sin darle respuesta, dijo:

—Ya sé lo que vas a decirme: que estoy horrorosa así gorda y que debo comer menos féculas y hacer mucho ejercicio. Por favor ya no me lo digas, estoy harta de oírlo.

—¡Pues vaya! Te anticipas a decir algo en lo que no hubiera reparado si no fuera porque me lo dices. Ya que me lo advertiste, te diré que en realidad te

encuentro gorda, pero me pareces mejor que cuando te fuiste. De lo único que no sabría qué decirte es de cómo me pareces fumando. Jamás te vi hacerlo antes, y la verdad eso sí me parece raro.

—Más te asombraría si pudieras observarme detenidamente —exclamó Marcela con gesto malévolos y recalcando las palabras—. Me encontrarías totalmente cambiada, te lo aseguro. Por principio de cuentas, te diré, que encuentro ridícula mi vida pasada, en la que no hice más que llorar, llorar y llorar. Ahora no creo que se deba llorar, ni por la muerte de las personas queridas, ni por enfermedad, ni por miseria. Solo por lo que lo los hombres lo hacen —agregó con picardía—, por algún plan premeditado y esperando una determinada consecuencia. Ya te has de imaginar el desprecio que siento por mí cuando me acuerdo de lo ridícula que me ponía con tanto llorar, con razón tú me detestabas. No tienes idea de lo que yo misma me detesto y de lo mucho que me sirvió el viaje. Aprendí varias cosas en él. Muchísimas, te lo aseguro. Entre ellas, que todos los hombres están dispuestos a una aventura en cualquier momento y con cualquier mujer... Casi no habría ni que determinar el sexo. Que se divierten mucho más que nosotras las mujeres, apoyándose en teorías que aún no comprendo. Que también lloran, pero que cuando lloran, es para después reírse, y cuando se ríen es para disimular que quieren llorar. Que dicen ver blanco lo que han visto negro y viceversa. Que su moral es diferente con cada mujer que encuentran, y que en su casa tratan de imponer la más aburrida y falsa. Y que los puritanos, los de ideas fijas, son los castrados. Todos los hombres, desde que nacen, aprenden a mentir y a divertirse y ponen los medios posibles para amargarnos la vida y dejarnos en la más absoluta ignorancia. Para que cuando se nos presenta la ocasión de divertinos, nos acordemos de nuestra familia, nos asustemos y hagamos el ridículo. Para que se burlen de nosotras los que nos lo echan de ver y quedar desoladas y tristes. Y sobre todo, los hombres saben una bola de cosas absurdas con las que quieren demostrarnos su superioridad. Y no creas que te lo digo por criticarlos. ¡Imposible! Soy incapaz de semejante cosa y de concederme el derecho de juzgarlos. Te lo digo únicamente para que puedas comprender a qué se debe mi cambio. Cambio que tiene de bueno para mí que últimamente haya podido ponerme

al tú por tú con todos los hombres. Supe cómo eran y pude quitarme las ideas falsas que me sentimentalizaban.

Después de un pequeño paréntesis, Marcela empezó a contarle la serie de principios de aventura que tuvo en el viaje y terminó la lista de las cosas que creía haber aprendido.

Cuando pasaron a la mesa, obedeciendo al anuncio de que la cena estaba servida, comieron poco. Tenían demasiado de qué hablar, y ella un gran deseo de quedarse a solas con él.

La criada se retiró, y se entregaron a una intimidad que Andrés aceptó, tal vez por costumbre de hombre.

A las dos de la mañana salió dejándola dormida. Dos horas después Marcela despertó angustiada. Había dormido poco para tranquilizar sus nervios, pero tuvo pesadillas espantosas: el caño de la cocina de su casa se había tapado y la grasa de los alimentos acumulada aumentaba rápidamente hasta desbordarse. Ella le vaciaba una tetera con agua hirviendo y después otra, y en seguida otra. La grasa se dividía en pequeños trozos largos, tomaba un color amarillento y se movía poco a poco hasta convertirse en gusanos. En la garganta le sucedía lo mismo, la grasa de los alimentos que había tomado iba aumentándole hasta impedirle respirar. Sentía ahogarse. Bebió agua caliente y empezó a vomitar gusanos que se multiplicaban a medida que los iba arrojando. Desesperada, al sentir que se ahogaba, despertó. Este sueño le pareció fatal y, al relacionar su significado con su vida, le confirmó situaciones asquerosas. Marcela acostumbraba tratar de encontrarle significado a los sueños, y este fue tan desagradable, que la deprimió. En una sola noche sintió perdida lo que creía la ilusión de su vida. Era Andrés el que le repugnaba. Se convenció de la magnitud que alcanzan los prejuicios y los preceptos sociales. Él indudablemente era el mismo antes y después de su evolución mental... Estaba segura de ello. Pero ahora, de amante, lo veía feo, tonto y hasta viejo. ¿No era tonto haberse prestado, sin darse cuenta, a un experimento inconsciente de sí misma? Libre de prejuicios, no podía escoger al hombre que se le antojara? Y al compararlo con el ayudante del sobrecargo o con el chico del Boulevard St. Michel ¿no resultaba viejo y feo? Comprendía que la única diferencia sería el tiempo que pudieran durar las

relaciones entre ella y el amante encontrado a la pasada, en relación con el que había durado con sus esposos. Tres o cuatro años de vida matrimonial fue lo que vivió con cada uno de ellos. ¿Los pasó felices? ¿Tenía derecho a deshacerse de lo que la hiciera sufrir? ¿Por qué no había de aceptar la felicidad que se le brindara, aunque fuera pasajera? ¿No había sido siempre pasajera? ¿No fue solo por prejuicios de parte de ellos y por lástima que no se deshicieron de ella? Y desde el punto de vista físico y moral, ¿no sería mejor tener paréntesis en la vida amorosa, que una constante actividad, como en la que viven los amantes comprendidos y los casados? Aceptar estas ideas, ¿sería genialidad o degeneración? ¿A quien podría consultársele? ¿Quien lo sabría?

Propuesta a disimular lo que sentía por él, era incapaz de aceptar volver a verlo. ¿Qué haría? Le parecía increíble haber pensado que podía ser buen amante. Estaba anonadada de no haberse dado cuenta antes de que era imposible.

También comprendió por primera vez el asco que sienten los hombres después de estar con una prostituta. Sintió la depresión moral que la generalidad de ellos sienten en esos casos. Lo cual antes tampoco comprendía. Se daba cuenta de que esto obedecía a que la vida matrimonial la estimulaba a una violenta reacción al sentirse junto al hombre que amaba, y que ese hombre cuando menos la estimaba.

Después de pensar todo esto, le dió la razón a su amiga Lola. Se comparaba con los jugadores que pierden toda su fortuna en una noche, a los que solo les queda resignarse o trabajar con paciencia hasta recuperarla. Pero en este juego, además de sentirse perdida, se sentía asqueada.

Hasta el tercer día tuvo humor para vestirse y salir. Se levantó temprano y se fue al bosque. Caminar y tomar sol eran remedio infalible. Desde que aprendió a obligar a su organismo a reaccionar, el bosque le parecía medicina, además de un refugio.

Estaba extrañada de que en tres días Andrés no hubiera vuelto a buscarla. Ni siquiera le había llamado por teléfono. Su extrañeza no lo consideraba vanidad, sino resultado lógico de lo que creía haber puesto la noche de la entrevista. De circunstancias así se le hacía imposible escapar. Y aunque

ahora nada de esto interesaba a sus sentimientos, caminaba por el bosque obsesionada y con una sonrisa érfica, que el más tonto le hubiera notado.

Lo que después sucedió parecería novelesco, si no se supiera de sobra que ella acostumbraba pasear por allí casi todos los días. Al menos Andrés bastante lo sabía y por eso fue a buscarla, queriendo después ingénuamente aparentar un encuentro casual.

Su sonrisa se acentuó en el momento de verlo. Andrés fingió no haberlo notado.

—Qué extraño me parecía que no hubieras vuelto —le dijo Marcela con aparente naturalidad.

Para Andrés no hubo más remedio que hablarle de la misma manera. Era ridículo ocultar cualquier cosa sabiendo que ella lo comprendería.

—Es que quise huir de ti. Me había propuesto no volver a verte —le dijo con la cabeza baja.

—¿Y por qué quebrantaste tu propósito? —le preguntó Marcela con ironía.

—Pues... porque no pude evitarlo —contestó Andrés siguiendo aún con la cabeza baja, y viendo a Marcela de frente, agregó en tono apasionado—: desde el momento en que salí de tu casa sentí el deseo de regresarme. Sentía miedo... Tristeza... Desolación... No sé que otras cosas más, por no haberme quedado a tu lado. No pude dormir. Me acordaba de cuando pasabas la noche abrazada de mí. Esa era mi obsesión y la sola idea que quise vencer, pero no pude. No he comido ni dormido. Pienso que a tu lado podría otra vez tener apetito, ¿pero solo? ¡Imposible! Iría contigo a comer a cualquier parte y con la ilusión, hasta los tacos de la calle me proporcionarían júbilo. En este momento siento ganas de comer no importa qué. Vine también a proponerte una cosa: que vuelvas a vivir conmigo, que seas otra vez mi mujer. Mis padres se han reconciliado y me mandan otra vez la pequeña cantidad de dinero que pongo a tu disposición. Hoy mismo voy a buscar una casa en Coyoacán o en San Ángel, de esas con jardín y medio viejona, donde la soledad haga más íntima nuestra vida, más agradable. Tu casa oficial seguirá siendo donde vives, pero tu verdadera casa será la que yo te ponga. También hoy mismo voy a mandar pedir los muebles de mi recámara. Me acuerdo que te gustaron mucho, quiero que sean para ti. Aquí traigo un poco de dinero para que compres

algo que necesites. Lo único que me interesa ahora eres tú. No sé por qué no lo comprendí antes, qué bruto fui. Hasta llegué a tener la idea de que eras vieja para mí, porque aspiraba a vivir con una mujer joven. Pero después de experimentar con varias mujeres jóvenes, me parecieron más y más insípidas. Son mujeres de una feminidad que empalaga.

Marcela no contestó. Pensó que lo que oía era interesante como caso de psicoanálisis. Le hubiera gustado que algún médico especialista en la materia lo tomara como dato para algún libro de medicina. Aparentó estar conforme y siguió sin decir nada, temerosa de que él fuera a notar su verdadero estado de ánimo. Sabía que su capricho de ocultar sentimientos que la asfixiaban comenzaba a costarle caro. Y lejos de usar dichos sentimientos como venganza, se resignaba a aceptarlos como castigo. En esto solo las prostitutas podrían entenderme, se decía. Ellas se entregan con la idea de lo que les va a producir, pero yo estoy peor todavía, pues detrás de mi sacrificio no voy a encontrar ni un céntimo. Y aunque sea menos innoble me parece más imbécil. Decidirme a aceptarlo como venganza, claro, no sería prostitución. Si acaso sería una vulgaridad, y solo los genios pueden escapar a la vulgaridad. Yo estoy lejos de ser un genio, pero teniéndolo en mis manos, ¿por que no habría de usarlo, cuando esto no va a dejarme un remordimiento que amargue mi vida?

La mañana estaba clara. Una de esas mañanas como son las de México. El sol fuerte, la temperatura templada y el viento tibio. Marcela, amodorrada, se asomó a la ventana cuando llamaron a la puerta. Su hermana Inés llegaba, contra lo que era de imaginarse, pues trabajaba todas las mañanas, excepto los domingos. Ese día era lunes. Venía mal vestida y despeinada, con unos libros bajo el brazo y los ojos llorosos. Lo primero que Marcela se imaginó fue que algo le habría sucedido a su madre. Inés la tranquilizó diciéndole que no, que se trataba de ella misma, y para enterarla le entregó una carta.

Suponía de lo que se trataba. En lo primero que se piensa en esos casos es en el engaño de algún hombre. Por ese lado debería de estar tranquila y, antes

de leer la carta, Marcela pensó en ayudar a su hermana hasta lo último. Con mucha calma se sentó y leyó:

Anita, querida hermana: ¡Qué desgraciada soy! Siento que no estés a mi lado cuando atravieso por una situación tan penosa. Tú, que eres la única persona a quien podría contarle mis sufrimientos, la única que podría entenderme y compadecerme.

Soy la más desdichada de las criaturas. Las cosas han llegado al fin y ahora me encuentro decepcionada y envilecida. Lo primero podría soportarlo con resignación, pero la vergüenza de sentirme envilecida me quita el deseo de vivir.

Andrés no quiere que se lo diga. Dice que no solo voy a perjudicarlo a él, sino que también voy a quedar mal con ella. Me dijo que si no había correspondido sus requiebros, ni buscado, era suficiente con haberlo escuchado para ser culpable. ¿Te acuerdas, hermana, de los versos que te enseñé cuando viniste a pasar tus vacaciones el año pasado? ¿Esos versos que me hizo y que tenían por título *A la única*? Figúrate que le dijo a Marcela que se los había hecho a ella, solo por ver si le quitaba lo celosa y la idea de que estuviera enamorado de otra. Sufrí mucho con esto, por ver a qué grado vivía engañada la pobre. Otro día me dio también mucha pena. Andando los tres de paseo se bajó inesperadamente en una esquina, pretextando un fuerte dolor de cabeza. Marcela fue tras de él y le preguntó el motivo. El, sin contestar, se subió en otro automóvil dejándola a mitad de la calle. Imagínate lo que sentí cuando sabía que yo era la causa. El día anterior me había dicho que estaba a punto de suicidarse si no le correspondía, y ese día me dio otros versos que se titulaban *Tú o la muerte*, eran más dramáticos que los que viste.

Tú bien sabes hermanita querida, que siempre tuve la idea de confesárselo todo, y también que él me amenazaba con echarme toda la culpa si lo hacía, pero ahora que ya no es posible soportar esta situación, estoy resuelta a decírselo.

Figúrate que Marcela tiene apenas dos semanas de haber llegado y ya voy a darle esta pena. Aunque estoy segura que no lo quiere y que nada referente a él le interesa, sé que no va a dejar de decepcionarle saber cuál fue el motivo de su divorcio. Como tú comprendes, no va a creerme inocente, y es natural. Desde el primer día debí decírselo. Pero tú, querida hermana, eres la

única que comprendes y sabes lo grave que estaba cuando esto empezó. Acuérdate que tú misma opinaste que no se lo dijera.

Me parece que dos días después de que Marcela llegó, tuvo una entrevista con él. No se de qué hablarían, no he hablado con ella, pero es el caso que ayer fue Andrés a esperarme a la salida de la escuela y me invitó a dar un paseo. Me dijo que por favor lo protegiera, que por amor de Dios lo amparara, que no quería abandonarse a su suerte sabiendo lo que le esperaba, que Marcela ejercía sobre él un dominio del que quería huir, y que él solo no sentía fuerzas para hacerlo, por eso siempre buscó enamorarse de alguien que no fuera ella. Sentía odio de verla tan independiente y caprichosa, y en mí había visto todo lo contrario. Para no volver a caer en ella, esperaba todo de mí.

Acepté subir en un coche para no llamar la atención en la calle. Le dijo al chofer que saliera de prisa fuera de la ciudad. Me llevó al Desierto de los Leones. A golpes quería que lo acompañara a internarme en el bosque. Su cara era como la de un loco, y su idea, huir. Tuvimos un gran pleito por la manera tan brusca de tratarme y por sus extravagancias. Se enfureció cuando le dije que iba a decírselo a ella. No te imaginas cómo reaccionó con eso. Figúrate que me dijo que él iba a decírselo primero, que le diría que yo era la que lo había buscado y comprometido.

Hermana, tú eres la única que puede hacerme justicia. Tú supiste bien como estuvo todo desde el principio. Claro que tengo el remordimiento de no haberse-lo dicho antes, pero tú me comprendes. Debes recordar las circunstancias que hubo para que yo no se lo dijera. ¿Verdad hermanita que tuve razón?

No sé cómo empezar mi confesión. Tengo mucha vergüenza. Si estuvieras aquí, te pediría que por favor fueras tú a decírselo para que me libraras de esa pena, ¿pero ir yo sola? ¡Es terrible! Me resignaré solo porque Dios así lo quiere. Ruega por mí cuando leas esta y mándame consejos.

Recibe un abrazo de tu desdichada:

Inés.

Posdata: por favor que no se entere tu esposo de esto. Me daría mucha pena que lo supiera.

A medida que Marcela leía, apresuró la lectura. La carta le pareció turbia a pesar de que le revelaba el misterio.

—¿De modo que los versos *A la única* fueron para ti? —dijo un poco abstraída—. Jamás lo hubiera pensado. Y menos me imaginaba que algún día fuera a saber para quién habían sido. No me parecería mal si se tratara de otro hombre, pero de ese, que bien tuviste tiempo para darte cuenta de cómo era, me parece increíble. Caíste con lo peor que puedes haber caído, y la culpa no es más que tuya.

Inés, llorando, la interrumpió:

—Pero si no he caído.

—Eso no importa, a lo que tú te refieres no es a lo que yo le llamo caer. A lo que yo le doy más importancia es a que te hayas enamorado de él, de un hombre como ese, que sabes de lo que es capaz, viste como me trató y supiste cómo vivía. Un hombre, que solo puede haberse apasionado de ti porque eras mi hermana, incapaz de amar sanamente y muy capaz de jurar que se suicidaba si no le correspondías, solo para reírse después de hacerte caer. Qué me cuentas a mí, lo conozco demasiado. Estoy segura de que fue a buscarte esta última vez con intención premeditada, para vengarse de lo que supone le hice. Te juro que no fue así, pero ya que ese fue el resultado, lo veo justo. Es lo único que debe sucederles a los malvados. Con esto me convenzo de que hay Dios. Un Dios que es la fuerza misteriosa y suprema, que equilibra la vida de los hombres, el que tratándose de un genio del mal, lo desenmascara para que lo veamos tal cual es y lo coloca tarde que temprano por debajo de los bien intencionados. La única tragedia que hay ahora es que tenga un hijo de él. Lo tuyo no tiene importancia comparado con lo mío, el tiempo lo borrará. ¿Pero lo mío? ¡Jamás! Imposible desear que se muera la criatura solo por olvidar. Esto, además de ser canalla, sería inseguro. La única manera de olvidar será que el chico al crecer pierda por completo lo que de él haya heredado, y que dándose cuenta de la clase de individuo que es su padre lo deteste como nosotras. ¿Te imaginas qué satisfactorio sería que de grande se avergonzara de su padre? Claro, es un albur, pero hay que tener fe en ganarlo... Y a pesar de que ya no tengo prejuicios, por esta vez me felicito de que en la parte material no se haya burlado de la familia, más cuando esto le hubiera costado la vida a nuestra madre. Vete y no te preocupes.

Inés se fue y Marcela salió de su casa. Quería saber lo que habían puesto cada uno en este asunto. Quiso escuchar la versión de Andrés.

Su estado de nerviosismo le impidió a él recibirla. La criada podía escuchar si ella llegaba a descontrolarse. El campo le parecía magnífico para discutir. Se vistió apresuradamente, la invitó a salir y tomaron un coche.

—Te ruego no pongas esto de pretexto, que no es cierto —le dijo cuando entraron en explicaciones—. Yo nunca he estado enamorado de tu hermana, aunque confieso que tuve por ella cierto deseo, sugerido por el parecido que contigo tiene. Lo que le decía en la carta a Anita no es exacto. Es cierto que fui por ella a su escuela, pero lo hice por la decepción que recibí la última vez que estuve contigo. Te vi fría, como nunca. Inés es para mí una amiga y solo eso. Sentía a su lado, lo confieso, un consuelo, el consuelo que se siente junto a las personas de quienes no se está enamorado, pero amor, jamás. Le hablé de amor una o dos veces, pero cuando lo hice, tenía coraje contigo. Ten la seguridad de que a ti es a quien he querido siempre. Tampoco es exacto que me haya querido matar por ella.

—Lástima que ahora nada te crea —le dijo Marcela con desdén—. Me parecen el tipo más falso y degenerado que conozco, y con un saldo amoroso que, comparados contigo, los Borgia resultan inocentes... Primero tu hermana... después tu amigo... luego la mujer de tu amigo... y al último la hermana de tu mujer. Y no creas que pienso que eso es todo. Noté perfectamente el interés que en un tiempo tuviste por la chamaca hija del matrimonio vecino. ¿Y qué dirías si te dijera que estoy segura que tu primera pasión no fue por tu hermana, sino que esa era la segunda?

—¿Pues quién crees que fue la primera, quieres decirme? —preguntó temblando de ira.

Marcela con mucha tranquilidad, contestó:

—Pues tal vez... alguien que debe haber sido la primera persona que viste al nacer, ¿no?

Andrés se regresó rojo de ira y Marcela se quedó parada esperando a que desapareciera para hacer lo mismo.

En su casa se encontró a Lola. A pesar de lo que se había prometido, no pudo ser discreta. Le contó todo lo ocurrido sin importarle las consecuencias.

—Pocas veces me he sentido tan feliz como ahora, a pesar de lo que vayas a decirme —entró diciéndole—. Ya no tengo la duda que por tantos años me atormentó. La vida se me presenta de otra manera, la veo más clara, más fácil y me conformo con eso. Mi mayor placer es que desde este día ningún hombre de los que encuentre en mi camino va a ser peor. Siempre serán mejores... ¿Acaso no es una gran ventaja? ¿Por qué no me contestas y me rebates como acostumbras hacerlo? —en vista de que Lola no contestó, Marcela siguió diciendo—. Fíjate qué maravilloso. Todos serán diferentes, pero mejores, mejores y mejores. ¿Qué más puedo pedir? Andaré con choferes y soldados, con marihuanos y ladrones, con prostitutas y pederastas, y serán mejores que con el que anduve. Los primeros, menos complicados, más ingenuos, les descubriré su juego, si es que lo tienen y los amaré, si ni siquiera piensan hacerlo. ¿Acaso no es una ventaja y una cosa agradable? ¿Qué la seguridad de saber con quién se está no facilita las funciones de nuestros órganos y el fácil funcionamiento de ellos, no proporciona una vida más intensa, más plena y sin malas consecuencias? ¿Acaso su sencillez y su incultura nos ofende o nos hierde? Respecto a los segundos: ¿La inconsciencia y el desgaste de ellos nos perjudica? ¿Fuera del caso concreto de ser escogido por los ladrones como víctimas? ¿Y no crees tú que si pusiéramos la atención debida en nuestras cosas, y no estuviéramos muchas veces hipnotizadas respecto a ellas, obligaríamos a los ladrones a cambiar de profesión? Y algunos de tus amigos, ¿no han sustituido en ciertos momentos la droga por ti y no han llegado a prolongar esos momentos hasta borrar el recuerdo de su vicio? ¡Fíjate bien! ¿Acaso no es una sobreexcitación, si no igual, parecida a la droga, cuando el comerciante se entrega a pensar y hasta el sueño se le va por encontrar la manera de ganar más en su mercancía, cuando el político se irrita y hasta llega a matar porque cree perdida su candidatura, y que el artista creyendo estar en el momento de la inspiración trabaja noche y día en su obra aniquilándose con ello? ¿Te atreverías a recriminar a un atleta que por ganar una carrera pierde varios kilos en unas cuantas horas? ¿Recriminarías al comerciante que le interesa a ese grado el dinero? ¿Y al artista porque lo absorbe su obra? ¿El que acostumbra las drogas, no sufre las consecuencias? ¿Y no crees que conscientemente prefiera ese placer a los otros, ateniéndose

a las consecuencias? ¿Concibes peor castigo si fuera inconsciente, que el del momento en que el efecto le pasa? ¿No es para compadecerlo cuando lo vemos miserable y débil, y para darle algo, si con ello podemos obligarlo a que ambicione tener para correspondernos, si aún tienen sentido de gratitud? Y si no lo tienen, ¿en qué pueden perjudicarnos si no volvemos a verlos? Respecto a los terceros; ¿sabes tú si lo hacen por necesidad, por curiosidad o por vicio, y podrías asegurar dónde empieza la prostitución y dónde termina? ¿Te sentirías con derecho a investigar cómo y por qué lo hicieron?, ¿y tendrías la seguridad de que algún día no harás lo mismo? Qué jamás lo hicieron tu padre o tu madre y que nunca lo harán tus hijos o tus hermanos? ¿No crees que de lo único que somos responsables es de nuestra propia vida y eso a determinada edad?

”La única felicidad real, creo yo, es tener ojos y oídos solo para ver y oír lo agradable, dejando las faltas y defectos de los otros a que los vean y juzguen los que se creen superiores, que serán inferiores porque descuidarán su propia vida. Y después de la muerte, ¿sabes qué es lo que sucede? Tú que eres mi maestra en casi todo, pero que hasta la fecha no me has enseñado nada de lo que más me interesa, ¿por qué no me contestas ahora con precisión? Ya sé que eres como todos los maestros que creen que enseñando inglés, que diciendo que Venus y Júpiter están en el firmamento a esta o a la otra distancia, que dos y dos son cuatro y mil cosas por el estilo cumplen con su noble misión, pero lo que nos enseñan, te aseguro, nos sirve bien poco. Para ponerte un ejemplo, te diré que me parece como si nos enseñaran a poner moños en un cuerpo ulcerado y llagado. Deberían empezar por enseñarnos a defendernos de los mal intencionados, a prevenirnos para la fatalidad, a renunciar a lo difícil y a deleitarnos con los pequeños goces, a olvidar penas y a gastar el mínimo de dinero, por el máximo de satisfacción... Y a propósito de dinero, a desechar el marxismo por antiartístico y aburrido. Después de asegurarse de que sus alumnos sabemos eso, deberían enseñarnos principalmente inglés, para que les demostremos a los gringos que los mexicanos no somos inferiores a ellos, también que Venus y Júpiter están en tal o cual lugar, pero antes deberían despertarnos el gusto por la contemplación. Sí, que dos y dos son cuatro, pero sobre todo, a pintar cuatros. Cosas así jamás hay quien las enseñe, siendo tan

necesario saberlas. Parece como si la idea de los maestros fuera enseñar por deber y no por hacer bien. Afortunadamente a mí me pasa lo contrario. Tú bien sabes que casi no sé escribir mi nombre, pero no me puedes negar que he llegado a encontrar la manera de vivir como se debe, sin sentir nada de lo que no me conviene sentir... Y no creas que inmunizarse para la perversidad humana y cegarse para lo desagradable es amargura: ¡qué va! ¡Todo lo contrario! Lo importante es perder el miedo, verlo todo, pero mirar lo que se quiere ver. ¿No cambiarías la problemática gloria eterna por un momento de deleite real, que se puede tener sin esperar, sin desear, sin hablar, sin pedir, solo por sentir o por dar y sin que nos obliguen a pensar? Como cuando nos entregamos a ver una corrida de toros, a escuchar una delicada sinfonía, a que las olas del mar azoten nuestro cuerpo, a que el viento sople nuestros cabellos, a respirar lento y profundo en el campo, y profundo y violento junto al amigo escogido, sin desconfianza, sin duda, sin pedir más, sin querer menos, sin recordar el pasado y sin pensar en el futuro, con la seguridad de que nos entregamos a algo que no podrá dañarnos, y que será mejor que aquello a lo que ya nos hemos entregado. ¿No es acaso dulce esto? Anda, por favor contéstame —en vista de que Lola seguía sin contestar, Marcela siguió diciendo—: ¿concibes mayor misterio que el que me rodeaba? ¿Concibes peor infierno que la duda? ¿Mayor crueldad que el engaño? ¿Mezquindad más grande que la falsedad? ¿Qué cuando se es degenerado, no es peor mientras mejor se quiere aparecer? Es indudablemente peor cuando se quieren ocultar los vicios con la máscara de la bondad, ¿no lo crees? ¿No es mejor que con valor exhibamos nuestros defectos ateniéndonos a las consecuencias, que si además de nuestros defectos tuviéramos el de la cobardía? ¿No es peor el cura que echando bendiciones está pensando en el pecado, que el pecador que se acusa culpable por no engañar? A estos últimos, desde luego, no pertenecen los vendedores de sonrisas. ¿Acaso no son ellos los más falsos, los más misteriosos? ¿Acaso la verdad absoluta no tendría el mérito artístico de dejar ver nuestra personalidad? ¿Acaso no es el arte lo único por lo que vale la pena de vivir? ¿Y no hay más belleza cuando artísticamente exhibimos nuestras pasiones, que cuando burdamente queremos ocultarlas y se nos descubren? ¿Qué el cinismo acaso no es una forma de arte cuando con él se ve nuestra propia vida, la vida que

solo nosotros podemos concebir y sentir? ¿Qué lo hecho en molde, no es lo más barato y burdo? ¿Acaso el moldearnos a la sociedad, no es perder nuestra personalidad, no es vulgarizarnos y no es abaratarnos, por más que el molde a que nos sujetemos esté hecho por el mejor artista, con los mejores deseos y las más finas intenciones? ¿Quién posee la verdad sobre la moral y el arte? ¿Quién sobre la ética y la estética? ¿Qué razón habría para haber nacido todos orgánicamente diferentes, si a unos nos cuesta más trabajo sujetarnos a determinadas costumbres que a otros? ¿No sería injusto? ¿No sería antiestético? ¿No sería inmoral? ¡Anda! ¡Di!

—¡Ahora sí, creo que estás loca! —exclamó Lola sorprendida. Y después de un momento de silencio, añadió—: lo mejor es que aceptes el empleo que te ofrecen de maestra rural y que te vayas en seguida. La quietud del campo te tranquilizará y te servirá mucho, para que cuando vuelvas estés más equilibrada. ¿Si vieras cómo me entristece verte así? Me das verdadera lástima. Empiezo a creer que los médicos tenían razón.

—¿Y si vieras a mí cómo me entristece que ni tú me entiendas? Ten la seguridad de que me das más pena, que la que yo te doy.

—Pero chica, como quieres que se ponga uno de acuerdo contigo, si todos los días dices cosas diferentes y absurdas y con tendencia a disolver el mundo. Si viéramos y viviéramos la vida como tú dices sería un caos, una locura. Es una lástima que estés perdiendo tus energías en tantas ideas extravagantes e ilógicas. Si desde joven te hubieras dedicado a alguna ciencia o arte, no dudo que algo bueno hubieras hecho, tal vez serías una Madame Curie, quien con su descubrimiento hizo uno de los mejores beneficios a la humanidad.

—Sí, es cierto, pero fíjate, hasta los genios tienen sus fallas. ¿Cómo esa señora que descubrió el remedio para el cáncer no ha podido descubrir una medicina para la pedantería que bastante falta le hace a su hija? Y para que no digas que soy tonta, en parte te daré la razón. Realmente debí dedicarme a algo serio. Debí haber estudiado gramática, mecanografía y literatura, así la vida me sería diferente. Créeme que el diez de mayo siento tristeza cuando leo en *Excelsior* los pensamientos que algunos hijos escriben para su madre. Lamento verdaderamente, no tener facultades literarias para escribirles lo que pienso. Envidio a los que con ternura y agilidad les dedican letanías im-

pregnadas de poesía. El año pasado leí que un hijo le decía a su madre algo rebonito: “Lámpara mágica. Arroyo cristalino. Lirio inmaculado. Esencia de resignación. Espejo sin mancha. Fuente clara. Paloma enamorada. Refugio de los afligidos. Palacio de justicia. Monumento a la revolución. Turrís ebúrnea.” Lo de “sebúrnea” no sé lo que quiere decir, pero ni me lo digas para que no le pierda la ilusión a la palabra. Ahora me suena rebonito, a algo así como a pintura de Rubens.

—Veo que no tienes remedio —la interrumpió Lola indignada—. Sigues tan ignorante como siempre, y además, burda. Pensaste en el cebo, que es en lo único que puedes pensar, reflejo del componente de tu cerebro.

—Bueno ya me regañaste y ahora continuaré mi charla. Si, como te digo, hubiera sido un Dostoiewski... y dale con Dostoiewski, ¡no!, nada de Dostoiewski, para el caso me gustaría ser un Mark Twain. Y si así fuera, dedicaría a las madres unos pensamientos como nadie se los ha escrito, Claro que no las adularía, ya sabes que eso, ni siendo simple periodista, aunque fuera lógico hacerlo. Yo diría verdades y solo verdades, algo que les hiciera más provecho que lo que los otros les dicen. Les diría algo sencillito, más o menos así, nomás no te fijas en la construcción, ya sabes que no presumo de escritora... —Marcela, en tono oratorio empezó diciendo—: madres, no se pongan en ridículo. Nada de lo que les dicen es cierto, y ustedes tienen la culpa de que las engañen. ¿El hecho de que hayan tenido hijos, merece ser homenajeado? ¿Tuvieron el hijo por la sola idea de tenerlo? Una entre mil tal vez sí, y a esas las admiro. Pero para la mayoría ¿no fue un *foul*? ¿No es cierto que están más satisfechas de sus hijos, cuando les dan más dinero? ¿Por qué cuando se embelezan platicando de su hijo gobernador o ministro, no nos hablan de sus enfermedades secretas o contagiosas? Me dan lástima cuando escuchan con la boca abierta a su hijo general, y un momento después tiemblan de miedo porque borracho saca la pistola para matar al primero que lo contradiga. ¿Por qué si tienen un hijo que maneja el dinero de la nación, no le dicen que se quite de las manos la cera Campeche? ¿Por qué cuando nos presumen del genio político o poético de sus hijos, no nos hablan de cierto refinamiento que nosotros sabemos, y que más nos divertiría oírseles a ustedes comentar? ¿Por qué cuando tienen un hijo que creen genio musical, no le dicen que

se peine? ¿Por qué a sus hijos pintores, aunque ya sean mayorcitos, no les dicen que se suban los calcetines? ¿Por qué cuando tienen un hijo torero, regiomontano, no le aconsejan que no se ponga la mano tan seguido en cierto lugar?

Lola tomó un libro y se puso a hojearlo. Marcela alzó los hombros y exclamó:

—Parece que no te gustan mis ideas. Ten cuando menos la franqueza de decírmelo.

—Es que lo que dices no merece comentario. Lo dices por la costumbre que tienes de criticar y de meterte en la vida ajena. Y eso que te oigo decir a cada rato que eres feliz porque no te preocupan los defectos de los demás. Ahora lo comprendo, dices que no te preocupan los defectos de los demás porque sabes que nadie toma en cuenta tus opiniones, has perdido la vergüenza y no te importa que de ti opinen lo peor. Pero que te metes en la vida de los demás, estoy convencida en el sentido puro de la palabra, que te requete metes.

—De día en día veo que me entiendes menos —dijo Marcela alzando de nuevo los hombros—. En primer lugar, cuando opino de la gente lo hago enteramente en frío y sin decir que esté bien o mal lo que hacen. Y en segundo lugar, lo hago por pura curiosidad científica, si es que es una ciencia la psicología... ¿A mí qué me va o qué me viene que la gente sea antipática o despota, imbécil o idiota, cuando no me intereso por eso ni necesito a gentes así? Opino de ellas, por opinar, como cuando digo que tal color es verde o blanco, azul o rosa. Tú bien sabes cuando no me gusta un color, nomás no lo uso y san se acabó. Así me pasa con las gentes. Y perdona la vanidad de creer que sé conocer y elegir. Tú has visto que rara vez me equivoco. Y nada más trato de caerles bien a las que me gustan en uno o en otro sentido, y para este u otro fin; las demás, ya te he dicho, no cuentan en mi vida más que como motivo de estudio. ¿Pero qué es lo que te pasa? Te veo en verdad enojada, lo cual ahora me da risa —Marcela suelta una fingida carcajada—. Ya era tiempo de que me vieras diferente, de que manifestara mi desprecio a los que parecen dormir ante el problema de la humanidad, y entre ellos estás tú, con tu cultura libresca que no quieres entender que sirve solo a los muertos. Qué chasco te llevaste creyendo que siempre iba a ser tu admiradora incondicional, como se lo llevarán dentro de poco los intelectuales frente a los conocedores de

la verdadera vida, ya lo verás. Pero te suplico que no me juzgues como mal agradecida. Mi conciencia en este caso está tranquila. Te juro por lo que más quiero que sinceramente agradezco la afición que por el arte me despertaste. Fíjate si no te lo agradeceré, cuando creo que a eso en mayor parte obedece mi amor a la vida. En fin, ya estoy resignada a todo y tú sabes lo que haces con la amistad sincera que aún te brindo.

Lola miró a su amiga con desprecio y dijo:

—Me voy, y espero verte mañana en la estación. Mañana que salen los demás maestros, iré a despedirte.

Seis meses son suficientes para que sucedan muchas cosas. Al menos esos seis meses así fueron. Las dos amigas se cruzaron varias cartas y si algunas no tenían importancia, otras, en cambio, le llevaron a Marcela noticias de verdadero interés. Una de las que recibió que más le sorprendió, fue aquella en la que le comunicaba la entrada de su hermana Inés al convento. Le explicaba la causa de que ella le diera la noticia y no sus familiares. Le decía que estaban tan agobiados, que no tuvieron calma ni valor para hacerlo ellos.

También le impresionó mucho una, en la que le contaba que había visto a Andrés pasear por el bosque, solo, con un periódico en la mano. En cambio, las cartas que Lola recibió de su amiga, además de la sorpresa que le dieron por ser tan extrañas, le parecieron sin importancia. Marcela solo le hablaba de sus enamoramientos. Primero le contó de un torero, luego de un chofer y después de un vago con aspiraciones a gangster, a quien encontraba con talento extraordinario y dizque hacía versos. Uno de los que le había mandado decía así:

Mujer, mujer, ven conmigo a la playa
yo te conduciré hasta esa roca
y haré contigo el milagro diario
de que tu ropa sea más poca.
Te acostaré sobre la arena.
(Te acostarás, siento la pena de confesar que

no te aguanto)
 y el mar será mi llanto
 y el viento mi quejido,
 pues retrocederé a Niño Perdido
 hasta encontrar tu pecho.
 Y de él me prenderé como la estrella al techo
 de lona azul del mar,
 ¡Oh, grande inmensidad!
 de las cosas que cuesta trabajo encontrar.

Lola se sentía desilusionada de su amiga, y por el final de su última carta pudo confirmar que estaba enferma.

“¡Después de un gangster... solo el mar!”, le decía.

—Es imposible que las gentes lleguen a cambiar a ese grado —comentó al terminar de leer la carta—. No creo que esto sea verdad, no puedo creerlo, sospecho que son bromas de ella para asustarme, o al menos tengo que vivir con esa esperanza. Afortunadamente pronto vendrá y me convenceré.

Días después, Marcela llegó trayendo para su amiga sorpresas incontables.

Fíjate que ya me metí en la política —fue lo primero que le dijo—. Hubo varios mitines y veladas en el pueblo y en algunos de ellos tomé la palabra. No vayas a creer que lo hice tan mal, te lo aseguro. Llegué a emocionar a la gente y me aplaudieron bastante. No tienes idea el gusto que me dio.

—¿Pues no que tanto te chocaba la política? Si hasta llegaste a decir horrores de la señora aquella, la española rubia casada con el poeta con quien te peleaste por una discusión sobre pintura. ¿No me dijiste que estaba metida en política nomás por exhibicionismo, y porque no era un hombre el que tenía a su lado? ¿No hasta le dijiste a él, que su poema *Imagínate Hermana* era un mamarracho, por falso, al querer que fuera comunista, y que los mejores que había hecho en su vida eran los dedicados a toreros?

—Pues sí, para que veas cómo cambia uno de manera de pensar. Además, espero que no creas que voy a hacerlo por lo que ellos lo hacen. Quiero que, cuando menos, pienses que puedo vivir de otra cosa que no sea la política. Voy a entregarme en cuerpo y alma antes de que se me acaben los bríos, para

que después no vayan a decir que lo hice por despecho de que ya no había quién me hiciera caso. Considero más noble entregarse a una idea que al amor, y mejor que a un solo hombre, a toda la humanidad. Al menos ahora así pienso. Y a propósito, anoche escribí un pequeño discurso que quiero decir en el Zócalo, uno de estos días en que haya algún mitin. Discurso que te ruego leas y me digas qué te parece. Perdona las faltas de ortografía, pero aún no he empezado a estudiar gramática como te lo había prometido. Y te advierto que es la última vez que espero me comprendas.

Lola tomó las hojas que le entregó su amiga y empezó a leer con gesto de desconfianza.

Señoras y Señores. Camaradas: ¡Abran los ojos y despierten! ¡No confíen en los líderes! No confíen en los líderes, porque se ocupan de ustedes solo para explotarlos. Sin ustedes serían nada. Jamás podrían conseguir lo que consiguen con la bandera y la representación de sus sindicatos. Abran los ojos y despierten. No se dejen engañar, los líderes solo saben aprovecharse de su ingenuidad. No confíen en los líderes y menos en los que viajan en primera en el *Normandie* y que los domingos engalanan su caballo para exhibirse por la ciudad en actitud de dandy. Ni en los que dicen que solo les satisface el rosbif del Marsella. Ni en los que tienen tres automóviles con chofer. Ni en los que porque una causa los llama, llevan a su mujer al manicomio para que no les estorbe. Ni en los que predicán que todo es de todos y para todos, y con ese pretexto se roban las plumas fuente y los relojes. Ni en los que defienden los intereses de los trabajadores mientras consiguen empleo, y después, cuando lo tienen, ya no se acuerdan de ellos. Ni en los que gastan cientos de pesos por presenciar exhibiciones de lesbianas y hacer la suerte del columpio. Ni en los que tienen copas especiales para aspirar el bouquet de los licores. Ni en los que amueblan palacetes para juergas con prostitutas.

¡Camaradas! ¡Despierten! De ninguna de estas gentes necesitan; en ninguna de ellas deben confiar.

Rechacen a los intelectuales y refinados que aseguran ser superiores a ustedes los trabajadores. ¡Compañeros!, ustedes tienen inteligencia suficiente

para saber lo que tienen que hacer; pueden hacerse valer por sí mismos con solo quererlo, si dentro de ustedes mismos escogen a quien los administre. Inviten, sí, a los intelectuales y a los artistas como colaboradores, que les demuestren su revolucionarismo con su ayuda, sin pedir retribución. Eso no lo conseguirán, pero en fin, pónganlos a prueba.

¡Camaradas! ¡Compañeros! Fijense bien y oigan esto que les voy a decir. ¿Conocen ustedes el caviar? ¿El paté *foigras*? ¿El jamón de Westfalia? ¿El parmesano y el gorgonzola? ¿El roquefort y el camembert? ¿El gruyere y el brie? No, ¿verdad? ¡Estoy segura que no! ¿Comen acaso langostas y langostinos? ¿Cangrejos y jaibas? ¿Ostiones y pulpos? ¿Almejas y caracoles? Seguro que no, ¿verdad? Ustedes solo los conocen y ven, cuando los sacan del mar, y saben que se comen porque hay quien los compra y los lleva a que se los coman sus líderes y los capitalistas, los políticos y los diplomáticos. Ustedes solo comen frijoles con chile, chile con tortillas, tortillas con sal y a veces ni eso. Pero sus líderes y los capitalistas creen que si ustedes comen nada más eso, es porque dada su ignorancia no sabrían comer otra cosa.

Esto se los dice una mujer que se los ha oído decir. Una mujer que ha aprendido a gustar de las frutas en su estación y se ríe de lo exótico, que se carcajea de los diplomáticos que estando en España mandan traer las flores y la fruta a Londres y estando en Londres los casimires los importan de Madrid. Que se ríe de los políticos que aspiran a tener dinero, por epatar a los burgueses, y que cuando lo tienen, no sabiendo en qué gastarlo, adornan su casa con sarapes y banderas.

¡Camaradas! Esta que les habla ahora no aspira a ser líder porque sabe que en una lechuga de a centavo se encuentra la vitamina E, y que en un jitomate de a dos, la vitamina C, y que aun sin síntomas de esterilidad o escorbuto, le aprovechan. Sabe que con tres de cacahuates se provee de calorías, y que los afectos y el placer se encuentran a la vuelta de la esquina.

¡Camaradas! ¡Compañeros! ¡Despierten! Empiecen por dominarlos físicamente. Báñense, hagan gimnasia, coman fruta y arremetan contra todo lo que les impida progresar. Dejen a los refinados que se consuman en sus exquisiteces y a los intelectuales que se asfixien en sus bibliotecas. Dejen que los políticos que se maten unos a otros, y que los diplomáticos se momifi-

quen con su sonrisa. No tomen de modelo a otros países, teniendo tanto que hacer en el suyo. No olviden y apunten para el futuro el calificativo de “Ruthes”³ que un ex secretario de Hacienda descendido a gerente de banco ha dado a unas de nuestras hermanas, como razón para negarle un préstamo, aunque sepan que su razón fue una sin razón, y aquello de que el león cree que todos son de su condición.

¡Camaradas! ¡Trabajadores! ¡Compañeros! Ya llegará el momento en que...

Lola, suspendió la lectura, le devolvió las hojas de papel a su amiga y dijo:

—Ahora sí estoy convencida de que estás loca. No puedo pensar que fueras tan bruta estando en tu juicio para que se te ocurriera decir esto, que te traería consecuencias funestas. Tal vez ni siquiera terminarías de decirlo. Caería sobre ti una lluvia de piedras y naranjas como de rayo —de lo que yo me alegraría—, y la indignación de los que te escucharán. ¿Qué no ves que los líderes tienen sugestionados a los obreros, y que los obreros creen que sus líderes son dioses? Que tonta eres en no comprenderlo. No me explico cómo puedes ignorarlo, si has tenido la prueba tantas veces cuando en mitines y veladas has escuchado la serie de imbecilidades que dicen los líderes y el frenesí con que los aplauden los obreros. ¿Qué ya se te olvidó o no quieres recordarlo? A ti tal vez manos infantiles te aplaudirían, escolapios sin importancia de esos que sin entender tu discurso se recocijarían con lo de la lechuga de a centavo, lo del jitomate de a dos, y los tres de cacahuates. Sobre todo les parecería muy piocha lo de los amores encontrados a la vuelta de una esquina. Pero los demás que te estuvieran escuchando, tratando de defender el honor de sus líderes, serían capaces de descuartizarte. Creerían reconocer en tus alusiones a su líder preferido, y a otros muchos políticos o diplomáticos de los que ahora se proclaman revolucionarios, y a quienes bien podría aplicárseles algo de lo que dices. ¡Qué bestia eres pensando decir esto! Cuando menos, te encarcelarán. ¡Ahora sí creo que estás loca! ¡No cabe duda que estás loca!

³ De Ruth, la prostituta mexicana más conocida. [N. de la e.]

ÍNDICE

EL ÍMPETU QUE ES TODA ELLA	
ANA CLARA MURO	7
LA ÚNICA	
Primera parte	15
Segunda parte	63
Conclusión	120

La única, editado por la
Dirección General de Publicaciones
y Fomento Editorial de la UNAM,
Se terminó de imprimir el 7 de octubre de 2020
en los talleres de Amy Soluciones Gráficas, S. A. de C. V.,
Corregidora núm. 79, colonia Santa Anita,
alcaldía Iztacalco, C. P. 08300, Ciudad de México.
Para su composición se usó tipo Filosofía OT
de 11 puntos, el tiro fue de 3 000 ejemplares.
Impresión en offset, interiores en bond ahuesado
de 90 gramos y forros en couché de 300 gramos.

Dirección editorial: Socorro Venegas.
Coordinación editorial: Ave Barrera
Diseño y formación: Clarisa Moura
Lectura de pruebas: Patricia Zama
Coordinación: Elsa Botello López

Existen rumores en torno a *La única*, de Guadalupe Marín, como que el libro fue financiado por la propia autora y confiscado por poner en evidencia a personajes relevantes del momento como Jorge Cuesta o Narciso Bassols, quien fuera secretario de Educación. Lo cierto es que no logró llegar a los lectores, sea por la falta de acceso a él o por el descrédito que recibió su autora por parte del medio literario. Sin embargo, más allá del cotilleo, las circunstancias que vivió esta singular escritora le dieron una perspectiva privilegiada del medio intelectual mexicano de la primera mitad del siglo XX, y ella no dudó en describirlo desde su experiencia personal, con una voz franca y en ocasiones mordaz. Como dice en su prólogo Anaclara Muro, “dejarla fuera sería una torpeza. ¿Quién más podría narrarnos desde su perspectiva?” Toca a los nuevos lectores reparar esa falta, dejemos que Marín participe del diálogo literario como seguramente hubiera querido.

Colección Vindictas abre la lente a una mirada plural, puesta en retrospectiva para recuperar grandes novelas escritas por mujeres que habían quedado fuera del alcance de los lectores a pesar de su relevancia literaria y de una vigencia asombrosa. Una nueva lectura, más empática e incluyente a estas obras, no solo nos permitirá reivindicar el mérito de sus autoras, sino compensar nuestra deuda con la literatura escrita por mujeres.



Publicaciones
Fomento
Editorial